MUY HISTORIA
www.muyhistoria.es
COLECCIÓN II GUERRA MUNDIAL

ARDENAS

Hitler juega su última carta

SOLDADOS NAZIS DISFRAZADOS EXTIENDEN EL PÁNICO TRAS LAS LÍNEAS ENEMIGAS

La venganza de Stalin

UNA MANIOBRA DE DISTRACCIÓN ENGAÑA A LOS ALEMANES

BATALLAS DECISIVAS

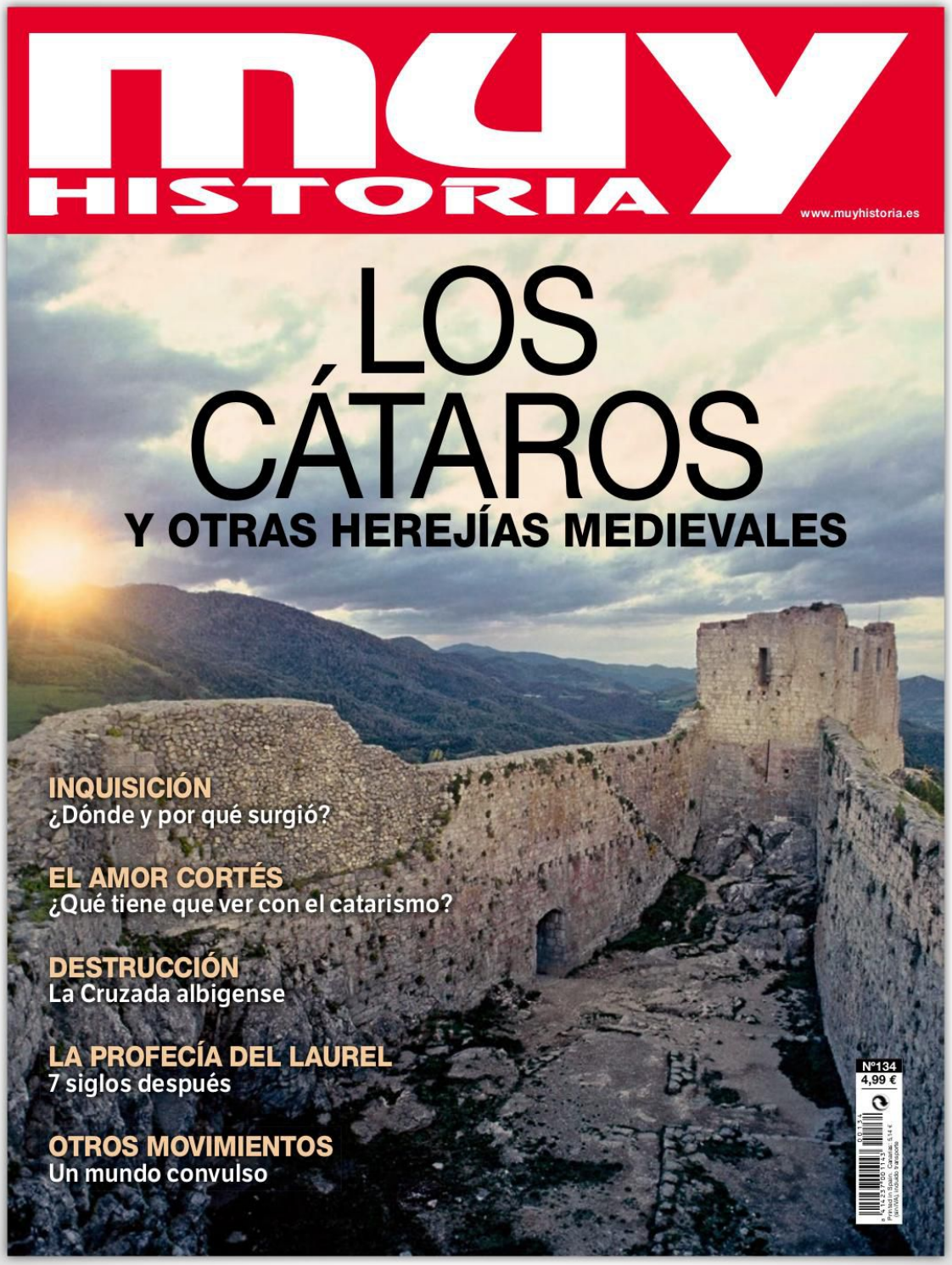
FRENO A JAPÓN
La reconquista del Pacífico empieza en Guadalcanal

PATTON & MONTY
La rivalidad que permitió escapar a los nazis de Sicilia

EL MEJOR HOMBRE DE HITLER
Otto Skorzeny

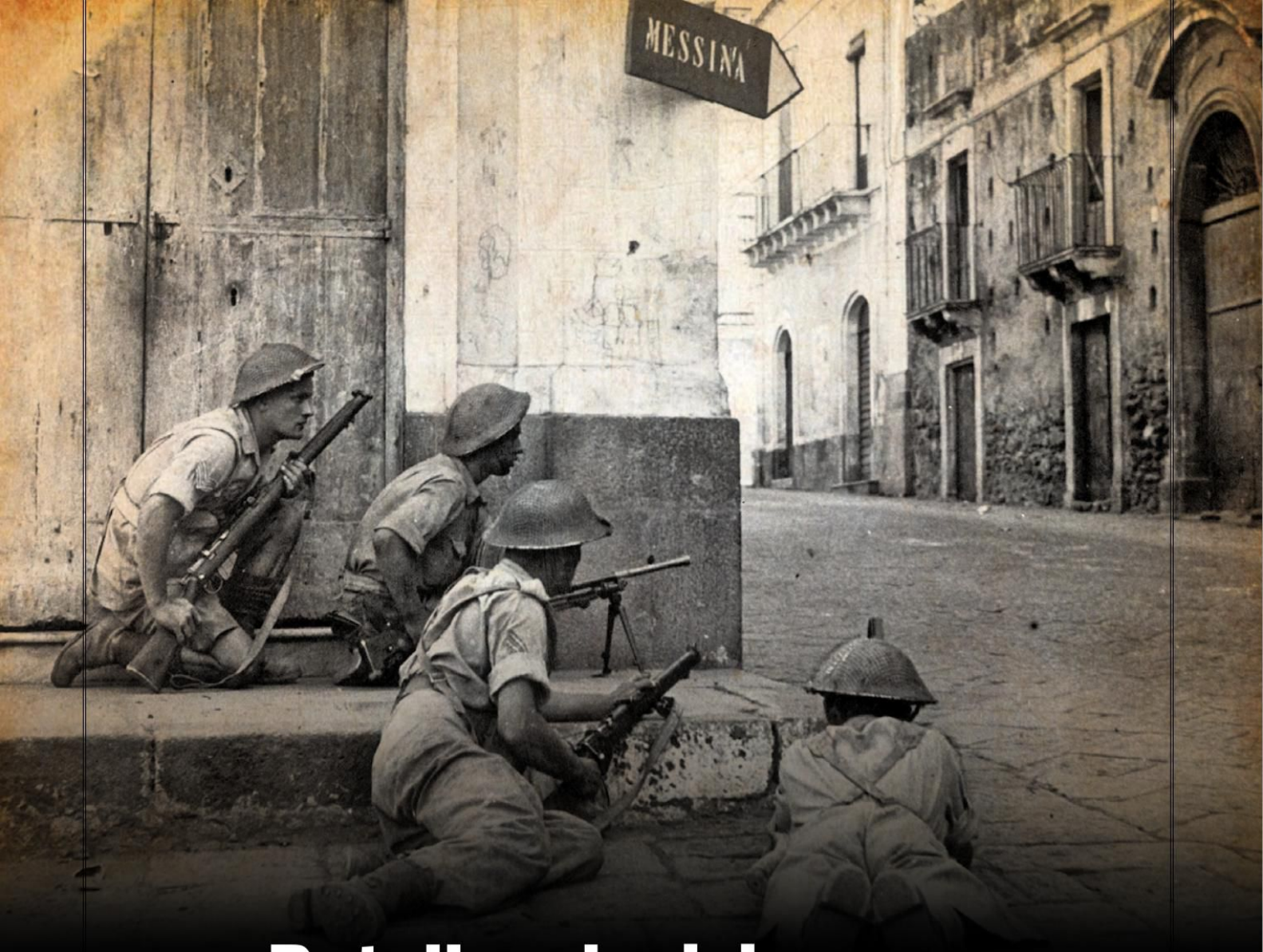
LAS TÁCTICAS DE ROMMEL DESCONCIERTAN A LOS BRITÁNICOS

La Historia nunca estuvo mejor contada



www.muyhistoria.es

www.suscripciones.zinetmedia.es/divulgacion/muy-historia



Batallas decisivas

La II Guerra Mundial sigue siendo, hasta la fecha, el mayor conflicto bélico de la historia. Para cuando los cañones callaron, habían muerto 50 millones de personas. Una y otra vez, los bombardeos martirizaron a la población civil, especialmente en el Frente Oriental. La batalla de Rzhev, en la que Stalin sacrificó a un millón y medio de hombres, fue la más sangrienta de la guerra. Los alemanes presentaron una defensa tan feroz que los rusos hablaban de "la picadora de carne de Rzhev". Al final, la retirada de los nazis permitió a la Unión Soviética lanzar una gigantesca ofensiva hacia el oeste.

En este número se cuenta la historia de las batallas más decisivas de la contienda, desde la invasión de Polonia por el Tercer Reich en 1939 hasta la marcha hacia Berlín del Ejército Rojo y el bombardeo de Tokio con napalm en marzo de 1945, cuando el resultado de la guerra ya no admitía discusión.

"Nuestra misión es capturar al general Eisenhower"

CAPITÁN STIELAU, BRIGADA PANZER 150

SUMARIO

6 **Batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial**
Blitzkrieg, Operación Barbarroja y contraataque aliado.

12 **Invasión de Polonia**
Un millón de soldados alemanes cruzaron la frontera.

14 **La muerte acechaba en la nieve**
Francotiradores finlandeses, la pesadilla del Ejército Rojo.

22 **La retaguardia lucha hasta el final**
Los héroes de Dunkerque que retrasaron a los nazis.

30 **El Pearl Harbor italiano**
Ataque a la flota de Mussolini con aviones obsoletos.

38 **El Zorro del Desierto**
Rommel fue más astuto que los británicos en el Sáhara.

46 **Masacre en Rzhev**
Stalin sacrificó a un millón y medio de hombres.

54 **Guadalcanal**
A Japón se le acabó la suerte en una isla del Pacífico.

62 **Invasión aliada de Sicilia**
La isla mediterránea debía tomarse a cualquier precio.

70 **El sabotaje allanó el camino para el Día D**
50.000 miembros de la Resistencia, listos para la batalla.

80 **El Día D visto por los alemanes**
Tras meses de espera, los aliados se lanzaron al ataque.

88 **Los paracaidistas alemanes se niegan a claudicar**
Montecassino, el último bastión alemán antes de Roma.

96 **Soldados disfrazados**
Hitler jugó su última carta: alemanes infiltrados.

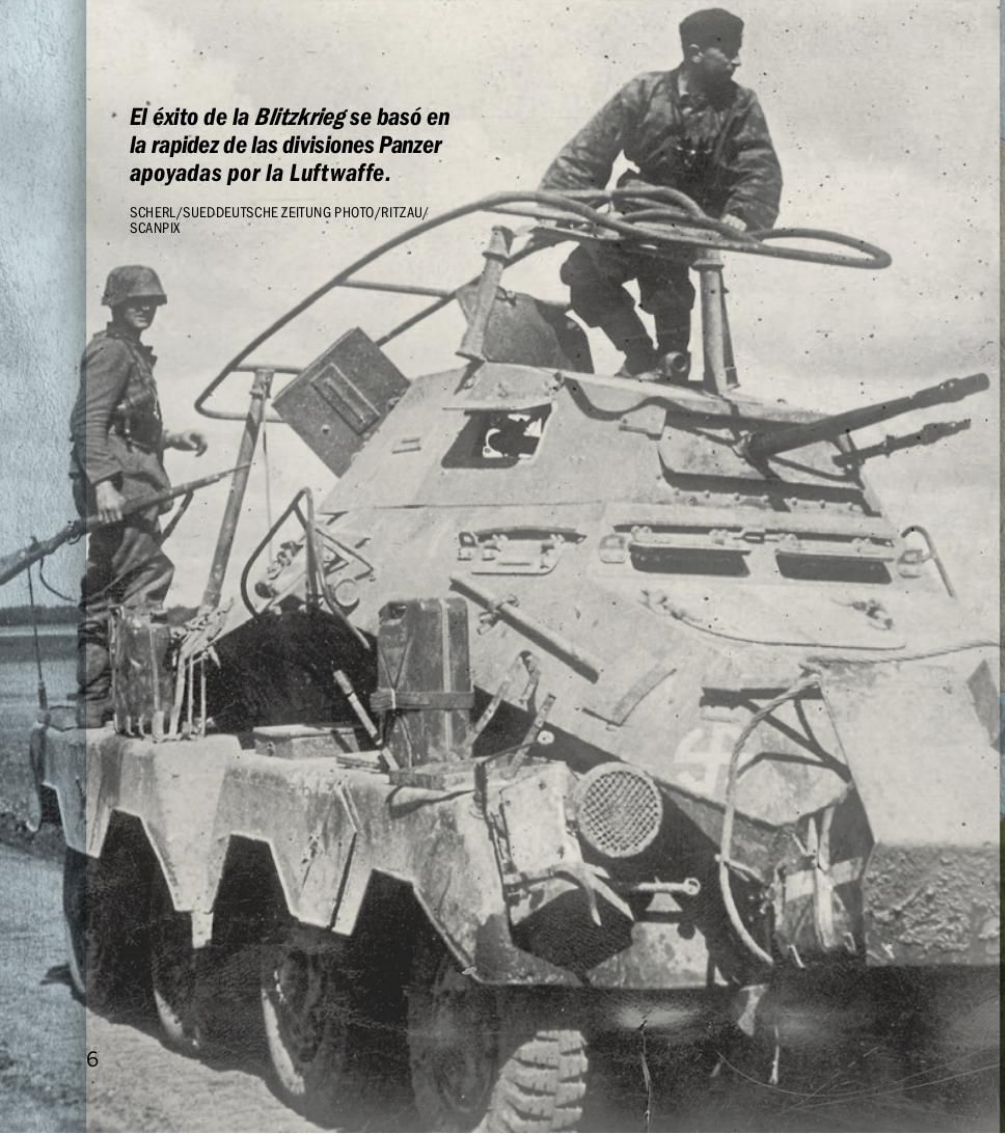
106 **La venganza de Stalin**
La Operación Bagratión empezó con una hábil maniobra de distracción.

114 **Arde Tokio**
Una lluvia de napalm sobre la capital del Imperio.

‘Blitzkrieg’ 1939–1941:

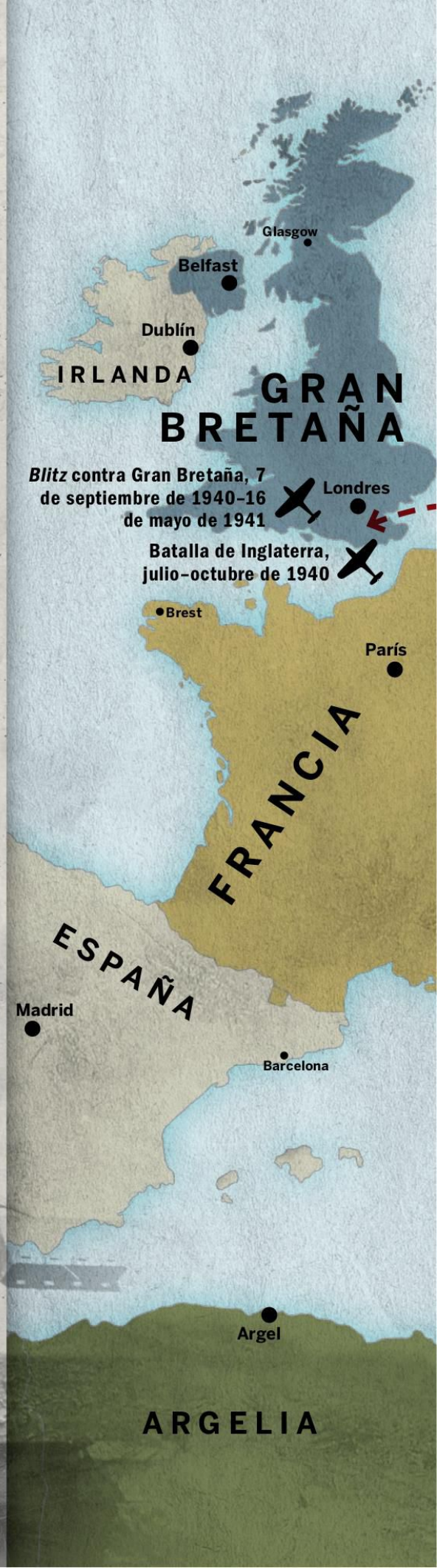
Alemania invade a sus vecinos

Un mes después de la invasión del 1 de septiembre de 1939, Polonia había sido ya ocupada, y en la primavera de 1940, la *Blitzkrieg* continuó. Hitler tuvo que abandonar sus planes de invadir el Reino Unido, pero en junio de 1941 había subyugado a Europa de norte a sur (Noruega – Creta) y de oeste a este (costa atlántica francesa – frontera soviética).



***El éxito de la Blitzkrieg* se basó en la rapidez de las divisiones Panzer apoyadas por la Luftwaffe.**

SCHERL/SUEDDEUTSCHE ZEITUNG PHOTO/RITZAU/SCANPIX



Alemania invade Noruega, 9 de abril–9 de junio de 1940
FINLANDIA
NORUEGA
Oslo
Helsinki
Leningrado
SUECIA
Estocolmo
ESTONIA
UNIÓN SOVIÉTICA
DINAMARCA
Moscú
LETONIA
Copenhage
LITUANIA
Hamburgo
PRUSIA ORIENTAL
HOLANDA
ALEMANIA
Varsovia
Berlín
BÉLGICA
POLONIA
Alemania invade Polonia, 1 de septiembre de 1939
Kiev
Praga
Alemania ataca Europa occidental, 10–27 de mayo de 1940
ESLOVAQUIA
Múnich
SUIZA
HUNGRÍA
Milán
RUMANÍA
ITALIA
BULGARIA
Alemania invade Yugoslavia y Grecia, 6–27 de abril de 1941
Roma
Cerdeña
ALBANIA
Italia invade Grecia, 28 de octubre de 1940
GRECIA
TURQUÍA
Sicilia
Túnez
MEDITERRÁNEO
TÚNEZ
Alemania ocupa Creta, 20 de mayo–1 de junio de 1941
Creta

NORUEGA
Oslo
SUECIA
Estocolmo
Glasgow
Belfast
Dublín
IRLANDA
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
Copenhage
GRAN BRETAÑA
Londres
HOLANDA
Hamburgo
ALEMANIA
Berlín
PRUSIA ORIENTAL
Varsovia
BÉLGICA
Batalla de Dieppe, 19 de agosto de 1942
Brest
París
1.000 bombas caen sobre Colonia, 30 de mayo de 1942
POLONIA
Operación Barbarroja, 22 de junio–30 de septiembre de 1941
Praga
FRANCIA
ESLOVAQUIA
Múnich
SUIZA
HUNGRÍA
FRANCIA DE VICHY
Milán
ESPAÑA
Madrid
Barcelona
YUGOSLAVIA
ITALIA
Roma
Cerdeña
ALBANIA
GRECIA
Batalla de Malta, abril–agosto de 1942
Argel
Sicilia
Túnez
Malta
ARGELIA
TÚNEZ
MEDITERRÁNEO

Operación Barbarroja 1941–1942:

3,7 millones de alemanes invaden la URSS

En junio de 1941, Hitler lanzó un ataque sorpresa contra su antiguo aliado, la Unión Soviética. 3,7 millones de soldados penetraron a lo largo de un frente de 1.800 kilómetros. Al principio, la táctica funcionó pero, a medida que avanzaban hacia el este, los alemanes encontraron una resistencia cada vez mayor. La *Blitzkrieg* acabó encallando a la puerta de las grandes ciudades.

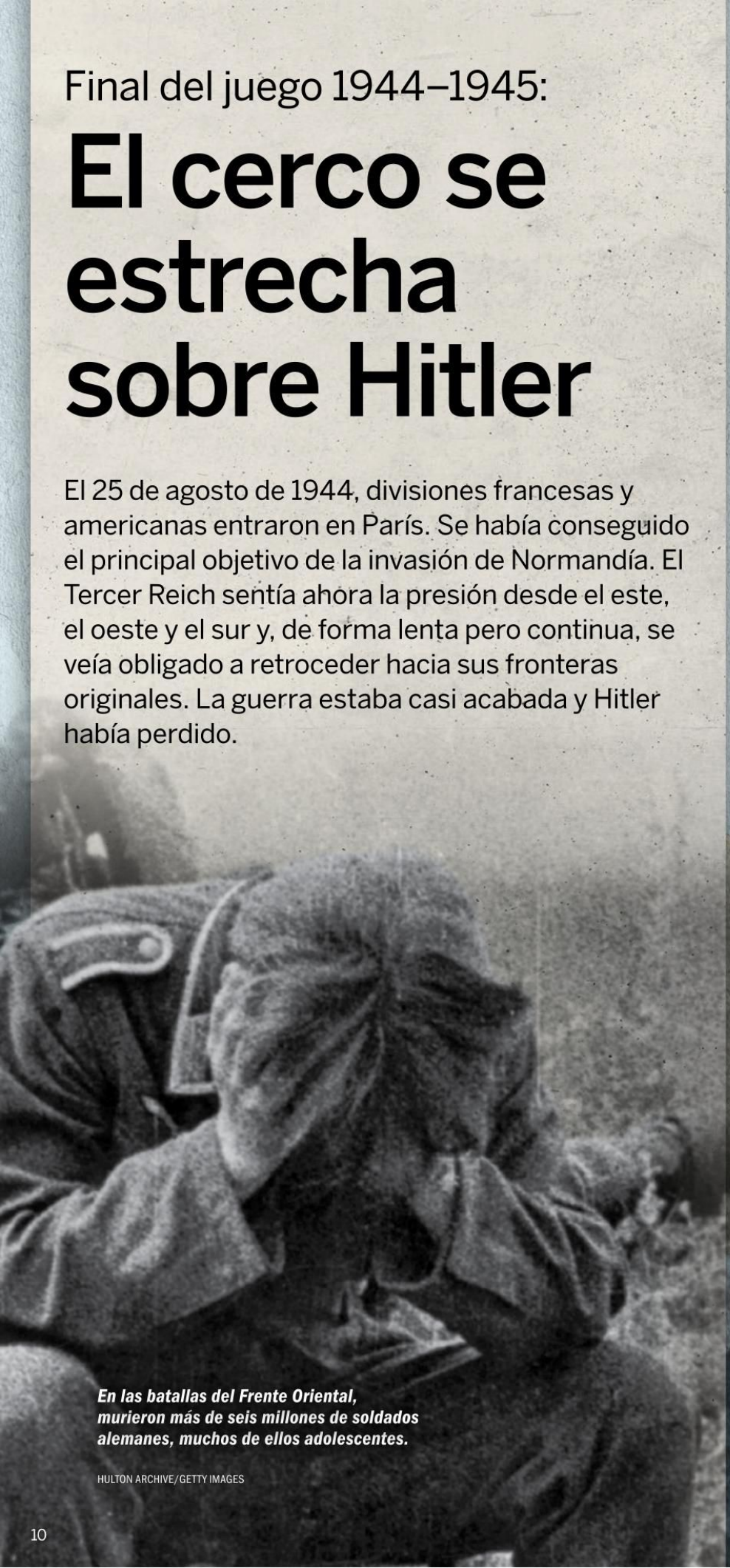
Los soldados soviéticos iban equipados con trajes de camuflaje blancos.

CORBIS HISTORICAL/GETTY IMAGES

Final del juego 1944–1945:

El cerco se estrecha sobre Hitler

El 25 de agosto de 1944, divisiones francesas y americanas entraron en París. Se había conseguido el principal objetivo de la invasión de Normandía. El Tercer Reich sentía ahora la presión desde el este, el oeste y el sur y, de forma lenta pero continua, se veía obligado a retroceder hacia sus fronteras originales. La guerra estaba casi acabada y Hitler había perdido.



En las batallas del Frente Oriental, murieron más de seis millones de soldados alemanes, muchos de ellos adolescentes.

HULTON ARCHIVE/GETTY IMAGES

FINLANDIA
NORUEGA
Oslo
Helsinki
Leningrado
SUECIA
Estocolmo
ESTONIA
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
UNIÓN SOVIÉTICA
LETONIA
Copenhage
LITUANIA
Operación Market Garden, 17–26 de septiembre de 1944
Operación Bagratión, 22 de junio–19 de agosto de 1944
Hamburgo
HOLANDA
ALEMANIA
BÉLGICA
Berlín
Varsovia
Batalla de Berlín, 16 de abril–2 de mayo de 1945
Ofensiva de las Ardenas, 16 de diciembre–7 de febrero de 1945
Kiev
Praga
POLONIA
ESLOVAQUIA
Múnich
SUIZA
HUNGRÍA
Mussolini derrotado, 1 de abril-2 de mayo de 1945
RUMANIA
YUGOSLAVIA
ITALIA
BULGARIA
Roma
Punto muerto en Italia, 5 de junio–31 de diciembre de 1944
ALBANIA
GRECIA
TURQUÍA
Sicilia
Túnez
MEDITERRÁNEO
TÚNEZ
Creta

Primera campaña de Hitler

Invasión de Polonia

Por Åke Steinwall

¿Cuándo? Septiembre–octubre de 1939

¿Dónde? Polonia

¿Cómo? A primera hora de la mañana del 1 de septiembre de 1939, más de un millón de soldados alemanes cruzaron la frontera polaca. A la vez, se bombardearon objetivos escogidos; entre ellos, la guarnición de la península de Westerplatte, cerca de Gdansk. Al principio, los alemanes encontraron una feroz resistencia, pero pronto la ofensiva ganó velocidad y un gran número de tanques pusieron rumbo hacia Varsovia. El 3 de septiembre, el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania. Sin embargo, ninguno de ellos intervino activamente en favor de Polonia.

Antes de llegar a la capital, el avance alemán fue detenido por tropas polacas, que combatieron durante varias semanas a pesar de la destrucción de amplias zonas de la ciudad por los bombardeos alemanes. Mientras, Polonia contratacó con éxito cerca de la ciudad de Lodz. Los alemanes sufrieron graves pérdidas en la fase inicial de la ofensiva, pero gracias a la llegada de refuerzos al final obligaron a los polacos a retirarse.

Los bombardeos aéreos y de artillería continuaron sobre Varsovia, y los alemanes penetraron en la ciudad. Tras encarnizados combates en las calles, los defensores se rindieron el 28 de septiembre.

¿Por qué? En marzo de 1939, Hitler formuló dos exigencias a Polonia. Primera, la ciudad de Danzig (hoy Gdansk) debía reincorporarse a Alemania; y segunda, Polonia debía ceder a los alemanes el Corredor Polaco, que uniría Prusia Oriental con el resto del Imperio alemán. Polonia rechazó ambas con el apoyo del Reino Unido y Francia. En agosto, Alemania firmó un pacto secreto de no agresión con la Unión Soviética en el que acordaron repartirse Polonia.

Las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo publicaron la noticia de la invasión de Polonia.

POPPERFOTO/GETTY IMAGES

ATAQUE SOVIÉTICO

El 17 de septiembre, tropas soviéticas entraron en Polonia por el este, tal como se había acordado en el pacto de no agresión con Alemania. Librar una guerra en dos frentes era imposible para los polacos y el Ejército Rojo avanzó con facilidad y rapidez.

ATAQUE ALEMÁN

Hitler invadió Polonia por tres flancos: Prusia Oriental al norte, la Alemania nazi en el oeste y Eslovaquia al sur. Pocos días después, Polonia lanzó en Lodz un contraataque que resultó inútil.

¿Qué pasó luego?

La invasión de Polonia desencadenó la Segunda Guerra Mundial, pero los polacos tuvieron que defenderse por sí solos.

17 de septiembre El Ejército Rojo invade Polonia por el este.

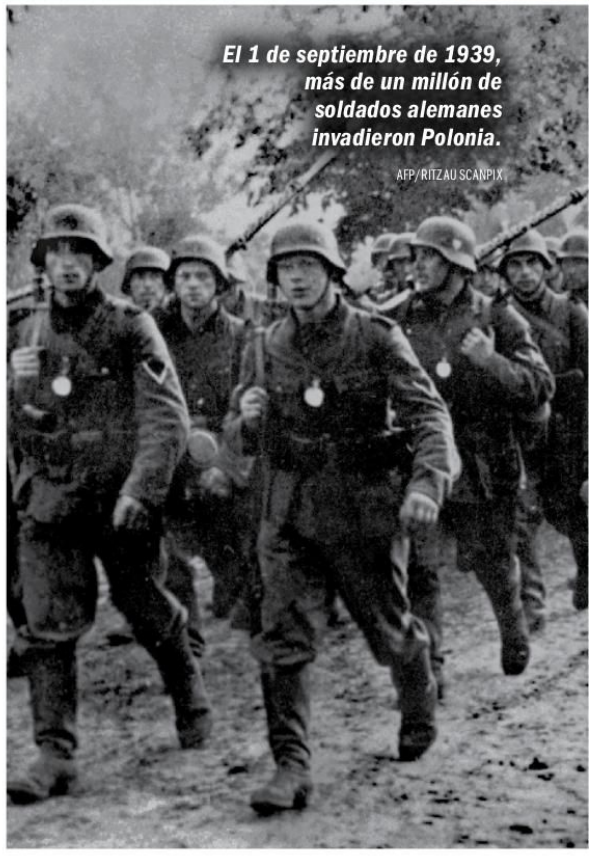
18 de septiembre El gobierno polaco empieza a evacuar sus tropas por Rumanía. Muchos soldados se unen a los aliados occidentales.

20 de septiembre Fuerzas alemanas y soviéticas se reúnen en Brest y celebran la ocupación de Polonia con desfiles militares conjuntos.

30 de septiembre Wladyslaw Sikorski se convierte en primer ministro del gobierno polaco en el exilio.

8 de octubre Se rinden las últimas defensas polacas.

5 de marzo de 1940 Stalin ordena la ejecución de 21.857 prisioneros polacos en campos soviéticos.



El 1 de septiembre de 1939, más de un millón de soldados alemanes invadieron Polonia.

AFP/RITZAU SCANPIX

A pesar de su inferioridad numérica, las fuerzas finlandesas se convirtieron en la peor pesadilla del Ejército Rojo gracias a la movilidad y el camuflaje.

RITZAU

La muerte acechaba en la nieve

El 30 de noviembre de 1939, la Unión Soviética invadió Finlandia. Con sus miles de soldados, tanques y cazas, el Ejército Rojo esperaba una rápida victoria. Pero agazapado en la nieve aguardaba un enemigo invisible: francotiradores perfectamente camuflados, capaces de matar con un único disparo.

Por Esben Mønster-Kjær & Niels-Peter Granzow Busch

El dedo se curvaba suavemente sobre el gatillo. El frío helador del diciembre finlandés mordía la piel, pero el hombre, completamente inmóvil sobre un paisaje cubierto de nieve en los alrededores del río Kollaa, se mostraba indiferente. Entrecerraba un ojo y concentraba el otro en la mira del rifle.

Era el 21 de diciembre de 1939. El francotirador llenó dos veces los pulmones de aire sin hacer el menor ruido. El oxígeno viajó por la sangre hasta llegar a los músculos. Tras la tercera inhalación, dejó escapar solo la mitad del aire para así aprovechar el punto en que la respiración hace que el cuerpo esté más relajado. Luego presionó ligeramente el gatillo con el dedo índice.

El retroceso hizo que la culata se le clavara en el hombro. A la vez, un proyectil de 7,62 mm atravesó a 850 metros por segundo la nieve que caía sin cesar. Frente a él, a lo lejos, un gorro marrón–caqui voló por el aire y una pequeña mancha roja brilló un instante contra el fondo blanco. Una nueva cabeza que añadir a su cuenta personal.

Simo Häyhä siempre disparaba a matar, de modo que sus víctimas no tuvieran que sufrir una lenta agonía. Aquel soldado soviético era el número 25 de la jornada. Sería el último, ya que, hacia el oeste, el sol de la tarde empezaba a esconderse tras los árboles. Ahora debía esperar a que la oscuridad le permitiera escurrirse hasta las líneas finlandesas, donde le aguardaba un plato de sopa caliente. De madrugada, volvería a apostarse en la nieve con su arma.

Dos tiranos se repartieron Europa oriental

Durante los tres meses y medio que duró la Guerra de Invierno, miles de finlandeses, hombres y mujeres, combatieron por la libertad de su país con coraje, tenacidad e ingenio. Uno de ellos se convirtió, más que ningún otro, en el símbolo de esa lucha: Simo Häyhä, por cuyos éxitos como francotirador fue conocido como "La Muerte Blanca".

Dos hombres, enemigos irreconciliables desde el punto de vista ideológico, fueron los responsables de que Häyhä se convirtiera en francotirador: Adolf Hitler y Josef Stalin. En el verano de 1939, llegaron a un cínico acuerdo para repartirse el este de Europa.

Hitler aprovechó el pacto de no agresión para invadir Polonia, tras lo cual el Reino Unido y Francia le declararon la guerra. Mientras las tres grandes potencias combatían, Stalin se vio libre para subyugar a pequeños Estados fronterizos con la Unión Soviética. Primero intentó actuar con cautela y alcanzar sus objetivos con amenazas, pero cuando Finlandia se negó a someterse dejó el asunto en manos del Ejército Rojo.

Los finlandeses no fueron conscientes de que estaban en guerra hasta que, el 30 de noviembre de 1939, la aviación soviética atacó Helsinki. A la vez, 425.000 soldados avanzaban hacia la frontera. El plan soviético era ocupar Finlandia y que Stalin pudiera recibir ese territorio como regalo el 21 de diciembre, día de su cumpleaños.

Todos los finlandeses hicieron sacrificios

Finlandia llamó a filas a 250.000 hombres, un número extraordinario para un país con una población de solo 3,7 millones de habitantes. Muchos de los soldados, sin embargo, fueron enviados a proteger el extenso y vulnerable litoral, por lo que en el frente se encontraron en clara inferioridad numérica.

"Nuestro tradicional enemigo vuelve a atacarnos", anunció por radio el mariscal Carl Gustaf Emil Mannerheim, que en 1917 se había convertido en un héroe nacional al dirigir la lucha por la independencia frente a Rusia. Ahora, a sus 72 años, debía abandonar su retiro ⋙

SA-KUVA

La madrugada del 30 de noviembre de 1939, la aviación soviética bombardeó Helsinki. Con este ataque, en el que murieron 61 personas, se inició la invasión del Ejército Rojo.

para asumir nuevamente el mando del ejército.

La victoria parecía imposible y Finlandia se veía obligada a defenderse simplemente para no desaparecer del mapa. Uno de aquellos soldados era Simo Häyhä, de 35 años, cuya familia tenía una granja cerca de la frontera.

Con 17 años, Häyhä se había alistado en la Guardia Blanca, una milicia voluntaria. Luego hizo el servicio militar y alcanzó el rango de cabo en el ejército, tras lo cual regresó a la milicia. Sus habilidades en combate, sin embargo, no fueron puestas a prueba hasta 1939.

El invasor llegó en tren

Häyhä fue destinado a la 6ª Compañía del Regimiento de Infantería 34 del Ejército finlandés, que se desplegó en la región de Carelia Ládoga, al norte del lago de Ládoga. Al tratarse de una zona muy boscosa, no se esperaba una gran ofensiva, por lo que las tropas eran escasas.

Finlandia no tenía noticia, sin embargo, de que el Ejército Rojo había construido una línea de ferrocarril que llegaba hasta la misma frontera. Esto permitió trasladar hasta allí a 75.000 hombres, 150 tanques y 200 cañones.

"Pusimos alambre de espino, reforzamos las trincheras y cavamos hoyos de protección –dijo Häyhä sobre el segundo día de guerra–. El primer ataque soviético llegó por la noche".

La 6ª Compañía resistió, pero otras tropas del Regimiento 34, que intentaron defender la localidad de Suojärvi, al norte, fueron barridas. El Ejército Rojo atacó con miles de soldados y tanques la carretera principal y el nudo ferroviario, una ofensiva a la que los finlandeses no podían hacer frente con las armas que tenían.

"Los hombres empezaron a huir sin hacer caso a las órdenes y las maldiciones de sus oficiales. El pánico se extendió...", escribió un soldado.

El tercer día de guerra, cayó Suojärvi. Los invasores ahora podían rodear el Ládoga y atacar por detrás a la principal fuerza del ejército finlandés. La suerte del país dependía de que las tropas fueran capaces de formar una nueva línea de defensa.

Hay pocas imágenes disponibles de Simo Häyhä, que huía de la notoriedad todo lo posible.

SA-KUVA

"Kollaa resistirá"

Exhaustos y desanimados, los finlandeses se retiraron por la nieve hasta llegar al río Kollaa, a 30 kilómetros de Suojärvi. El cabo Häyhä perdió a muchos amigos y vecinos, ya que la mayoría de los soldados del Regimiento 34 procedían de su misma área.

A los supervivientes se les ordenó atrincherarse a orillas del río y mantener la posición a toda costa, pero la tarea parecía imposible. El Kollaa tenía solo dos metros de ancho en varios tramos.

"¿Resistirá Kollaa?", preguntó el general que había asumido el mando de la línea defensiva.

"Kollaa resistirá, a menos que nos ordenen retirarnos", respondió Aarne Juutilainen, comandante de la compañía de Simo Häyhä.

La prensa publicó la conversación en el país y en el extranjero, y estas palabras se convirtieron en el símbolo de la resistencia finlandesa.

Las fuerzas de Stalin lanzaron la ofensiva de Kollaa el 8 de diciembre, pero esta vez el país estaba preparado. Se llevaron en secreto cañones a las pocas carreteras por las que podían avanzar los tanques soviéticos y se improvisaron armas para destruirlos. Los finlandeses repelieron ese primer ataque, al que siguieron otros. Entonces el frente se estabilizó y comenzó la transformación de Simo Häyhä en el francotirador más mortífero de la historia.

El rifle se convirtió en el mejor amigo de Häyhä

Cuando estalló la Guerra de Invierno, Finlandia tenía un ejército pequeño sin grandes tiradores. Durante la Primera Guerra Mundial, la costumbre era retirar de sus unidades a aquellos que tenían buena puntería y destinarlos a la caza de enemigos desprevenidos, pero acabado el conflicto esta práctica se eliminó.

Cuando fue llamado a filas, Simo Häyhä era un simple miembro de la infantería regular, pero había ido afinando su habilidad durante años en la Guardia Blanca. Finlandia andaba escasa de recursos, por lo que se exigía gran cuidado en el uso de los cartuchos. Häyhä participó en muchos campeonatos de tiro de la Guardia Blanca y, en su primer intento en la distancia de 300 metros, dio en el blanco 93 veces de un total de cien. »»

El Ejército Rojo esperaba una rápida victoria

Stalin trató de intimidar a Finlandia para que le cediera territorio en la frontera y le permitiera construir una base militar en la costa este. Cuando los finlandeses se negaron, envió al Ejército Rojo con órdenes de aplastar toda resistencia en solo tres semanas.

Voluntarios suecos lucharon junto a las tropas de Finlandia contra el Ejército Rojo.

GETTY IMAGES

David vs. Goliath

Finlandia movilizó a 250.000 hombres inmediatamente. Incluyendo a reservistas y personal de servicio, disponía de 400.000 efectivos.

En noviembre de 1939, la URSS desplegó unos 420.000 hombres. Para marzo de 1940, se habían sumado otros 340.000.

400.000 **760.000**

Al inicio de la guerra, el ejército contaba con 32 obsoletos tanques Renault que no entraron en batalla. También tenía 10 tanques Vickers nuevos, pero no estaban listos para el combate.

El Ejército Rojo invadió Finlandia con 2.500 tanques, a los que siguieron otros 4.000 en el curso de la guerra. La mayoría tenían un blindaje ligero.

10 **6.500**

En 1939, Finlandia tenía 110 aviones de distintos tipos –incluidos biplanos–, de los que solo 75 eran adecuados para el combate.

Los soviéticos empezaron con solo 1.000 aviones, que enseguida se convirtieron en 4.000.

75 **4.000**

Número de bajas

Finlandia		Unión Soviética
Soldados **25.000**		Soldados **250.000**
Tanques **8**		Tanques **2.000**
Aviones **62**		Aviones **1.000**

EL AVANCE SOVIÉTICO SE CONGELA

La ciudad minera de Petsamo cae enseguida ante las tropas soviéticas, pero el avance hacia el sur se estanca porque los finlandeses aprovechan la noche polar para atacar con comandos.

FINLANDIA HUMILLA A LOS INVASORES

Una división de 17.000 hombres ataca Salla, pero contra todo pronóstico es repelida por 3.500 soldados finlandeses.

EMBOSCADA EN SUOMUSSALMI

Los soviéticos pretenden partir el país en dos, pero son los finlandeses quienes dividen a las fuerzas invasoras y acaban con las bolsas de resistencia una a una.

KOLLAA RESISTE

Las tropas soviéticas penetran por Kollaa. El plan es atacar por la retaguardia desde la península de Carelia, pero una nueva línea finlandesa se establece en el río y detiene la ofensiva.

Petsamo
Múrmansk
Salla
Suomussalmi
FINLANDIA
Tolvajärvi
Kollaa
PENÍNSULA DE CARELIA
Viipuri
Helsinki
LENINGRADO
UNIÓN SOVIÉTICA

LA LÍNEA MANNERHEIM FRENA EL ATAQUE

El principal ataque soviético tiene lugar en la península de Carelia, que cuenta con amplias carreteras, adecuadas para el avance. Pero el Ejército Rojo se topa con la Línea Mannerheim –136 km llenos de búnkeres– y sufre enormes pérdidas.

Los soviéticos bombardearon las defensas finlandesas durante meses.

RITZAU

Cuando marchó a la guerra se llevó consigo la misma arma que había usado en entrenamientos y competiciones.

El rifle M/28–30 era una versión mejorada del Mosin–Nagant, que había entrado en servicio en 1891 en la Rusia zarista. Se había perfeccionado el mecanismo de disparo y disponía de una mira menos visible que las miras telescópicas utilizadas en los nuevos modelos soviéticos. El arma tenía como destino la Guardia Blanca, a cuyos miembros se animaba a adquirirla con una pequeña ayuda pública. Häyhä aprovechó esa oportunidad para hacerse con ella. El rifle era por tanto suyo y lo conocía íntimamente.

La paciencia equivalía a supervivencia

Häyhä llevaba pocos días en el frente cuando fue retirado de la unidad. El comandante de su compañía se había dado cuenta de su mortífera precisión y lo puso a combatir como francotirador solitario. El número de bajas del enemigo subió con rapidez. La letal efectividad Häyhä no se debía únicamente a su práctica con la Guardia Blanca. Antes de la guerra cazaba a menudo y la experiencia de pasar largos días en los bosques finlandeses fue tan determinante como su puntería. Igual que los cazadores, los francotiradores tienen que moverse sin ser vistos ni oídos; deben elegir la mejor posición de disparo posible y contar con interminables reservas de paciencia. La tarea de Häyhä resultó más fácil por el hecho de que muchos soldados soviéticos eran pésimos tiradores. En una ocasión, durante los primeros días, le ordenaron abandonar su puesto e ir a cortar una línea telefónica.

"Eso hice, y me tomé mi tiempo, por más que los rusos me estaban disparando con una ametralladora desde una distancia de 200 metros", recordó después de la guerra.

Otros enemigos, sin embargo, eran potencialmente mortales, ya que el Ejército Rojo había desplegado a sus propios francotiradores en el frente de Kollaa.

Duelo en la nieve

El cabo Häyhä tuvo ocasión de probar su valor cuando el teniente Juutilainen le asignó una difícil misión. Tres comandantes de división finlandeses habían caído víctimas de disparos y parecía evidente que era todo obra del mismo francotirador. Había que eliminar a ese hombre.

Häyhä se puso ropa de lana y un traje de camuflaje blanco por encima y partió antes del amanecer, aprovechando la oscuridad. El día anterior había elegido un lugar adecuado en el que apostarse. Se encontraba en la sombra, para que el reflejo del sol en el rifle no le delatara, y situado de tal manera que desde las posiciones enemigas no podía verse el rastro del camino que había seguido para llegar hasta allí.

El sol de invierno salió a las 10:00 y, a partir de ese momento, Häyhä se mantuvo inmóvil, solo barriendo cuidadosamente con la mirada el terreno que tenía delante. No se veía señal alguna del francotirador enemigo.

Buena vista y paciencia, las claves para sobrevivir

A diferencia de otros, Simo Häyhä no utilizaba mira telescópica en su rifle Mosin–Nagant M/28–30. Se fiaba de la mira de hierro original, que, al no reflejar los rayos del sol, no revelaba su posición.

- Edificios aislados y torres de iglesias son lugares tentadores para los francotiradores, pero son los primeros en los que busca el enemigo.
- Nunca hay que disparar desde una cima. La cabeza y el tronco se recortan contra el cielo y presentan un blanco fácil.
- Las copas de los árboles ofrecen buenas vistas, pero se convierten en una trampa. Si el enemigo localiza al francotirador, resulta imposible escapar.
- Nunca hay que utilizar dos veces el mismo sitio. Si el enemigo lo descubre, puede situar contra él a sus propios francotiradores.

Apenas seis horas más tarde, empezó a hacerse de noche. El sol se estaba poniendo tras los árboles situados a sus espaldas cuando Häyhä detectó a lo lejos un resplandor que le llamó la atención. Enseguida pensó que podía tratarse de una mira telescópica e, instantes después, vio una figura vestida de blanco que se ponía de pie para estirar los miembros agarrotados por la espera. El cazador soviético daba por concluida la labor del día.

Häyhä apuntó, apretó el gatillo y metió rápidamente un nuevo cartucho en la recámara. No fue necesario. El primer proyectil había penetrado por la mejilla del francotirador ruso y le había atravesado el cráneo. Una muerte instantánea.

El frío jugó un papel clave

El Ejército Rojo mantenía su ofensiva contra el frente de Kollaa y las temperaturas no paraban de caer. A –40° C, la meteorología determinaba qué se podía hacer y qué no. Los soviéticos podían tener aviones, cañones y tanques de sobra, pero no estaban en absoluto preparados para la guerra de invierno.

SA-KUVA

Los rusos trataron de usar estos trineos acorazados de 80 kg, pero se hundían en la nieve dejando a los soldados a merced del enemigo.

Un corresponsal de guerra americano se quedó atónito al ver a un grupo de soldados que se rendían a los finlandeses:

"Las tropas rusas que el Alto Mando del Kremlin ha enviado contra el flanco oriental del cuello de botella de Carelia son las criaturas uniformadas de aspecto más penoso vistas desde que el desharrapado y hambriento ejército napoleónico se retiró de Moscú –escribió–. Ninguno de los hombres llevaba botas altas y varios de ellos tenían los pies tan congelados que apenas podían andar".

Un coronel finlandés emitió un lacónico y agudo veredicto:

"Semejante infantería nunca se ha visto. No son soldados".

Además de no contar con uniformes adecuados, los soldados soviéticos pasaban hambre. Las líneas de suministro del Ejército Rojo eran muy débiles y los finlandeses se aprovechaban de ello. Cuando se retiraban de una zona, evacuaban a la población civil y lo quemaban todo. Los soviéticos se veían también obligados a dormir al raso sin prácticamente nada con lo que combatir el frío nocturno, por lo que encendían hogueras que servían de blanco para los proyectiles finlandeses. La experiencia les enseñó que tenían que conformarse con unas pocas brasas al fondo de un hoyo. Así, la desesperación cundió pronto en las filas de un ejército que, en teoría, era enormemente poderoso.

Terror en el bosque

Diciembre avanzaba y, en el río Kollaa, las tropas soviéticas atacaban una y otra vez. Oleadas de hombres envueltos en grandes abrigos se abrían paso en medio de la nieve, pero las acometidas se veían frustradas siempre por las ametralladoras finlandesas. El fuego de respuesta soviético era sorprendentemente ineficaz.

"Disparaban muy mal, siempre desde la cintura, según avanzaban, y sin ningún tipo de cobertura de secciones de apoyo", contó un periodista citando fuentes finlandesas.

El Ejército Rojo se vio perjudicado por la incompetencia de sus comandantes. Hasta las operaciones más sencillas salían mal.

En Moscú, Kliment Voroshílov, comisario del pueblo para la defensa de la Unión Soviética, no tenía dudas sobre quién era el culpable:

"¡Usted fue quien aniquiló a la vieja guardia del ejército e hizo matar a los »»

ALZA PARA DISTANCIAS CORTAS

En disparos contra objetivos situados a corta distancia, el alza del rifle se ajusta para compensar la caída en altura. La mira se eleva adelantando ligeramente el alza por el deslizador.

VIC THOMAS

VIC THOMAS

ALZA PARA DISTANCIAS LARGAS

En distancias de más de 1.000 metros, el brazo del alza se coloca en posición vertical. El deslizador cuenta con un agujero que sirve para apuntar. Subiendo y bajando el deslizador, la mira se ajusta para objetivos situados a distancias de hasta 2.000 metros.

VIC THOMAS

PUNTO DE MIRA PARA VIENTO LATERAL

El punto de mira se ajusta con un pequeño tornillo que lo desplaza hacia un lado para compensar el efecto del viento lateral.

Armas improvisadas contra los tanques de Stalin

El Ejército Rojo cruzó la frontera finlandesa con miles de tanques. Los finlandeses prácticamente no tenían blindados, por lo que tuvieron que inventar armas que les permitieran detener a los monstruos soviéticos.

CÓCTEL MÓLOTOV

IMPERIAL WAR MUSEUMS

Alcohol para incendiar tanques

La destilería estatal finlandesa Oy Alkoholiliike Ab proporcionó más de 500.000 botellas de medio litro con contenido inflamable para usarlas contra los tanques soviéticos. Esta simple pero efectiva arma fue bautizada como "cóctel mólotov" en irónica referencia al recién nombrado ministro de Exteriores de Stalin.

Avance detenido con TNT

Las granadas normales no eran suficientes para frenar a los tanques soviéticos. Los finlandeses metieron viejas granadas dentro de cargas de TNT para conseguir un mayor poder explosivo.

La carga se lanzaba contra las ruedas del tanque para destruir las orugas. También podía arrojarse contra la parte trasera, lo que hacía explotar el motor.

JAEGER PLATOON WEBSITE

CARGA DE TNT

JAEGER PLATOON WEBSITE

CAÑÓN ANTITANQUE BOFORS

SA-KUVA

Cañón sueco

El arma contra tanques más poderosa de Finlandia era el cañón antitanque PstK/36 de 37 mm, suministrado por el fabricante sueco Bofors, que en 1939 podía perforar la mayoría de los blindajes. Finlandia tenía solo unas 100 unidades, pero Suecia le proporcionó más.

mejores generales!", le dijo a Stalin en referencia a las purgas de los años treinta.

En condiciones normales, una acusación así habría sido un suicidio, pero ahora hasta Stalin se veía obligado a admitir que, en este caso, una farsa judicial seguida de un pelotón de fusilamiento no resolvería el problema.

El 19 de diciembre, la ofensiva del río Kollaa se detuvo y una extraña calma descendió sobre todos los frentes. Para Simo Häyhä, sin embargo, la guerra ganó en intensidad.

Rienda suelta al francotirador

Häyhä salía a diario a cazar enemigos, a veces en compañía del cabo Malmi, que le ayudaba a localizar objetivos con los prismáticos.

"Durante el día observábamos y, al anochecer, preparaba mi posición. Incluso colocaba la nieve en el suelo de forma que no se moviera con el disparo", recordó.

Häyhä siguió usando su M/28–30, a pesar de que no tenía mira telescópica. No la necesitaba, tal como demostró cuando el comandante de su compañía volvió a asignarle una nueva tarea. Juutilainen había pasado horas intentando acabar con un francotirador que se escondía cerca de las trincheras soviéticas, a unos 400 metros, y a pesar de la mira telescópica no había tenido éxito. Ahora era el turno de Häyhä.

"Al principio no podía verle. Solo veía la pequeña roca tras la que se suponía que se ocultaba. Después de una cuidadosa observación, lo localicé tras un montón de nieve. Apunté cuidadosamente con mi viejo M/28–30 y con el primer disparo di en el blanco".

Las mejores habilidades de Häyhä, sin embargo, se apreciaban en distancias más cortas.

"El cabo Malmi y yo detectamos que el enemigo había acampado en una zona nueva –dijo–. Fuimos por el bosque en silencio y nos situamos a unos 150 metros. Permanecimos allí todo el día y matamos a 19 rusos. Nunca supieron dónde estábamos".

Häyhä iba camino de convertirse en el francotirador más letal de la historia.

Coto de caza ideal

Juutilainen llevaba la cuenta de los números de Häyhä desde el principio. El 21 de diciembre, con nieve cayendo y escasa visibilidad, había matado a 25 soldados enemigos, lo que hacía un total de 100 en 22 días. Häyhä adquirió tal fama que fue enviado a hacer un trabajo a otra unidad. Los objetivos eran ahora los periscopios de artillería y los observadores avanzados que guiaban a los cañones soviéticos. Era un trabajo peligroso: "Solo dispuse de dos o tres disparos contra el periscopio del observador antes de que los rusos empezaran a bombardearnos con artillería pesada. Volaron ramas de árboles, metralla y ceniza, pero, milagrosamente, sobrevivimos". Sin amilanarse, Häyhä se aproximó desde un ángulo distinto y destruyó el telescopio.

Pronto la cuenta de Häyhä alcanzó los 200 blancos. A la vez, llegaron buenas noticias del norte, donde no había frentes fijos y los finlandeses atacaban en coman-

dos. En unas pocas semanas, una división finlandesa había barrido a dos divisiones rusas, a pesar de que estas gozaban de una gran superioridad numérica y disponían de tanques y artillería. El peso de los vehículos obligaba a los soviéticos a avanzar por las pocas carreteras disponibles, mientras que las unidades finlandesas, provistas de armamento ligero, se movían en esquíes. Las magníficas victorias de la batalla de Suomussalmi y la carretera de Raate infundieron nueva moral a los finlandeses, igual que las hazañas de la Muerte Blanca, ya famosas en todo el mundo.

Stalin no se dio por vencido

El mundo estaba claramente de parte de Finlandia, adonde llegaban voluntarios de toda Escandinavia. Suecia envió armamento, municiones y la tercera parte de los aviones de su Fuerza Aérea. Ningún país, sin embargo, estaba dispuesto a intervenir directamente.

"Toda Escandinavia vive preocupada bajo las amenazas nazi y bolchevique", dijo en la BBC Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, en enero de 1940. "Solo Finlandia, soberbia, no, sublime, en las fauces del peligro, muestra lo que los hombres libres pueden hacer", señaló, olvidando convenientemente que Finlandia se habría mantenido neutral de no haber sido atacada.

Pero mientras Francia y el Reino Unido vacilaban sobre si ofrecer o no ayuda, el Ejército Rojo se reagrupó y rearmó. Si algún finlandés llegó alguna vez a pensar que Stalin abandonaría sus propósitos, sin duda estaba equivocado. La Unión Soviética envió mejores soldados y generales al frente. Se hicieron nuevos y cuidadosos planes y se acabó con el caos de las líneas de suministro. Cualquier posible conversación de paz quedó fuera de discusión.

Un disparo acabó con la guerra de Häyhä

En febrero de 1940, comenzó el nuevo ataque soviético. Esta vez la infantería no avanzó en masa, sino que fue aproximándose poco a poco. Los exhaustos soldados finlandeses se vieron obligados a retirarse. Un francotirador ya no era tan valioso para el ejército y a Simo Häyhä se le adjudicó el mando de un grupo de soldados. Siguieron semanas de encarnizados combates hasta que, el 6 de marzo, la suerte dejó de acompañarle.

"Estaba en lo más profundo de los bosques de Ulismaa. Nos habían ordenado contratacar, como muchas otras veces", recordó tras la guerra.

Acababan de atravesar una ciénaga cuando Häyhä recibió un balazo en la cara.

"Noté que tenía la boca llena de sangre y fragmentos de hueso –dijo–. La bala había entrado por el labio superior y perforado la mejilla izquierda".

Dedicado a cazar alces

Häyhä fue alcanzado por una bala *dum–dum*, un proyectil diseñado para expandirse y ocasionar enormes daños. El disparo le había destrozado la parte izquierda de la mandíbula superior y parte de la inferior. Fue transportado en trineo y estuvo una semana en coma, hasta el 13 de marzo de 1940.

Ese mismo día terminó la Guerra de Invierno. El Ejército Rojo había roto la Línea Mannerheim y toda resistencia era ya inútil. Finlandia pidió el alto el fuego y Stalin se mostró de acuerdo enseguida. El honor del Ejército Rojo había quedado restablecido con las victorias de marzo y quería pasar página lo antes posible. Finlandia tuvo que ceder grandes extensiones de terreno para conseguir la paz, pero su fiera resistencia había acabado con el sueño de Stalin de ocupar el país entero.

El precio pagado por Finlandia para mantenerse independiente fue de 25.000 muertos. Aun así, Simo Häyhä, que había sobrevivido al disparo, no tenía dudas de que su sacrificio y el de tantos otros habían merecido la pena: "Hice lo que me encargaron lo mejor que pude –dijo–. Y Finlandia no existiría si todos los demás no hubieran hecho lo mismo".

Apenas un año más tarde, Finlandia volvió a entrar en guerra con la Unión Soviética. Esta vez en la Operación Barbarroja, junto a Hitler, que había visto flaquear al Ejército Rojo en la Guerra de Invierno y pensó que podría aplastarlo fácilmente. Habría hecho bien en prestar más atención a la rapidez con la que se habían recuperado las tropas soviéticas de las primeras derrotas.

Simo Häyhä –la Muerte Blanca–, que con 542 víctimas había roto todos los récords de francotiradores, no participó en el nuevo conflicto. Regresó a la simplicidad de su anterior vida campesina y se contentó con cazar alces. ■

Finlandia clamaba venganza

La Guerra de Invierno acabó con la cesión de grandes áreas de territorio finlandés al enemigo. En 1941, los finlandeses decidieron recuperarlo.

La exigencia de Stalin de territorios a cambio de paz dejó un deseo de venganza en la población finlandesa. Cuando Hitler ofreció a Finlandia la posibilidad de recuperar lo que había cedido, el gobierno decidió aprovechar la oportunidad y, en 1941, se unió a la invasión de la Unión Soviética.

Los finlandeses denominaron Guerra de Continuación a este nuevo enfrentamiento porque el objetivo era recuperar sus antiguos territorios, pero las victorias alemanas iniciales alimentaron los sueños de una Gran Finlandia con la adición de zonas soviéticas en las que se hablaban dialectos finlandeses. Estos sueños quedaron destrozados cuando cambiaron las tornas en el Frente Oriental.

Finlandia tuvo que pedir de nuevo la paz y el precio fueron nuevas pérdidas territoriales. El pequeño país aprendió así que no podía oponerse a los intereses de su poderoso vecino.

PETSAMO

Tras la Guerra de Continuación, Finlandia tuvo que entregar los territorios que rodean la ciudad de Petsamo.

PENÍNSULA DE CARELIA

En la Guerra de Invierno, Finlandia cedió a la URSS zonas de Salla y la península de Carelia.

GETTY IMAGES & SHUTTERSTOCK

Los verdaderos héroes de Dunkerque

La retaguardia luchó hasta el final

Cuando en 1940 el Reino Unido evacuó a 338.000 soldados de Francia, la Marina y la RAF recibieron gran parte del reconocimiento por el "milagro de Dunkerque". Pero si decenas de miles de soldados de infantería no hubieran combatido hasta el último hombre para retrasar a los alemanes, Hitler probablemente habría ganado la guerra.

Por Kasper Schlie

El capitán británico Ervine–Andrews, de 28 años, miró a través de la niebla y comprendió que se enfrentaba a una tarea sobrehumana. Al otro lado del canal que rodeaba Dunkerque se preparaba para la batalla una división alemana entera, y él, al mando de 200 soldados exhaustos, tenía que defender ese tramo de agua a cualquier precio. Ese 1 de junio de 1940, justo cuando sus hombres habían llegado al límite del agotamiento, los alemanes atacaron a lo largo de toda la línea. Por todas partes, grupos de infantería alemanes se lanzaban a cruzar el canal en botes de goma.

"¡No disparéis hasta que oigáis el silbato!", ordenó Ervine–Andrews.

El enemigo había llegado a la mitad cuando dio la señal. Al instante, las ametralladoras británicas empezaron a dibujar agujeros en la superficie del agua. Los alemanes cayeron por docenas, pero aun así siguieron enviando riadas de atacantes. Al cabo de diez horas, un grupo consiguió cruzar la vía de agua, y los británicos, superados en número, se vieron obligados a retroceder. Ervine–Andrews sabía que tenía que dar ejemplo. Por su hazaña de ese día, recibiría la Cruz Victoria de manos del mismo rey Jorge VI. Se subió al tejado de un granero y desde allí, con precisos disparos, tumbó a 17 soldados alemanes. Luego se hizo con una ametralladora Bren y lanzó tales ráfagas que detuvo el avance enemigo. Solo cuando el tejado se incendió por el fuego de mortero saltó a tierra y condujo a sus hombres a un lugar seguro.

Ervine–Andrews lo había conseguido: había retrasado a la Wehrmacht durante unas cuantas horas vitales. Y escenas similares se produjeron por todo Dunkerque, donde 44.000 soldados de la retaguardia aliada se enfrentaban en desigual batalla a las mucho más numerosas fuerzas alemanas. La orden era combatir hasta el último hombre para retrasar la caída de Dunkerque y que la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF), así como el mayor número posible de franceses, fueran evacuados a Dover.

La propia supervivencia del Reino Unido dependía de la retaguardia: si los alemanes rompían las defensas, aniquilarían a la BEF y nada impediría ya que cruzaran el Canal de la Mancha y tomaran Londres.

La retaguardia tenía que ser sacrificada

Solo 14 días antes, Erwin Rommel había cruzado la frontera francesa con sus divisiones de tanques. Un millar de blindados se lanzaron a toda velocidad hacia la costa.

Rommel estaba eufórico y reflejó ese sentimiento en sus memorias: "¡La Línea Maginot rota! Apenas podíamos creerlo (...). Habíamos pasado y nos encontrábamos en la profundidad del territorio enemigo".

Cuatro días más tarde, los alemanes llegaron al Canal de la Mancha y, en un enorme movimiento de pinza, rodearon a 500.000 soldados pertenecientes a la BEF y a los ejércitos francés y belga, que una semana más tarde seguían atrapados en esa bolsa y al borde del colapso. Entonces la Wehrmacht detuvo el avance para que las fuerzas desperdigadas recibieran el refuerzo de la infantería.

Lord Gort, comandante de la BEF, vio la oportunidad para salvar a su ejército y ordenó la retirada por un estrecho corredor hasta el puerto de Dunkerque, desde donde podría organizarse la evacuación a Inglaterra. Pero mientras la mayor parte de las tropas corrían hacia el puerto, una retaguardia de 40.000 soldados hubo de plantar cara a los alemanes. Junto a los franceses, tenían la misión de ganar tiempo para que la operación de rescate pudiera llevarse a cabo.

> "Ya solo un milagro puede salvar a la BEF"
>
> GENERAL SIR ALAN BROOKE

Lord Gort no disponía de hombres suficientes para formar una línea de defensa continua, por lo que estableció una serie de puestos defensivos en pueblos, granjas y puentes. Los soldados aún no lo sabían, pero cuando el 26 de mayo entraron en localidades como Cassel o Le Paradis sus generales pensaban que pocos de ellos regresarían a casa: eran el sacrificio necesario para salvar a la BEF y a la misma nación británica.

El artillero despachó tres tanques

Uno de los sitios mejor defendidos fue la ciudad de Cassel, que, con su colina amurallada, ofrecía una vista panorámica de la llanura por la que llegarían los alemanes. En la plaza de la localidad, los británicos tuvieron una muestra de los horrores que se avecinaban: una lluvia de proyectiles cayó sobre una columna de soldados franceses y el adoquinado quedó cubierto de cuerpos carbonizados y caballos muertos.

GETTY IMAGES

Los británicos se vieron obligados a retroceder al comienzo de la guerra. En la foto, un vehículo de transporte de tropas con una ametralladora Bren se prepara para el combate.

"Todavía hoy puedo ver la agonía y el terror de un poni negro, con las mandíbulas muy abiertas y los dientes brillantes", escribió el soldado Melville Thomas en su diario.

En las tres carreteras de acceso se instalaron barricadas y cañones antitanque; en los muros se situaron soldados y, a tres kilómetros de la ciudad, se establecieron posiciones perimetrales con la esperanza de que las pequeñas compañías consiguieran retrasar a los alemanes.

El 27 de mayo, el general Von Rundstedt ordenó a sus tropas, ya descansadas y reforzadas, retomar el avance y, poco después, una división blindada entraba en un bosque cercano a Cassel. Cuando el artillero Harry Munn, apostado en la muralla, vio que del bosque salían 24 tanques alemanes y se lanzaban a toda máquina contra ellos, supo que tenía que actuar.

"A medida que se aproximaban, veíamos con claridad las esvásticas en la parte delantera", recordaría más tarde. Tres tanques se separaron y enfilaron hacia la posición de Munn. Cuando estaban a 600 metros, el artillero disparó su cañón QF de 2 libras y el Panzer que iba en cabeza respondió inmediatamente. Siguió un intercambio de 15 proyectiles que rebotaron tanto en el blindaje como en la muralla. Munn apuntó entonces a las orugas y así consiguió detenerlo, tras lo cual la tripulación abandonó rápidamente el vehículo y regresó a sus líneas con las balas silbándoles en los oídos. El segundo tanque resultó más vulnerable.

"Esta vez el proyectil perforó el blindaje y explotó dentro. El tanque voló en pedazos. No hubo supervivientes". El tercero corrió una suerte parecida.

Así, gracias a la defensa de 24 cañones antitanque, los británicos pudieron detener la primera oleada de ataques contra Cassel.

Crimen de guerra de las SS

A unos 30 kilómetros al sur de Cassel, un mermado batallón británico hubo de embarcarse en una misión prácticamente suicida: defender una granja en las afueras de la población de Le Paradis contra un batallón de blindados. El 27 de mayo, antes del amanecer, los británicos se despertaron con el ruido de los proyectiles. Los alemanes, todavía a varios kilómetros de distancia, estaban destruyendo las posiciones exteriores de la granja. Bob Brown, a cargo de la radio, pudo oír los mensajes desesperados de sus compañeros. Uno de ellos, Alf Blake, le envió un último mensaje: "Me temo que es el fin. No nos olvidéis". Brown nunca volvió a saber de él.

Cuando todas las líneas se quedaron en silencio, Brown fue hasta el muro de la granja y, junto a otros 130 soldados, empezó a disparar contra las tropas alemanas que se acercaban. La granja estaba prácticamente rodeada, pero el comandante se negaba a retroceder.

"Hay otros que dependen de nosotros", le dijo al capitán Hastings, que luego escribió un informe sobre la batalla.

Los últimos cartuchos se distribuyeron entre los hombres y Hastings destruyó los papeles del batallón y el diario de guerra para que no cayeran en manos enemigas. Luego resistieron hasta que un incendio en el tejado les obligó a rendirse. Hastings agitó una toalla blanca y los hombres salieron de la granja en llamas con los brazos en alto. Por desgracia, enfrente esperaba la temida División Panzer SS Totenkopf.

Desarmados, los 99 británicos fueron recibidos a culatazos y, poco después, asistieron a un acalorado conciliábulo entre un pequeño grupo de oficiales de las SS. Los alemanes aseguraban que los ingleses habían usado balas expansivas y disparado contra los camilleros, por lo que era de rigor hacer justicia.

Los maltrechos soldados fueron conducidos a un corral y situados frente a las ametralladoras.

"Sentí como si una mano de hielo me hubiera agarrado el estómago", dijo luego el soldado Bert Pooley.

Los que no murieron bajo la lluvia de balas fueron rematados con un disparo en la cabeza o atravesados por las bayonetas. Luego los alemanes desaparecieron. Cuando se hizo la oscuridad, dentro del montón de cadáveres empezaron a moverse dos cuerpos. Pooley y el radiooperador Bill O'Callaghan seguían aún con vida y se arrastraron malheridos hasta una pocilga, donde se escondieron en el barro. Durante la noche oyeron los gritos de otro superviviente, pero, temiendo que los alemanes volvieran, no se atrevieron a acercarse. Fue una decisión acertada, ya que enseguida oyeron disparos y cesaron los gritos. Pooley y O'Callaghan sobrevivieron comiendo patatas crudas y bebiendo en charcos hasta que los alemanes abandonaron la granja.

GETTY IMAGES & SHUTTERSTOCK

Aun atrapados, los franceses retrasaron a la Wehrmacht

Las tropas francesas rodeadas en Lille se negaron a rendirse y obligaron a los alemanes a emplear enormes recursos en la toma de la ciudad.

El 28 de mayo, los 35.000 soldados franceses de Lille tuvieron claro que estaban rodeados. No habían podido llegar al corredor que conducía a Dunkerque y habían quedado atrapados por la maniobra de pinza ejecutada por siete divisiones alemanas compuestas por un total de 110.000 hombres. Pero, en lugar de rendirse, los generales Molinié y Mesny optaron por seguir luchando para que, al norte, sus aliados dispusieran de más tiempo.

Durante tres días, entretuvieron a una octava parte de la infantería alemana y a cerca de 800 tanques, lo que dio a los británicos la oportunidad de evacuar a más hombres de lo esperado. El gesto no pasó desapercibido para Winston Churchill, que en su autobiografía elogió la contribución francesa.

Cuando el 1 de junio los franceses finalmente se rindieron, los alemanes mostraron su respeto por la valentía de aquellos soldados permitiéndoles salir de la ciudad ordenadamente en formación militar.

Los alemanes tardaron tres días en tomar la ciudad de Lille.

Los franceses no se rindieron hasta que se quedaron sin municiones.

La retaguardia mantuvo la puerta abierta para el ejército británico

Unos 400.000 soldados aliados combatieron hasta la muerte en la ciudad de Dunkerque, en el norte de Francia. Su valiente espíritu de lucha permitió a la Marina británica llevar a cabo la mayor evacuación de la historia.

IMPERIAL WAR MUSEUM & GETTY IMAGES & CLAUS LUNAU/HISTORIE

APOYO DE TANQUES

Tras las líneas, los británicos patrullaban con tanques ligeros que podían ser enviados con rapidez adonde hiciera falta.

PUNTOS DE EVACUACIÓN

La evacuación se realizó desde el muelle del este y la playa. El puerto había sido destruido en los bombardeos.

BALIZAS DE HUMO NEGRO

La quema de combustible en el puerto proporcionó a las tropas británicas puntos de referencia para que encontraran el camino hacia Dunkerque.

CAÑONES PARA RETRASAR A LA WEHRMACHT

Los franceses fueron los primeros en establecer líneas defensivas alrededor de Dunkerque. La mayor parte de la artillería era, por tanto, de origen francés.

Fort des Dunes

DUNKERQUE

Fort Louis

Fort Vallières

Área defendida por los franceses

Canal Mardyck

Canal Haute Colme

Canal Basse Colme

BERGUES

FRANCIA

Primera línea de defensa

Entre el 29 y el 30 de mayo, las fuerzas británicas y francesas se retiraron a los alrededores de Dunkerque y establecieron un perímetro defensivo de 30 kilómetros. Esta línea quedó a cargo de 4.000 soldados británicos y 40.000 franceses cuya misión era retrasar el avance alemán para que diera tiempo a evacuar a los miles de soldados apiñados en la playa.

Una lucha desigual

- **40.000** franceses
- **4.000** británicos
- **800.000** alemanes

LOS CAZAS APOYARON A LA RETAGUARDIA

La RAF bombardeó posiciones enemigas y acosó a la aviación alemana.

NIEUPORT

Área defendida por los británicos

Canal de Furnes a Nieuport

FURNES

Dunkerque rodeada por los alemanes

BÉLGICA

Miles de hombres rescatados

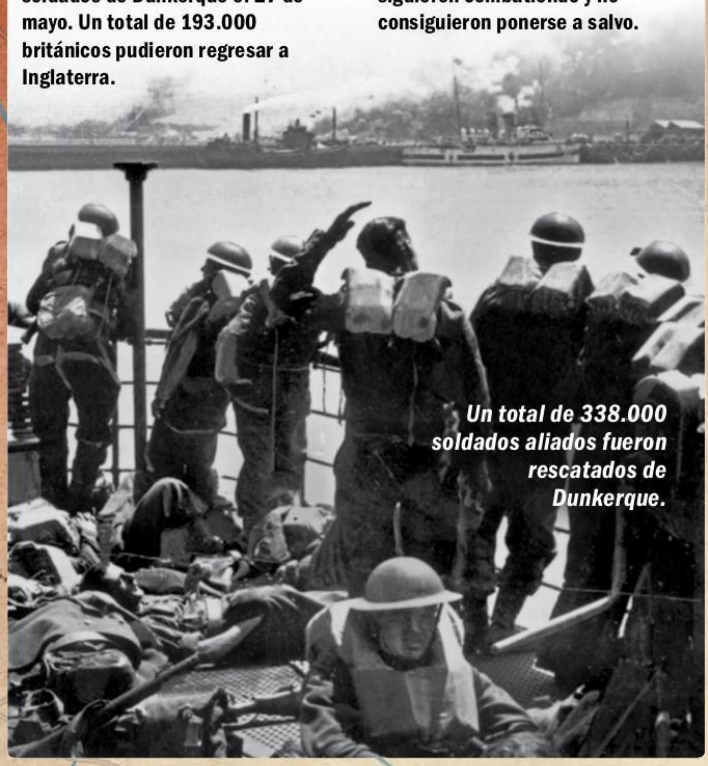
Los británicos recurrieron a todo tipo de medios para evacuar a los hombres. Se metieron camiones en el agua para crear embarcaderos y se utilizaron barcos de pesca para trasladar a los soldados a Inglaterra.

Evacuación temprana

Los británicos se dieron cuenta relativamente pronto de que la defensa de Francia no sería posible, dada la superioridad alemana, y empezaron a evacuar soldados de Dunkerque el 27 de mayo. Un total de 193.000 británicos pudieron regresar a Inglaterra.

Últimos rescates

Los últimos evacuados fueron franceses: tras la salida de los británicos, otros 52.000 soldados galos partieron rumbo al Reino Unido, pero 40.000 de ellos siguieron combatiendo y no consiguieron ponerse a salvo.



Un total de 338.000 soldados aliados fueron rescatados de Dunkerque.

Segunda línea de defensa

La retaguardia aliada mantuvo el perímetro exterior durante tres días antes de retirarse a la segunda línea. En ambos casos, se aprovecharon las posibilidades del terreno.

Detrás de los canales, se cavaron hoyos de protección desde los que se disparaba al enemigo con ametralladoras Bren.

Se fortificaron las casas situadas en los canales. En la antigua muralla de Bergues se instalaron ametralladoras.

Para retrasar a los tanques alemanes, se abrieron las compuertas de los canales y se inundaron los campos.

Se utilizaron viejas fortalezas como posiciones defensivas, una de ellas construida por Luis XIV en el siglo XVII.

Para alcanzar las líneas aliadas, los alemanes debían cruzar los canales, lo que les dejaba a merced de francotiradores y ametralladoras.

Los alemanes tenían que cruzar los canales en botes inflables, lo que les ponían en una situación muy peligrosa.

Atrapados por un movimiento de pinza

1 A mediados de mayo de 1940, los alemanes cruzan la frontera francesa. Cuatro días más tarde, gracias a la movilidad de la *Blitzkrieg*, llegan al Canal de la Mancha y rodean a unos 400.000 soldados aliados.

2 El 24 de mayo los alemanes detienen el avance para descansar. Esta pausa permite a la retaguardia aliada fortificar un gran número de ciudades y granjas.

3 Entre el 26 y el 28 de mayo, la retaguardia aliada libra varias batallas en las que se combate hasta el último hombre. Esto proporciona al resto de los soldados un tiempo vital para llegar a Dunkerque.

El mismo día de la masacre, 27 de mayo, otras tropas de retaguardia luchaban para defender un canal entre Ypres y Comines. Justo antes del alba, la infantería alemana cruzó el canal en botes inflables y les hizo retroceder un kilómetro. El comandante británico no tenía tanques, pero, en un acto de desesperación, dirigió a los soldados en una carga contra el enemigo fiándolo todo a la tendencia de los defensores a sobrestimar la fuerza de los atacantes a causa del pánico. La treta funcionó y los alemanes abandonaron los nidos de ametralladoras.

El 27 de mayo fue un día sangriento para los británicos. Habían tenido que retroceder en todas partes, pero con ese esfuerzo habían ganado tiempo para la evacuación de 7.669 soldados.

Huida de Cassel

Contra todo pronóstico, los británicos habían resistido en Cassel, pero para el 29 de mayo se habían quedado ya sin recursos. En las calles se acumulaban los cadáveres, la mayoría de los edificios habían sido destruidos y los defensores no tenían ya municiones. Fue entonces cuando el general de brigada Somerset se enteró de la evacuación a gran escala que estaba teniendo lugar en la costa. "Ahí realmente comprendí que estábamos siendo sacrificados para que británicos y franceses, tantos como fuera posible, pudieran escapar", escribió más tarde.

Esa misma noche, los 450 hombres del general recibieron al fin la orden de partir hacia Dunkerque. La larga columna salió a pie, aprovechando la oscuridad, pero no llegó muy lejos.

> "Las guerras no se ganan con evacuaciones, pero dentro de este rescate hay una victoria"
>
> WINSTON CHURCHILL

Media hora más tarde fueron bombardeados y, sin contar con armamento pesado, tuvieron que rendirse. La mayoría murieron, resultaron heridos o, como Somerset, fueron hechos prisioneros.

A lo largo de todo el corredor, la retaguardia británica empezó a retirarse hacia Dunkerque. Una vez allí, la mayoría fueron enviados a la playa, pero 4.000 soldados británicos y sus camaradas franceses se reagruparon para formar un perímetro fortificado de 30 kilómetros alrededor de la ciudad. Tenían que detener a los alemanes durante al menos tres días; 70.000 soldados ya habían sido evacuados, pero aún esperaban otros 300.000.

Durante los dos días siguientes, esa pequeña fuerza repelió numerosos ataques mientras sus compañeros eran trasladados a Inglaterra. El 31 de mayo, el regimiento de los Grenadier Guards soportó un bombardeo en la ciudad de Furnes –llamada Veurne en neerlandés–, en el flanco este del perímetro defensivo. El radioperador George Jones se refugió con otros en un sótano bajo la plaza del mercado de la ciudad. "Alguien encontró una radio portátil y, hacia las 2 de la tarde, oímos la noticia de que más de las dos terceras partes de las fuerzas del área de Dunkerque habían sido ya evacuadas –escribió en sus memorias–. Y aquí estábamos nosotros, millas tierra adentro, atrapados en una ciudad que se hundía por los bombardeos. Nos sentimos muy solos".

El 31 de mayo a esa hora, habían sido evacuados cerca de 200.000 soldados, y esa misma tarde llegó la largamente esperada orden de que los Grenadier Guards de Jones se encaminaran hacia los barcos.

"Resplandecían un centenar de incendios cuando nos alejamos de Furnes. Íbamos tropezando con montones de escombros, ladrillos, vidrios rotos y cables telefónicos enredados... Al fin emprendíamos el camino".

El 1 de junio de madrugada, los Guardias se concentraron en la playa, abarrotada de soldados. Pero los destructores británicos habían tenido que anclar mar adentro para evitar los cañones alemanes y no podían recogerlos.

"Cada tanto nos atacaban escuadrones de Messerschmitts. Los heridos morían en la arena o se ahogaban con la subida de la marea", recordó el comandante Colvin.

Tras varias horas de marcha, sin embargo, la mayoría de los Guardias consiguieron subir a uno de los barcos.

Unos 88.000 soldados aliados nunca llegaron a las embarcaciones. Pasaron la guerra como prisioneros en campos alemanes.

BPK/SCALA ARCHIVES

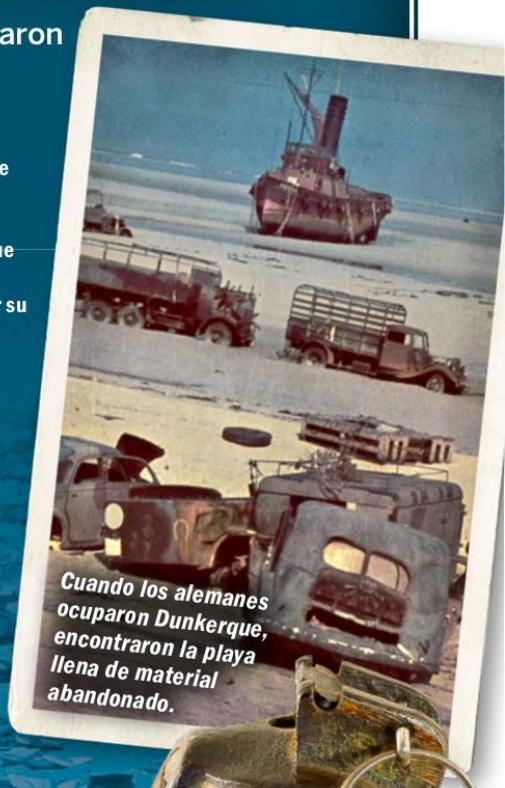
"¡Y pelearemos con botellas de cerveza rotas!"

En el frenesí de la evacuación de Dunkerque, los ingleses abandonaron equipos por valor de millones de libras para salvar a los hombres.

Gracias a la aguerrida defensa de la retaguardia contra fuerzas muy superiores, unos 193.000 soldados pudieron regresar a casa. Lo que había sido una derrota se convirtió en un símbolo del espíritu de lucha británico.

Acabada la operación, sin embargo, los supervivientes no tenían mucho con lo que combatir porque habían abandonado la mayor parte del equipo. Cuando en junio de 1940 Winston Churchill se dirigió al Parlamento, aseguró que el Reino Unido seguiría luchando por tierra, mar y aire. Se cuenta que, a pesar de esa promesa, tras el famoso discurso le susurró a un colega: "¡Y pelearemos con botellas de cerveza rotas, porque eso es todo lo que tenemos!".

Aun así, el Reino Unido consiguió reconstruir su ejército con rapidez, en parte gracias al armamento de Estados Unidos.



Cuando los alemanes ocuparon Dunkerque, encontraron la playa llena de material abandonado.

Los británicos abandonaron...

2.472 cañones
Un 60 por ciento de la artillería británica se quedó en Francia.

445 tanques
Por fortuna para los británicos, una gran parte de los tanques perdidos estaban obsoletos.

63.879 camiones
Según algunas fuentes, la escasez de camiones fue tan grande que el ejército tuvo que usar autobuses viejos.

20.548 motocicletas
Las motos las usaban los exploradores y los correos que llevaban mensajes entre unidades.

68.000 toneladas de munición
Para reemplazar lo perdido, los británicos tuvieron que utilizar grandes cantidades de munición de las colonias.

377.000 toneladas de equipo
Los británicos trataron de destruir lo que dejaban atrás, pero gran parte cayó en manos alemanas.

Los británicos perdieron toneladas de munición.

GETTY IMAGES & BRIDGEMAN & SHUTTERSTOCK

Muerte a los desertores

"He sido el último hombre en salir de Dunkerque", anunció por la radio un soldado británico el 1 de junio. Cuatro kilómetros al sur, el teniente Langley se rio de esa afirmación. Aunque 254.000 soldados habían sido puestos a salvo, todavía esperaban miles, y los 4.000 de la retaguardia aún defendían Dunkerque.

A medida que los alemanes se acercaban, algunos empezaron a sentir miedo. Langley y otro oficial recibieron la orden de disparar a quienes pretendieran abandonar su puesto. No pasó mucho antes de que un capitán intentara escabullirse.

"Nuestros fusiles hicieron fuego a la vez", informó Langley.

Pronto el sitio estaba atestado de alemanes. Langley cazó a cinco desde un desván, pero entonces oyó una enorme explosión.

"Una gran ola de calor, polvo y escombros me tiró al suelo –escribió luego–. Había caído un proyectil en el tejado. Se produjo un largo silencio y oí una voz muy débil que decía `me han dado', y de pronto me di cuenta de que era la mía".

Con heridas en un brazo y la cabeza, Langley fue evacuado rápidamente.

La tarde del 2 de junio, lo que quedaba de la retaguardia británica se retiró por fin al centro de Dunkerque; mientras, gracias a la inundación de las llanuras y la determinación de unos 40.000 curtidos soldados franceses, se seguían arañando horas para escapar. Poco antes de las 23:00, zarparon los últimos hombres de la Fuerza Expedicionaria. Se habían salvado un total de 193.000 británicos.

Durante los días siguientes, la evacuación continuó con los franceses. En mitad de la noche, aprovechando que los alemanes todavía no habían conseguido abrirse paso, llegó un pequeño número de barcos que recogieron a unos 52.000 soldados galos. El 4 de junio, por la mañana, los alemanes lograron tomar la ciudad.

Entre franceses y británicos, la batalla de Dunkerque costó 11.000 vidas. Se salvaron, sin embargo, 338.000 soldados aliados que seguirían luchando contra Hitler. ■

La flota de Mussolini, destruida por aviones viejos

El Pearl Harbor italiano

A comienzos de la Segunda Guerra Mundial, la imponente flota de Mussolini se encontraba anclada en Tarento, uno de los puertos mejor protegidos del mundo, y constituía una amenaza constante para los convoyes británicos que cruzaban el Mediterráneo. El Reino Unido elaboró un plan para acabar con los grandes acorazados de la Marina italiana de una vez por todas.

El 11 de noviembre de 1940, alrededor de la medianoche, aviones torpederos británicos atacaron la base naval italiana de Tarento.

PHILIP E WEST – AVIATION ARTIST
WWW.AVIATIONFINEART.CO.UK

Por Benjamin Alkærsig Christensen & Niels-Peter Granzow Busch

Una noche de noviembre de 1940, el piloto británico Kenneth Williamson despegó con su viejo biplano Swordfish. A cierta distancia, en el horizonte, la munición trazadora de las defensas de la base naval de Tarento se divisaba con nitidez. Unos 200 cañones antiaéreos y ametralladoras convertían la oscuridad nocturna en un hermosa pero mortífera exhibición de salvas brillantes.

Williamson comunicó a los once Swordfish restantes que había llegado el momento de romper la formación y, junto a otros dos aviones, se lanzó en picado desde una altura de más de dos kilómetros. La velocidad fue aumentando hasta pasar de 170 a 360 km/h. En la cabina abierta, el aire helado castigaba el rostro del piloto. El avión no tenía altímetro, por lo que había que calcular la altitud a ojo. Cuando estaban a aproximadamente 100 metros, los tres aparatos recuperaron uno a uno la horizontalidad y enfilaron hacia sus respectivos objetivos. Williamson vio delante la pequeña isla de San Pietro, límite exterior del puerto de Tarento.

Cuando pasaban sobre la isla, varios cañones antiaéreos italianos abrieron fuego, pero ninguno dio en el blanco. Ahora que se encontraban ya dentro del mismo puerto, Williamson descendió hasta una altura de solo nueve metros y bajó la velocidad a 165 km/h. En la distancia, podía finalmente distinguir el objetivo: los buques de guerra de la Armada italiana. Dos pequeños destructores, anclados frente a los mastodónticos acorazados, empezaron a disparar ráfagas de proyectiles a velocidad de vértigo.

Williamson hizo girar el avión hacia la enorme silueta de uno de los buques y apretó el botón situado sobre el acelerador. Entonces se desprendió el torpedo de 700 kilos que colgaba bajo el aparato. El Swordfish volaba a tan escasa altura que los dos británicos –piloto y observador– sintieron la espuma levantada por el torpedo al chocar contra el agua.

Ahora se encontraban justo en medio del fuego lanzado por cientos de ametralladoras. Si querían sobrevivir, tenían que salir de allí de inmediato. Mientras, uno tras otro, los demás aviones atacaban a los acorazados. Los italianos se habían sentido seguros en el interior del puerto, protegidos por redes antitorpedos, focos y cientos de armas antiaéreas. Pero, para los ingleses, la operación era tan importante que incluso la pérdida de todos los Swordfish se habría considerado aceptable. »»

La seguridad del Mediterráneo

El 10 de junio de 1940, Italia le declaró la guerra al Reino Unido, que para entonces llevaba un mes combatiendo contra las fuerzas invasoras de Hitler en Francia. Y, justo una semana después de la declaración de guerra italiana, Francia capituló.

Inglaterra se encontró de pronto completamente sola en la defensa del tráfico marítimo del Mediterráneo. Y, con Italia combatiendo del lado alemán, las rutas británicas que iban a la India y las colonias del sudeste asiático a través del Canal de Suez se encontraban amenazadas. El Reino Unido contaba con una fuerza naval en la zona, pero esta no podía competir con la de Italia, que tenía grandes acorazados, cruceros pesados y multitud de destructores y submarinos. La Royal Navy era consciente de que algo había que hacer, y rápido.

La dificultad estribaba en que la Regia Marina no iba a caer en la trampa de enfrentarse en una batalla naval abierta, donde los británicos, con sus portaviones y Fuerza Aérea asociada, llevaban ventaja. Italia no tenía portaviones, pero sí grandes acorazados que podían causar mucho daño a los convoyes británicos. Solo esa amenaza fue suficiente para que el Reino Unido concluyera que los acorazados italianos debían salir de la ecuación.

La solución fue desempolvar unos viejos aviones de 1935. En mayo de ese año, Italia había invadido Etiopía, y el Reino Unido, que tenía importantes intereses en el este de África, preparó un ataque sorpresa con aviones torpederos contra la flota italiana, que estaba anclada en el puerto de Tarento. El plan era muy arriesgado y el almirante Dudley Pound, comandante de la Flota Británica del Mediterráneo, daba por sentado que los portaviones participantes y sus aparatos no sobrevivirían a la misión. Era un sacrificio que estaba dispuesto a hacer, no obstante, con tal de destruir un buen número de buques italianos. Antes de que el plan se pusiera en marcha, sin embargo, el único portaviones de gran tamaño de la flota fue transferido al mar del Norte. Solo quedó uno pequeño, el Eagle, que no contaba con aviones suficientes para llevar a cabo el ataque.

ALMIRANTE CUNNINGHAM

Inicialmente, el almirante británico estaba convencido de que las batallas navales se ganaban con cañones, no con la aviación.

AUSTRALIAN WAR MEMORIAL

Nuevo y escéptico almirante

Poco después de cancelar la operación, Pound fue trasladado al Reino Unido y sustituido por Andrew Cunningham, quien, igual que muchos otros miembros de la Marina por entonces, era conocido por su oposición al uso de la Fuerza Aérea en combates navales. Tal como uno de sus oficiales recordaría luego, daba la impresión de que Cunningham consideraba que los portaviones y sus aviones "eran de segunda clase en relación al resto de la flota".

Los Swordfish, en concreto, eran especialmente impopulares entre los oficiales. Desarrollados para la Marina a comienzos de los años treinta, estos lentos biplanos se habían quedado obsoletos antes incluso de salir de fábrica. Eran, sin embargo, los únicos aviones capaces de operar desde un portaviones llevando como carga un torpedo.

En septiembre de 1940, el almirante Cunningham convocó a sus oficiales para hablar del ataque a la flota italiana. "Caballeros –les dijo–, les he reunido aquí para pedirles consejo sobre la mejor forma de fastidiar al enemigo".

Todos coincidieron en que, puesto que los barcos de Mussolini no estaban dispuestos a abandonar la protección de la base naval de Tarento, habría que ir a por ellos. Y, a pesar del escepticismo de Cunningham, eso solo podía hacerse con los veteranos Swordfish. El portaviones Illustrious acababa de llegar al Mediterráneo, por lo que ahora era posible contar con más aparatos. La exposición de los navíos a un posible contrataque italiano sería muy grande, por lo cual se decidió realizar la operación de noche, cosa que además aumentaría las probabilidades de éxito de unos aviones torpederos básicamente lentos. La operación se fijó para el 21 de octubre, aniversario de la victoria inglesa en la batalla de Trafalgar durante las Guerras Napoleónicas.

BRIDGEMAN IMAGES

Mussolini quería crear un nuevo Imperio romano en el Mediterráneo, una ambición que chocaba con los intereses del Reino Unido.

La flota que llevaría a cabo el ataque se congregó en Egipto, desde donde zarparía hacia Italia simulando dirigirse a la colonia de Malta para que los italianos no trasladaran sus barcos al norte, en busca de una mayor seguridad.

Para empezar, un devastador incendio

Desde el inicio, la misión se vio entorpecida por diversos contratiempos. Antes incluso de zarpar de Egipto, el Illustrious perdió varios aviones en un incendio. Una chispa en uno de los depósitos de combustible extra instalados para que los Swordfish pudieran cubrir los 300 kilómetros de trayecto originó una enorme explosión que se extendió rápidamente. Dos aviones quedaron completamente destruidos y otros cinco sufrieron daños que no podían repararse antes del 21 de octubre, lo que obligó a retrasar la operación hasta el día 31. Esto

suponía que los pilotos no contarían con la visibilidad proporcionada por la luna llena, tal como se había planeado, y dependerían de bengalas para iluminar la flota enemiga. Era demasiado arriesgado, por lo que el ataque se pospuso otra vez hasta la noche del 11 de noviembre, en la que la luna volvería a dar una cantidad de luz aceptable.

Pero los problemas continuaron. Poco después de zarpar del puerto de Alejandría, el pequeño portaviones Eagle tuvo que regresar a puerto por problemas mecánicos. Seis de sus aviones fueron trasladados al Illustrious, pero aun así la potencia de la flota quedó muy mermada. Ahora el ataque correría a cargo de solo 24 Swordfish.

Reconocimiento mortal

El 6 de noviembre de 1940, el Illustrious partió de Alejandría con destino a Italia escoltado por otros buques. La operación se había planeado hasta el más mínimo detalle y, para no levantar sospechas, los vuelos de reconocimiento sobre Tarento se habían reducido al mínimo. Una vez de camino, sin embargo, resultaba crucial saber qué barcos estaban en el puerto y cuál era su localización exacta.

La tarea recayó sobre el experimentado piloto Adrian Warburton, que, el día anterior al bombardeo, partió en misión de reconocimiento con el objetivo de fotografiar la base a plena luz. El cielo estaba encapotado y Warburton se vio obligado a realizar un peligrosísimo vuelo a baja altura. Descendió hasta los 15 metros sobre el nivel del mar y sobrevoló el puerto en medio de una lluvia de proyectiles antiaéreos, pese a lo cual pudo tomar nota de los nombres de cinco acorazados, 14 cruceros y 27 destructores, además de sus respectivas posiciones.

Sorprendentemente, la baja altura del vuelo resultó una bendición para el piloto. Los artilleros italianos estaban acostumbrados a apuntar a objetivos mucho más altos y fueron incapaces de acertar. Warburton supo aprovechar esta circunstancia. De hecho, voló tan bajo que luego se descubrieron los restos de una antena de radio de uno de los buques enganchados al tren de aterrizaje. De regreso, tuvo que escapar del frenético acoso de un caza italiano, pero la pericia del piloto inglés obligó al »»

La Armada italiana tenía varios cientos de submarinos y buques de guerra, de los cuales los más potentes eran cinco acorazados.
NAVAL HISTORY AND HERITAGE COMMAND

La flota italiana amenazaba a los británicos en Egipto

Las tropas británicas de Egipto dependían completamente de los suministros recibidos a través del Mediterráneo y el Canal de Suez.

Tras la capitulación de Francia, a finales de junio de 1940, el Reino Unido se encontró en una situación difícil. Hasta entonces, los aliados habían sido capaces de mantener a raya a Italia en el Mediterráneo, donde había un gran número de buques de guerra franceses. Pero ahora los británicos estaban solos y la mayoría de sus barcos se necesitaban en el Atlántico para hacer frente a la amenaza alemana.

El problema era también que Italia tenía importantes fuerzas en Libia, país fronterizo con Egipto, controlado por los ingleses, quienes, en caso de ataque, dependerían de los suministros del exterior. Los convoyes británicos que iban a Egipto, así como los que se dirigían a la India por el Canal de Suez, se cruzaban con convoyes italianos con destino a Libia, por lo que la flota italiana constituía una amenaza. Después de tres enfrentamientos entre las respectivas flotas sin un vencedor claro, el Reino Unido decidió eliminar esa amenaza con un ataque a la base naval italiana de Tarento.

enemigo a abandonar la persecución.

Al día siguiente, Warburton repitió la operación de reconocimiento sobre Tarento. En esta ocasión, voló a gran altura y tomó fotografías que servirían para localizar las redes antitorpedos y los globos de barrera que protegían el puerto. Gracias a sus observaciones, la Royal Navy pudo elaborar un plano completo del lugar, con todos los buques importantes y las posiciones defensivas. Los británicos comprobaron así que los seis acorazados de la Regia Marina se encontraban en el puerto.

Torpedos especiales

En las imágenes conseguidas por Warburton, se podían apreciar las redes instaladas para evitar que los torpedos llegaran a hacer impacto. Estas redes tenían la misma profundidad que las quillas de los barcos, de modo que, en teoría, si los torpedos pasaban por debajo de las redes también pasarían por debajo de los buques sin ocasionar daños.

Pero el Reino Unido tenía un as en la manga: un nuevo detonador magnético que hacía explotar el torpedo cuando pasaba por debajo de una quilla metálica. Aunque el navío se encontrara varios metros por encima, la onda expansiva era lo suficientemente fuerte como para romper la quilla y abrir un boquete en el casco.

El puerto contaba también con redes antitorpedos, pero estas habían sido instaladas como protección contra ataques de submarinos. Los italianos no habían considerado necesario proteger los buques contra torpedos lanzados desde aviones, y había para ello una razón técnica. Se daba por sentado que, si caían desde el aire, los torpedos requerían una profundidad mínima del agua de 23 metros porque, de lo contrario, quedaban enterrados en el fondo marino. Como la profundidad del puerto de Tarento era de solo 12 metros, parecía imposible que de esta forma se ocasionara daño alguno.

Pero los británicos también habían encontrado una solución para este escollo. Bajo el morro del avión, colocaron un carrete con un cable metálico que se enganchaba a la punta del torpedo.

El Swordfish estaba diseñado para despegar desde un portaviones cargado con una bomba o un torpedo.

TOPFOTO/RITZAU SCANPIX

El mejor torpedero británico era un avión obsoleto

Con sus dos pares de alas y una velocidad máxima de apenas 223 km/h, el Swordfish estaba irremediablemente anticuado, pero seguía siendo efectivo.

En 1940, el bombardero torpedero más usado de la Marina británica era el viejo pero fiable biplano Fairey Swordfish, conocido como Stringbag –bolsa de tela– por la gran variedad de armas con las que podía equiparse. El Swordfish era lo suficientemente pequeño y robusto como para aterrizar en portaviones y podía llevar bombas y torpedos. Tenía un fuselaje fino de madera y metal recubierto de lona, por lo que con frecuencia los proyectiles atravesaban la tela sin explotar, como ocurría con las superficies duras. A menudo, esto le permitía resistir varios impactos antes de sufrir daños graves.

Con una velocidad máxima de solo 223 km/h, era demasiado lento para superar a otros aparatos, motivo por el cual los pilotos desarrollaban diversas tácticas para sobrevivir. Muchos simplemente evitaban el contacto dejándose caer en picado hasta el nivel del mar. Los cazas enemigos que intentaban perseguirlo se pasaban muchas veces de largo o incluso se estrellaban contra las olas, mientras que el piloto del Swordfish tenía tiempo más que suficiente para estabilizar el avión y huir. Pese a su anticuado diseño, el Swordfish se mantuvo en servicio durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Después del lanzamiento, el cable se iba desenrollando y mantenía la punta del torpedo hacia arriba, de modo que cayera en plancha en lugar de en picado y pudiera seguir su curso sin embarrancar.

La base estaba también defendida por globos de barrera, que flotaban unidos a tierra por largos cables de acero. En la oscuridad, estos cables apenas se veían y podían partir limpiamente un avión por la mitad. Completaban la amenaza unas doscientas armas antiaéreas entre ametralladoras y cañones.

Todo esto les fue explicado a los tripulantes de los Swordfish antes del ataque, tras lo cual muy pocos pensaron que serían capaces de regresar ilesos. Cuando el oficial que daba la charla empezó a hablar sobre los planes para la vuelta, uno de ellos le interrumpió:

"No hace falta que se moleste con esa parte", soltó en broma, y una risa nerviosa recorrió toda la sala.

El ataque empieza con más accidentes

Por desgracia para los ingleses, la mala racha que había caracterizado los preparativos continuó. El día anterior a la operación, dos aviones de reconocimiento se estrellaron sin previo aviso. Había entrado agua salada en los depósitos de combustible y el motor se paró antes de que consiguieran regresar al Illustrious.

El ataque se desarrollaría en dos oleadas. En la primera participarían 12 aviones, de los que dos lanzarían bengalas para iluminar la base. Otros cuatro aparatos, cargados con bombas ordinarias, atacarían objetivos terrestres o cercanos al puerto para crear confusión. La segunda oleada estaba compuesta por nueve aviones. De estos, dos lanzarían bengalas, otros dos bombas y los cinco restantes iban armados con torpedos.

Las posibilidades de supervivencia eran incluso menores para los pilotos de la segunda oleada, ya que no tendrían ninguna posibilidad de sorprender a los italianos. Dos aviones nunca llegaron tan lejos. El primero sufrió daños en un ala, que colisionó con la cubierta del portaviones, por lo que despegó media hora más tarde; el segundo perdió el depósito de combustible extra al poco de partir y tuvo que dar media vuelta. Ya antes de que comenzara el ataque, el número de aparatos se había reducido a veinte, y no pasaría mucho tiempo antes de que se estropeara también el elemento sorpresa.

Peligros de llegar antes de tiempo

Esa noche, las sirenas sonaron dos veces en la base naval de Tarento. Los italianos no tenían radar en el puerto, pero sí puestos de escucha que informaron de que habían oído ruido de aviones enemigos. Y estaban en lo cierto. Según lo planeado, el ataque británico debía comenzar a las 23:00, pero de camino uno de los aviones se separó del resto y llegó al puerto un cuarto de hora antes.

El sonido de un avión solitario dando vueltas por los alrededores mientras esperaba a que los otros llegaran puso sobre aviso a los italianos, que activaron las defensas antiaéreas. Miles de trazadoras atravesaron el cielo de Tarento e iluminaron la noche. Los pilotos de la primera oleada comprendieron de inmediato que habían perdido la oportunidad de pillar desprevenidos a los italianos.

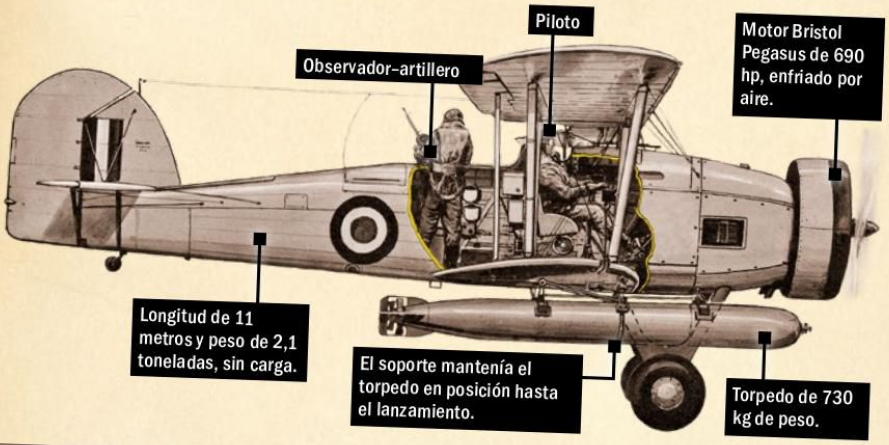
El ataque comenzó con las bengalas lanzadas por dos aviones en la parte sur del puerto. Las bengalas iluminaron el cielo desde el interior, de modo que los aparatos que venían detrás pudieran ver las siluetas de los barcos claramente delineadas. El piloto Richard Janvrin recordó la lluvia de proyectiles contra esos dos primeros aviones.

"Uno simplemente la atravesaba intentando no darle mucha importancia. No pensabas que fueran a darte". »»

Maestros en ataques con torpedos

A comienzos de la guerra, el Swordfish parecía más bien una reliquia. Sin embargo, resultó sorprendentemente efectivo en el ataque a barcos. Los pilotos se entrenaban en operaciones con torpedos, que requerían una gran maniobrabilidad y enorme coraje.

El torpedo debía lanzarse a escasos metros por encima de la superficie del agua y a baja velocidad, con el avión enfilado hacia el buque enemigo y enfrentado al fuego antiaéreo, una situación de vulnerabilidad extrema.



Ataque en picado contra buques enemigos

1.Antes de lanzarse al ataque, los aviones Swordfish se escondían entre las nubes. Luego se dejaban caer hacia el mar en formación.

2.Cerca de la superficie, el piloto estabilizaba el avión y volaba en línea recta hacia el objetivo hasta que soltaba el torpedo.

3.Una vez lanzado el torpedo, el piloto cambiaba de dirección para escapar del fuego antiaéreo enemigo.

MARY EVANS PICTURE LIBRARY/RITZAU SCANPIX

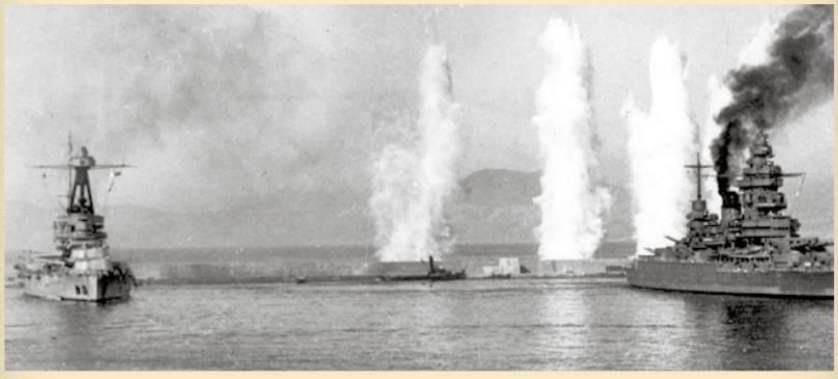
RITZAU/SCANPIX

Práctica con torpedos sobre el antiguo aliado

Un mes después de la capitulación de Francia en junio de 1940, el Reino Unido decidió neutralizar la flota gala con, entre otros, aviones Swordfish.

Antes de atreverse con el bombardeo a la flota italiana de Tarento, el Reino Unido quería estar seguro de que las ventajas de un ataque con aviones torpederos superaban a los inconvenientes. Esa prueba la tuvieron en julio de 1940, cuando la Marina Real británica atacó a buques de guerra franceses situados en distintos países, entre ellos Argelia y Senegal.

La decisión se tomó por miedo a que, tras la rendición de Francia, cayeran en manos de los alemanes. El ataque al antiguo aliado estuvo encabezado por barcos, pero también participaron aviones Swordfish. En el puerto de Dakar, en Senegal, seis Swordfish consiguieron neutralizar al acorazado francés Richelieu. Igualmente, en el puerto argelino de Mers el-Kebir, un avión torpedero británico provocó serios desperfectos en el crucero de batalla Dunkerque.



El ataque contra los buques franceses de Mers el-Kebir lo iniciaron acorazados británicos. Luego siguieron los torpederos Swordfish.

Después de soltar las bengalas, Janvrin concentró la atención en el resto de los aviones de la primera oleada, que ahora volaban sobre los buques italianos. Se fijó de modo especial en el Swordfish de Kenneth Williamson, que iba en cabeza. El aparato siguió impasible envuelto en una tormenta de proyectiles antiaéreos hasta que soltó el torpedo e intentó escapar.

Cuando Williamson y Scarlett –su observador– estaban dando la vuelta, una de las alas golpeó contra el agua.

"Salí despedido de mi asiento y caí al mar. Estábamos solo a unos seis metros de altura, no demasiado", recordó Scarlett.

Mientras el observador flotaba en el agua, apareció también Williamson y ambos se agarraron a los restos del avión destruido.

"Disparaban al avión desde tierra. El agua estaba hirviendo".

Lo que los británicos no sabían aún era que el torpedo de 730 kilos había impactado contra el acorazado Conte di Cavour, que se estaba hundiendo. Williamson y Scarlett se alejaron a nado de lo que quedaba del avión y se pusieron a salvo en un muelle flotante dentro del puerto.

Entretanto, continuaba la primera oleada de ataques. Dos Swordfish erraron el disparo, pero el líder de otro grupo de ataque consiguió alcanzar con un torpedo al acorazado Littorio. El último avión de esa oleada lo pilotaba el teniente Maund, que se aproximó a la base volando bajo sobre Tarento en dirección a un puerto interior llamado Mar Piccolo. "Abro el acelerador al máximo y enfilo hacia la entrada de Mar Piccolo. Entonces es como si todo el infierno nos hubiera caído encima".

Tanto los cañones antiaéreos de los buques del puerto como los de la costa de Mar Piccolo desplegaban toda su fuerza para intentar derribar el avión antes de que soltara la carga. Pero el hecho de que los Swordfish volaran a muy escasa altura les creaba un enorme problema a los artilleros italianos: debían disparar tan bajo que corrían el riesgo de alcanzar a sus propios barcos. Esto ayudó al teniente Maund, que eligió un acorazado y se preparó para atacar.

"Tenemos el agua muy cerca bajo las ruedas, tan cerca que me pregunto qué ocurrirá primero, que salga disparado el torpedo o que choquemos contra el mar. Luego, disparamos casi sin pensar, y una sacudida me dice que el 'pez' ha partido", informó Maund. El blanco escogido era el acorazado Vittorio Veneto, que ese día estaba de suerte. El torpedo chocó contra el lecho marino antes de alcanzar su objetivo.

La primera oleada duró casi 40 minutos. Los doce aviones consiguieron hacer blanco en dos acorazados y solo se había perdido un aparato. Pero la batalla no había terminado.

Empieza la segunda oleada

Cuando la segunda oleada llegó a Tarento, los pilotos fueron recibidos con un espectáculo aterrador. Varios de ellos describieron el cielo sobre el puerto como un "volcán" de fuego antiaéreo. Los puestos de escucha italianos habían detectado el sonido de la segunda tanda de aviones torpederos.

Debido a los accidentes, solo quedaban siete de los nueve aviones iniciales, pero siguieron adelante con tenacidad. El ataque empezó igual que el anterior, con bengalas, torpedos y bombas que llovieron sobre los buques del puerto. El primer avión escogió como objetivo al acorazado Littorio, que ya había sido alcanzado en la primera oleada y recibió el impacto de un nuevo torpedo. Después de lanzarlo, el avión británico escapó por los pelos de acabar partido por la mitad por el cable de un globo de barrera. Luego el Littorio fue atacado y alcanzado una vez más.

Menos fortuna tuvieron los dos británicos que iban a bordo del Swordfish E4H, que atacó al crucero pesado Gorizia. Cuando iban a disparar, el avión fue alcanzado por los cañones antiaéreos y cayó al puerto envuelto en llamas.

Poco después, un torpedo impactó en el acorazado Caio Duilio. El avión volaba

tan bajo que estuvo a punto de estrellarse contra un pesquero cuando escapaba del intenso fuego italiano. Uno de los pocos acorazados del puerto que no habían sufrido daños, el Vittorio Veneto, recibió un nuevo ataque. El buque se había librado por poco en la primera oleada y ahora, cuando el piloto se aproximó hasta una distancia de solo 450 metros antes de disparar, volvió a tener suerte: el torpedo embarrancó en un banco de arena. El Swordfish, en cambio, quedó dañado, pero consiguió mantenerse milagrosamente en el aire. El último avión de la segunda oleada lo pilotaba el teniente Clifford, que lanzó varias bombas sobre el puerto que cayeron en el agua y no llegaron a estallar. Y la única que alcanzó el objetivo, el crucero Trento, atravesó la cubierta sin llegar a hacer explosión. El ataque a Tarento había terminado.

Todo el mundo temía lo peor

Los aviones debían regresar cada uno por su cuenta al portaviones Illustrious. Ninguno tenía una idea clara de qué había pasado y, cuando dos de los Swordfish que habían lanzado las bengalas se pusieron en contacto por radio, los pilotos se mostraron convencidos de que la operación había acabado en una masacre.

"Es posible que seamos los únicos supervivientes. No sé si alguno de los demás habrá salido con vida", dijo uno de ellos con tristeza.

A bordo del Illustrious, los oficiales también mostraban la preocupación por un posible desastre. Muchos consideraban que se trataba de una misión suicida. Pero entonces aparecieron

GETTY IMAGES

Muchos pilotos de Swordfish pensaron que perderían la vida en Tarento. El escaso número de bajas fue, pues, una gran alegría.

dos aviones, y luego un tercero, y a lo largo de la hora siguiente más Swordfish, con daños de distinta consideración, fueron regresando uno tras otro al Illustrious. Solo habían muerto dos pilotos y se habían perdido dos aparatos. Y ahora Kenneth Williamson y el observador Scarlett eran prisioneros de los italianos.

Del otro lado, en cambio, las pérdidas eran mucho mayores. Los acorazados Littorio, Caio Duilio y Conte di Cavour habían sido alcanzados por torpedos, a lo que había que sumar importantes daños en tres cruceros y dos destructores. También habían caído bombas sobre la base de hidroaviones del puerto, y los depósitos de combustible para los barcos estaban en llamas.

Con el ataque a la base naval de Tarento, 21 aviones torpederos obsoletos habían puesto fuera de circulación durante meses a la mitad de los acorazados de la flota italiana. La operación había demostrado que los grandes buques de guerra, que habían sido tradicionalmente el arma principal de cualquier flota, se encontraban en gran medida indefensos frente a ataques aéreos de aparatos con base en portaviones. Estos se convertían así en el arma principal de la Marina. La era de los acorazados tocaba a su fin.

El almirante Cunningham, que se había mostrado más que escéptico sobre el uso de aviones en operaciones navales, declaró convencido: "Tarento y la noche del 11 de noviembre de 1940 deben recordarse para siempre por haber demostrado de una vez por todas que la Marina tiene su arma más devastadora en la Flota Aérea".

El almirante estaba también seguro de que la Armada italiana había dejado de ser una amenaza: "No creo que se enfrenten a nosotros con los tres acorazados que les quedan y, si lo hacen, estoy dispuesto a plantarles cara con solo dos de los nuestros".

El primer ministro Churchill mostró igualmente su satisfacción: "El resultado afecta de forma decisiva al equilibrio del poder naval en el Mediterráneo", declaró.

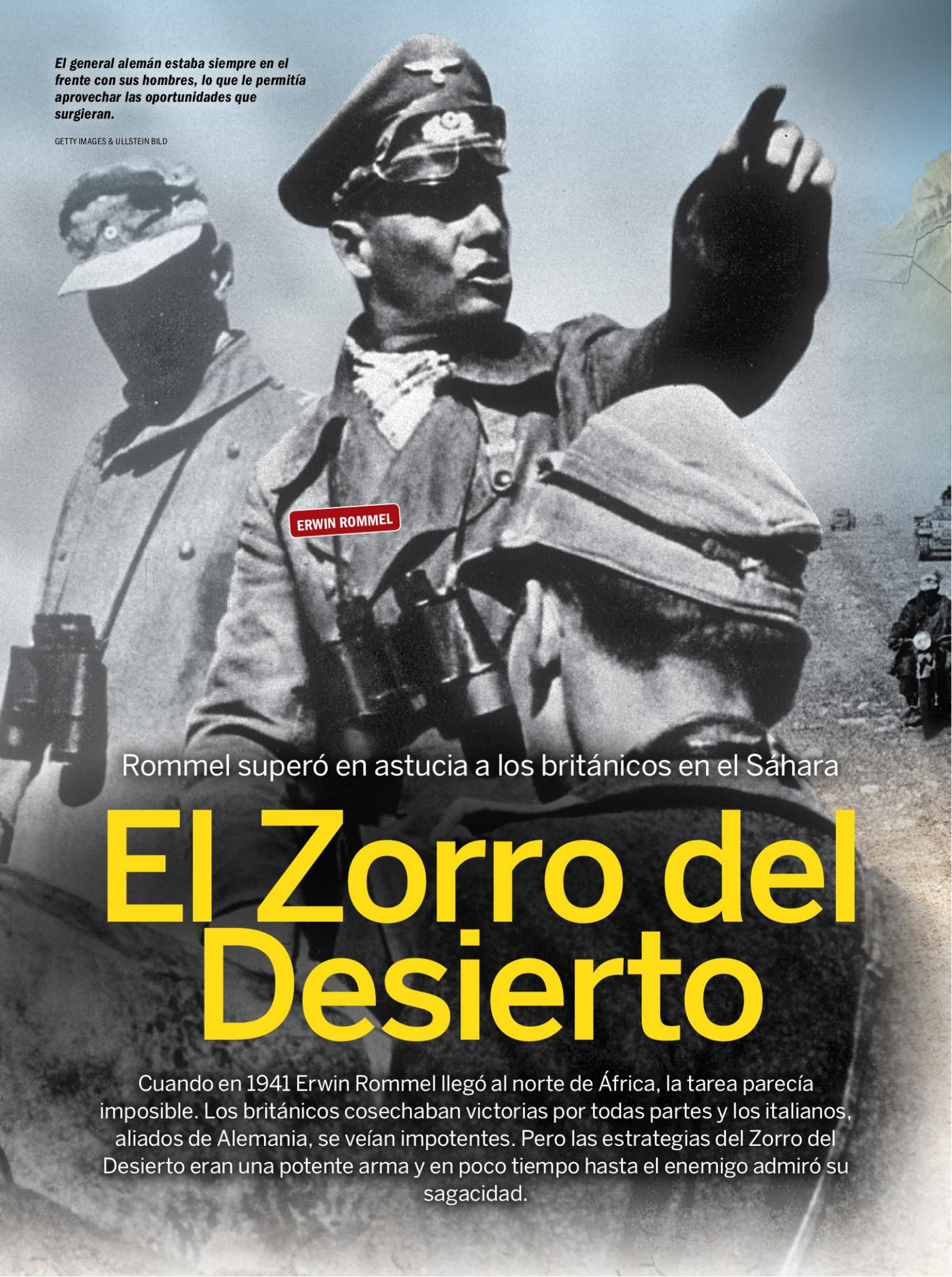
Y quienes también parecieron extraer sus conclusiones fueron los japoneses, que, al año siguiente, copiaron el ataque británico con resultados aún mejores cuando acabaron con parte de la Flota Americana del Pacífico en Pearl Harbor. ■

El acorazado italiano Conte di Cavour fue hundido en el bombardeo. Otros dos buques sufrieron serios daños.

IMAGESELECT

Los periódicos ingleses celebraron el éxito del ataque contra la Marina italiana.

IMAGESELECT



El general alemán estaba siempre en el frente con sus hombres, lo que le permitía aprovechar las oportunidades que surgieran.

GETTY IMAGES & ULLSTEIN BILD

Rommel superó en astucia a los británicos en el Sáhara

El Zorro del Desierto

Cuando en 1941 Erwin Rommel llegó al norte de África, la tarea parecía imposible. Los británicos cosechaban victorias por todas partes y los italianos, aliados de Alemania, se veían impotentes. Pero las estrategias del Zorro del Desierto eran una potente arma y en poco tiempo hasta el enemigo admiró su sagacidad.

Los británicos, obligados a retroceder 1.800 kilómetros

1 PRIMERA OFENSIVA

Cuando llevaba apenas un mes en el norte de África, Rommel atacó a los británicos pese a que se le había ordenado actuar defensivamente. Lea sobre la Operación Sonnenblume en la página 40.

2 2.LOS BRITÁNICOS CONTRATACAN

Con la Operación Battleaxe, los británicos intentaron recuperar la iniciativa. Pero el Zorro del Desierto volvió a ganar. Página 43.

3 LA MAYOR VICTORIA

La aguerrida oposición en Gazala no consiguió detener a Rommel, que siempre fue un paso por delante de los británicos. Página 44.

Por Claus Cancel

Ya antes de que su marido abriera la boca, Lucia Rommel supo que algo iba mal. Estaban en su casa de Ulm cuando llegaron dos oficiales. Tras entrevistarse con ambos a solas, el general Erwin Rommel regresó para hablar con su mujer. "En un cuarto de hora, estaré muerto", le dijo con amargura.

Era el 14 de octubre de 1944 y los oficiales acababan de informarle de que se le consideraba sospechoso de haber tomado parte en el fallido intento de asesinato de Hitler, ocurrido el 20 de julio anterior. Le habían dado dos opciones: ir a Berlín y defender su inocencia ante el Führer o suicidarse inmediatamente para salvar su reputación y evitar represalias contra su familia. Rommel comprendió enseguida que la única salida era el suicidio. La oferta de que fuera a Berlín a explicarse era una mera tapadera y no sobreviviría. Había expresado su desacuerdo con las estrategias de Hitler demasiadas veces.

"Han traído el veneno –le dijo a su mujer, con la que llevaba 28 años casado–. Solo tarda tres segundos en hacer efecto".

Lucia le rogó desesperadamente que se defendiera, pero no había escapatoria. Al final, se fundieron en un abrazo silencioso. Cuando apareció su hijo Manfred, de 15 años, Rommel le contó lo que acababa de confiarle a su mujer. "Quitarse uno mismo la vida es duro, pero la casa está rodeada y Hitler me acusa de alta traición. 'En consideración a mis servicios en África' –dijo, imitando con sarcasmo a uno de los oficiales–, se me ofrece la posibilidad del veneno. Si acepto, no se tomará ninguna de las medidas acostumbradas contra mi familia, es decir, contra vosotros, ni contra los miembros de mi equipo".

Después fue escoltado fuera de la casa. Estrechó la mano de su hijo por última vez y subió a un coche que esperaba. Según se alejaban por el camino de entrada, no miró atrás. Cinco minutos más tarde, el conductor aparcó a un costado. Rommel se tomó el veneno y, en unos instantes, el legendario Zorro del Desierto había muerto. »»

Especialista en golpear rápido

Los mitos que luego se construyeron alrededor de Rommel hundían sus raíces en la Primera Guerra Mundial, cuando demostró por primera vez que poseía un privilegiado sentido de la táctica en el campo de batalla. Nacido en el sur de Alemania, entró en la escuela de oficiales en 1910, a los 18 años, por consejo de su padre. Tras graduarse y alcanzar el grado de teniente, fue puesto al mando de un destacamento y, el 18 de agosto de 1914, recibió su bautismo de fuego en la localidad francesa de Bleid. Rommel había avanzado en medio de una densa niebla hasta el límite del pueblo, donde escondió a su unidad y siguió adelante acompañado de tres hombres.

Pronto vieron a un grupo de 15 soldados franceses charlando y tomando café y abrieron fuego. Antes de que tuvieran tiempo de ponerse a cubierto, dos o tres de ellos cayeron al suelo. Los alemanes siguieron atacando, pero tuvieron que retroceder por la lluvia de balas disparadas desde las casas del pueblo. El sitio estaba ocupado por tropas más numerosas de lo que imaginaban.

De vuelta en su unidad, Rommel consideró la situación: "¿Debía esperar a recibir refuerzos o tomar Bleid al asalto con mi pelotón? –escribió más tarde–. La segunda opción me pareció correcta". Rommel atacó Bleid con los suyos y, aprovechando el efecto sorpresa, consiguió expulsar a los franceses del lugar. Así aprendió una lección fundamental: en batalla, los números tenían menos importancia que el coraje, la iniciativa y la determinación.

Durante la Primera Guerra Mundial, Rommel tomó también consciencia de la enorme debilidad y desorganización de una unidad a la fuga. Este descubrimiento lo utilizó en 1917 en la batalla de Caporetto, en el norte de Italia. Estaba entonces al mando de un batallón de montaña compuesto por 500 soldados a los que hizo avanzar con tanta energía que venció a una fuerza mucho más numerosa. La operación acabó con la rendición de una unidad italiana de 10.000 hombres que creían estar rodeados. Rommel solo tuvo seis bajas.

Osadía y astucia, la marca del Zorro

Este tipo de iniciativa, rayana en la temeridad, se convirtió en su seña de identidad en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. Rommel había sido ascendido a general tras el enorme éxito obtenido con sus divisiones Panzer en la invasión de Francia de 1940 y, en febrero del año siguiente, Hitler lo mandó al norte de África en auxilio de las tropas de Mussolini. Los italianos habían

intentado arrebatar al Reino Unido el control de Egipto y habían cosechado una catastrófica derrota. Habían perdido media Libia y los británicos amenazaban con conquistar la colonia entera, por lo que fue necesario enviar ayuda alemana urgente por el Mediterráneo. Se trataba de una misión defensiva y Rommel recibió la orden de no pasar al ataque.

La fuerza con la que contaba era, en cualquier caso, reducida: solo unos 150 blindados, la mayoría pequeños y ligeros, no aptos para enfrentarse a un enemigo potente. Rommel se esforzó al máximo para que la unidad pareciera mucho mayor de lo que en realidad era. Nada más llegar a Trípoli, consciente de que la base que allí tenían los italianos estaba llena de espías británicos, organizó un ruidoso desfile en el que los tanques atravesaron con gran estruendo las calles y, una vez en el límite de la ciudad, regresaron por caminos alejados de la vista del público para repetir el mismo trayecto una segunda vez. Tal como Rommel esperaba, los agentes británicos informaron de un número de tanques muy superior al real.

La misma astucia mostró al desobedecer la orden de no atacar a los británicos. Puso a un convoy de camiones y otros vehículos a circular tras la columna de blindados, de modo que se creara una enorme nube de polvo y con ella la ilusión de que la fuerza que avanzaba tenía unas dimensiones mucho mayores (en algunos de los vehículos, incluso se habían instalado planchas de madera para que desde lejos parecieran tanques). El resultado fue que los británicos abandonaron precipitadamente sus posiciones y huyeron hacia el este.

Los británicos, con la lengua fuera

Hitler había situado a Rommel en una posición extraña en relación a sus aliados. El general Italo Gariboldi, comandante en jefe del ejército italiano del norte de África, ostentaba un rango superior al de Rommel y tenía bajo su mando a un número mucho mayor de hombres. Pero resultaba inconcebible que, tras toda la serie de derrotas italianas, un victorioso general »

La cámara amaba a Rommel

Al Zorro del Desierto se le admira por sus habilidades tácticas, que le garantizaron un lugar entre los grandes generales de la historia. Pero quienes le conocieron de cerca recuerdan a un hombre susceptible, ensimismado y celoso de su reputación, amante de la propaganda y al que le gustaba posar para los fotógrafos. Algunos oficiales dijeron luego que solo era capaz de dar lo mejor de sí cuando todo le iba bien y cosechaba éxitos, y no en situaciones más difíciles.

ULLSTEIN/POLFOTO

LAS GAFAS SIEMPRE EN LA GORRA

En la mayoría de las fotos, Rommel aparece con las gafas sobre la gorra. Le servían para protegerse de la arena del desierto, pero también daban buena imagen. Las gafas se convirtieron en un botín para los británicos. Rommel le regaló unas a un general enemigo capturado en 1941.

BARCH 101I-784-0249-04A

EL VEHÍCULO ERA ESENCIAL

Al Zorro del Desierto le gustaba salir siempre con sus tropas. Los soldados solían gritar "¡Rommel va en cabeza!" cuando se situaba en primera línea. Su medio de transporte preferido era un vehículo semioruga equipado con radio, de forma que pudiera mantener el contacto con sus unidades.

Panzer se pusiera a las órdenes de Gariboldi. Se llegó entonces a un acuerdo por el que, si bien Gariboldi tenía el mando general, Rommel controlaba la mayor parte de las

> "Rommel fue uno de esos fenómenos militares que solo aparecen raramente"
>
> GENERAL ARCHIBALD WAVELL

unidades móviles italianas. Dado que en el desierto las únicas unidades realmente valiosas eran las móviles, era Rommel quien tenía el mando real.

Con su Afrika Korps y el apoyo de las tropas italianas, Rommel pasó enseguida a la ofensiva, pese a que había recibido la orden opuesta. Su lema de batalla era "*Sturm, Schwung, Wucht*" –ataque, impulso, fuerza–, que repetían una y otra vez los oficiales alemanes.

Rommel demostró el significado real de estas palabras cada vez que los británicos se detenían y formaban una línea de defensa. En lugar de realizar un ataque frontal, siempre encontraba el modo de golpear por un flanco. Su habilidad para interpretar el terreno no tenía rival y, una y otra vez, los británicos se vieron derrotados por un enemigo que combatía a un ritmo mucho mayor.

La ofensiva solo se detuvo cuando las líneas de suministro se estiraron demasiado y los vehículos se quedaron sin combustible. Una vez que los depósitos volvieron a estar llenos, Rommel reanudó el avance, tomó la ciudad de Tobruk y penetró hasta El Alamein, a solo 100 kilómetros del gran puerto egipcio de Alejandría.

Entonces empezaron a circular leyendas sobre el Zorro del Desierto, y la fama del general empezó a adquirir características míticas. Los soldados alemanes e italianos se dieron cuenta de que Rommel siempre estaba con ellos en primera línea de fuego. Vivía, sudaba y dormía igual que sus hombres y, varias veces, hallándose cerca del frente en su vehículo de mando, se topó con patrullas británicas y escapó por pura suerte. Esa valentía le ganó el respeto de la tropa.

Rommel se refería a sus soldados como sus "africanos" y estos le llamaban Erwin, con afecto. Todos compartían el sentimiento de estar lejos de casa y haber sido prácticamente olvidados por el ejército alemán. Tenían plena consciencia de que el norte de África no era prioritario cuando se repartían tanques, combustible y suministros entre los distintos frentes de la Alemania nazi, pero soportaban las privaciones porque con ellos estaba el invencible Erwin.

"Hay siempre una extraña fuerza mágica que este soldado irradia a sus tropas y llega hasta el último fusilero", escribió en una carta el general Von Esebeck sobre el efecto que tenía Rommel en la moral de combate.

Héroe en los periódicos

Curiosamente, las alabanzas dirigidas a Rommel no provenían solo de las tropas del Eje. Enterrados en sus hoyos de protección, los soldados británicos hablaban de él con una mezcla de admiración y temor. No decían que se enfrentaran a los italianos o los alemanes, sino al Zorro del Desierto, que era más listo, más sabio y más rápido que los generales ingleses. Incluso se acuñó en su honor una expresión nueva: los soldados británicos empezaron a usar la frase "hacer un Rommel" para referirse a una acción realizada con una astucia especial. Las noticias sobre la habilidad del general alemán pasaron del norte de África a Europa y de aquí a Norteamérica. En Alemania, la propaganda oficial empezó a promocionar la figura de Rommel y los noticieros semanales se llenaron de relatos sobre sus hazañas. La admiración se coló incluso en los medios del bando

El rápido avance de Rommel en un territorio exótico sirvió de propaganda al Tercer Reich.

GETTY IMAGES

■ LOS TRUCOS DEL ZORRO: EL ATAQUE GANA A LA DEFENSA

Devolver la jugada

En 1941, los británicos trataron de romper las defensas de Rommel. Una vez más, el Zorro del Desierto respondió con una ofensiva.

La Operación Battleaxe fue un intento de pagarle a Rommel con la misma moneda. El frente norteafricano llevaba meses sin moverse cuando, en junio de 1941, las columnas de blindados británicos avanzaron contra posiciones alemanes e italianas. Se pretendía así romper las líneas de Rommel y penetrar profundamente en territorio enemigo.

La defensa alemana consistía en minas y puestos de artillería destinados a retrasar a los atacantes, pero el elemento clave era la reserva de tanques que Rommel pensaba lanzar contra el enemigo para robarle así la iniciativa y hacerlo retroceder. Rommel sabía por experiencia que un ejército a la fuga pierde gran parte de su fuerza, que queda reducida al mínimo.

Los tanques eran el arma decisiva en el desierto norteafricano, pero consumían mucho combustible. Rommel nunca tenía suficiente.

SZ PHOTO/SCANPIX

contrario. "Rommel da una lección de táctica a los británicos", rezaba un titular del *New York Times* publicado en junio de 1942, tras una serie de derrotas aliadas. "Quiero enfrentarme al campeón", declaraba el general americano Patton, aún poco conocido. El interés por Rommel creció tanto que, en 1943, el general Eisenhower, el hombre que luego dirigiría la lucha contra la Alemania nazi, admitió a regañadientes ante los periodistas que Rommel era "un gran general", aunque también aclaró que "no un superhombre". Tales palabras venían a propósito de otro artículo del *New York Times* en el que Rommel era presentado como "el hombre a batir". Incluso Churchill contribuyó: "Nos enfrentamos a un enemigo verdaderamente audaz y habilidoso, un gran general".

En julio de 1942, la *Rommelmanía* llegó a tal punto que el general británico Claude Auchinleck, entonces comandante del 8º Ejército –el ejército británico del norte de África–, emitió una orden destinada a desactivar el mito de Rommel. "No es en absoluto un superhombre –decía Auchinleck– y es muy poco deseable que nuestros soldados le atribuyan poderes sobrenaturales. Me gustaría acabar con la idea de que Rommel representa algo más que un general normal. Debemos referirnos a 'los alemanes' o 'el enemigo' o 'las potencias del Eje' y dejar de hablar constantemente de Rommel".

Rommel también elogió a los británicos, pero solo a los soldados: "Caballeros, han luchado como leones –les dijo a unos prisioneros–, y han estado dirigidos por burros".

Se desvanece la posibilidad de la victoria

A pesar de los halagos, el temor que inspiraba y las cartas de amor que recibía de mujeres alemanas, Rommel veía con pesimismo el curso que estaba siguiendo la guerra. A finales del verano de 1942, el avance se detuvo en El Alamein y el desesperado intento de revertir esta situación fracasó. Rommel era consciente de que los refuerzos y las nuevas armas americanas fortalecían día a día al enemigo, y sabía que era previsible una ofensiva británica. A la vez, debido a las dificultades en las líneas de suministro, su propio ejército solo recibía una mínima parte de lo »

que desesperadamente necesitaba. Rommel tenía también mala salud –gastroenteritis crónica, difteria nasal, problemas circulatorios y tensión baja– y regresó a Alemania para tratarse. Allí se entrevistó con Hitler y se dio cuenta, por primera vez, de que la idea que tenía el Führer de la situación en el frente estaba completamente alejada de la realidad.

Hasta entonces, habían mantenido una relación cercana. Hitler desconfiaba de muchos de los altos mandos de origen aristocrático, pero consideraba que Rommel, hijo de un profesor de matemáticas, era distinto, y desde el principio promocionó su carrera.

Por su parte, Rommel admiraba la forma en que Hitler había devuelto la fuerza a Alemania tras la derrota en la Primera Guerra Mundial e, igual que otros, se dejó llevar por su capacidad de persuasión. Pero, en ese encuentro del otoño de 1942, la imagen que Rommel tenía de Hitler empezó a resquebrajarse. El Führer se negaba a aceptar la realidad y prometía que pronto pasarían de nuevo a la ofensiva con numerosos tanques Tiger, lanzacohetes y suministros. Rommel ya había oído eso antes y nada había cambiado.

El general explicó que los aviones estadounidenses, con cañones de 40 mm, estaban haciendo pedazos a sus tanques. En la reunión estaba también presente Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe, que se rio de esa afirmación: "Eso es completamente imposible. Los americanos solo saben hacer hojas de afeitar".

"Pues nos vendrían bien algunas de esas hojas de afeitar", dijo Rommel, y puso la carcasa de un proyectil americano de 40 mm sobre la mesa.

De nada sirvió la evidencia. La Wehrmacht lanzó una enorme ofensiva contra Stalingrado que consumió la mayor parte de los recursos alemanes.

Derrota y regreso a Europa

Cuando Rommel volvió al norte de África, los británicos estaban en pleno proceso de destrucción del Afrika Korps. El 8º Ejército tenía un nuevo comandante, el general Montgomery, que disponía de fuerzas muy superiores: 220.000 hombres y 1.100 tanques contra los 115.000 hombres y 560 tanques de Rommel. En la segunda batalla de El Alamein, las fuerzas de Rommel fueron derrotadas y tuvieron que retroceder a Túnez. En mayo de 1943, los restos de ese ejército se rindieron. Rommel no fue capturado porque había sido llamado de vuelta a Alemania, pero nunca perdonó a Hitler que no rescatara al Afrika Korps.

En noviembre de 1943, Rommel fue puesto al frente del Muro Atlántico, la defensa costera que iba desde el Cabo Norte, en Noruega, hasta la frontera española. Debía proteger la Europa ocupada de una invasión, pero la "Fortaleza de Europa" resultó ser una nueva fantasía de Hitler. Las playas estaban malamente defendidas y Rommel

LOS TRUCOS DEL ZORRO: RESERVAR LOS TANQUES PARA LUEGO

La mayor victoria

En la batalla de Gazala de 1942, los cañones hicieron el trabajo pesado. Rommel reservó los tanques para el momento oportuno.

La mayor victoria de Rommel tuvo lugar en la batalla de Gazala, en mayo-junio de 1942, cuando venció a un enemigo superior. El triunfo demostró su habilidad para sacar el mayor partido posible de las armas de que disponía.

Rommel evitó utilizar al principio sus tanques y los reservó para más tarde. Cuando los británicos atacaron, confió la labor de detenerles a los cañones, muy bien situados. Mientras, las fuerzas blindadas seguían un recorrido circular para atraparlos en un gran movimiento de pinza. Una prueba más de su brillantez táctica.

Rommel
90.000 hombres
560 tanques

Británicos
110.000 hombres
840 tanques

El temido cañón de 88 mm alemán podía perforar hasta los más gruesos blindajes británicos.
ULLSTEIN/POLFOTO

Rommel fue obligado a suicidarse por las sospechas sobre su participación en el complot para asesinar a Hitler. La versión oficial fue que había muerto a causa de las heridas recibidas en un ataque.

SZ PHOTO/SCANPIX

Rommel se reunía con Hitler con regularidad y, con el tiempo, fue adoptando una actitud cada vez más crítica con el líder nazi. Esto resultó decisivo para su muerte en el otoño de 1944.

SZ PHOTO/SCANPIX

se lanzó a una carrera contra reloj para instalar minas y trampas antes de que fuera demasiado tarde. Una vez más, Hitler prometió refuerzos y suministros que nunca llegaron.

El Muro Atlántico no sirvió para detener a los aliados durante el desembarco de Normandía de junio de 1944. Los contuvo temporalmente en una franja de tierra a lo largo de la costa, pero Rommel sabía que la superioridad enemiga era demasiado grande. Tarde o temprano saldrían de allí, y fue uno de los pocos oficiales que tuvieron el valor de hacérselo saber a Hitler.

Cuando volvieron a verse, el Führer le habló extasiado de las armas milagro, pero Rommel ya había tenido suficiente y exigió que le dijera si realmente creía que la guerra todavía podía ganarse. Hitler se puso furioso. Pegó un puñetazo en la mesa y le gritó que debía limitarse a las cuestiones militares y dejarle a él la política. Rommel, también furioso, replicó: "¡La historia me exige que primero me ocupe de nuestra situación!". El enfado de Hitler creció aún más y Rommel fue expulsado de la reunión.

El precio del complot

De vuelta en el frente, el Zorro del Desierto inició conversaciones clandestinas sobre el futuro de Alemania. A uno de sus colegas más cercanos, le confió que si Hitler no admitía haber perdido él "iba a abrir el Frente Occidental", y añadió: "Ahora solo importa una cosa: que los británicos y los americanos lleguen a Berlín antes que los rusos".

> "Fue un estupendo apostador militar"
>
> WINSTON CHURCHILL

Rommel nunca puso en marcha ese plan. El 17 de julio de 1944, su coche oficial fue atacado por dos Spitfires. El conductor trató de escabullirse en zigzag, pero fue alcanzado por las balas y el vehículo se estrelló contra un árbol. Rommel salió despedido a través del parabrisas y quedó tendido en la carretera con una cuádruple fractura en el cráneo. Tres días más tarde, mientras se debatía entre la vida y la muerte en un hospital, tuvo lugar el atentado con bomba contra Hitler. El intento fracasó y fue seguido de una brutal purga en el ejército que se extendió a lo largo de varios meses.

En total, fueron ejecutados 4.980 oficiales y consejeros. La mayoría no tenían nada que ver con el atentado, pero Hitler aprovechó para eliminar a los escépticos. Uno de ellos fue Rommel, que había sobrevivido y se encontraba de baja en su casa.

"En un cuarto de hora, estaré muerto", le dijo a su mujer cuando le informó del propósito de la visita de los oficiales nazis. Dos día más tarde, su apesadumbrada viuda, Lucia, recibió una carta personal de Hitler:

"Acepte mis más sinceras condolencias por tan terrible pérdida –decía–. El nombre del mariscal de campo Rommel quedará para siempre vinculado a las heroicas batallas del norte de África. Adolf Hitler".

El Zorro del Desierto había muerto. ■

Stalin sacrificó a un millón
y medio de soldados en la peor batalla de la guerra

Masacre en Rzhev

En 1942, los alemanes se atrincheraron cerca de la ciudad de Rzhev, a solo 200 kilómetros de Moscú. La amenaza de un nuevo ataque contra la capital llevó a Stalin a meter a su exhausto ejército en una ofensiva suicida. Pero la defensa nazi resultó tan fuerte que, a los pocos meses, los soviéticos empezaron a referirse a la campaña como la "picadora de carne de Rzhev".

Por Therese Boisen Haas

"¡Detrás de mí! ¡Adelante! ¡Al ataque!". Boris Gorbachevski se sintió de pronto completamente solo en el mundo. En algún lugar, a unos cientos de metros, enterradas en sus trincheras, se encontraban las "bestias de Hitler", a las que el Ejército Rojo no conseguía hacer retroceder. El joven soldado sabía cuál era su obligación, pero permanecía clavado al suelo. Agarró con fuerza el rifle y sintió que lo invadía una sensación de náusea.

Esa mañana de agosto de 1942, Gorbachevski se encontraba en un pueblo al sudeste de Rzhev, cerca de Moscú, con su diezmada unidad. Los tanques soviéticos continuaban saliendo de la linde del bosque cuando el sonido del primer proyectil rasgó el silencio de la mañana. La batalla –o la "picadora de carne", como la llamaban los hombres– había comenzado. Una vez más.

"¡Adelante!, ¡Adelante!", gritó un sargento. Gorbachevski sintió un hilo de sudor que le corría por debajo del casco y se forzó a ponerse de pie. Una tras otra, las líneas de soldados del Ejército Rojo se lanzaban entonando el grito de batalla soviético: "*¡Urra, urra!*". Cuando se encontraban a mitad de camino, en pleno campo abierto, llegó el fuego alemán. Se levantaron géiseres de tierra en los que vivos y muertos volaban mezclados por el aire. Los heridos gritaban pidiendo ayuda. En medio del caos, Gorbachevski oyó un terrorífico aullido: la sirena de un bombardero en picado que se dejó caer y soltó su carga. El ensordecedor estallido le dejó sin aire. Miró confuso al cielo en busca de los aviones soviéticos que debían contratacar. En vano.

Uno de los oficiales supervivientes seguía arengando a las tropas para que avanzaran y, una vez más, Gorbachevski se lanzó contra el enemigo. Algunos de sus compañeros vomitaban mientras corrían, otros avanzaban llorando. Quedaban ya pocos en su grupo cuando Gorbachevski cayó al suelo, alcanzado por la metralla.

A pesar de las colosales pérdidas, no le extrañó ver que una nueva oleada de soldados venía por detrás. La hecatombe continuó durante todo el día y, en el exhausto y hambriento Ejército Rojo, el número de muertos batió todos los »

récords. Pero Gorbachevski tenía clara la orden de Stalin: el frente alemán que amenazaba Moscú debía ser destruido a cualquier precio, incluso si eso significaba perder la vida.

La ofensiva relámpago de Stalin

Varios meses antes de que Gorbachevski cayera herido, el dictador soviético Josef Stalin convocó al Alto Mando del Ejército Rojo, la Stavka. Stalin estaba aún exultante por haber impedido que la Wehrmacht llegara a Moscú en 1941, pero había algo que todavía le atormentaba: a solo 200 kilómetros de la capital, los alemanes se habían atrincherado en una bolsa de aproximadamente 200 kilómetros cuadrados alrededor de la ciudad de Rzhev. Según Stalin, esto era una pistola apuntando al corazón de la Unión Soviética.

"Los alemanes se encuentran en un estado de total desorden debido a la derrota", les dijo a sus generales y consejeros.

Según el dictador, el invierno era el mejor momento para lanzar una ofensiva. El general Zhúkov, héroe de

Moscú, expresó una cautelosa objeción: la falta de municiones, combustible y equipo era un serio problema. El Ejército Rojo estaba debilitado y la victoria había costado muchas vidas. Pero Stalin no escuchó: "Nuestra tarea es no darles a los alemanes tiempo para respirar", dijo.

Stalin quería una ofensiva relámpago: había que atacar por dos flancos, recuperar de camino las ciudades y acabar con las reservas de la Wehrmacht. Los alemanes tenían 625.000 hombres; los soviéticos lanzarían contra ellos 688.000.

El 10 de enero de 1942, el general Efrémov, de 45 años, inició una ofensiva contra Rzhev desde el sudeste; mientras, el 29º Ejército atacaría desde el norte. El saliente alemán, con forma de puño, debía cortarse a la altura de la muñeca.

Efrémov consiguió romper las líneas alemanas y meter una cuña de 110 kilómetros hacia la ciudad de Viazma, al sudoeste de Rzhev. Sus tropas se encontraban ya cerca de Viazma cuando recibió la peor noticia posible. Los alemanes habían atacado por la retaguardia y les habían dejado aislados del resto del Ejército Rojo. Los hombres de Efrémov se encontraron rodeados por detrás de las líneas enemigas y librados a su propia suerte en el inclemente invierno ruso.

Muchos años más tarde, el soldado Yevgeny Nizovtsev describió la terrible dureza de esa campaña, con tal cantidad de nieve que era imposible caminar, ventiscas constantes, permanentemente bombardeados y teniendo que luchar sin tregua.

La ración de alimentos diaria debía estirarse para que durase seis días y no

> "Nuestra tarea es no darles a los alemanes tiempo para respirar"
>
> JOSEF STALIN

había medicinas suficientes para tratar a los heridos. Con temperaturas de hasta 30 grados bajo cero, los caballos morían congelados; luego los soldados los despiezaban con sierras para aprovechar la carne.

Como si todo ese sufrimiento fuera poco, se habían quedado prácticamente sin municiones. Efrémov preguntó al Estado Mayor si podían retirarse, pero Zhúkov negó el permiso. Según el general, era él mismo quien había ocasionado el problema por no defender su retaguardia.

Los bombardeos aéreos sobre las tropas de Efrémov eran constantes, y el 29º Ejército, que se suponía que debía aislar a los alemanes al norte, se veía sometido a una presión similar. Incluso el hospital de campaña fue destrozado por la Luftwaffe, cuyos bombarderos en picado desataban el pánico en el Ejército Rojo. El soldado Vladímir Kárpov recordó luego cómo las sirenas de los Stukas les volvían locos. Se quedaban paralizados por la ansiedad en cuanto las oían; les atormentaban durante el sueño. Los hombres las describían como el sonido de la muerte.

Alemania dominaba los cielos y, a finales de enero, el 29º Ejército había alcanzado ya las 80.000 bajas y tuvo que retroceder. Los supervivientes estaban todos heridos y sufrían congelaciones, tal como apuntó una enfermera: "Ni uno solo de ellos está sano".

Admiración por el héroe soviético

Entretanto, la situación empeoraba a diario para Efrémov, cuyo ejército, rodeado, agonizaba. Pero el Estado Mayor no proporcionaba ninguna ayuda y las llamadas a Zhúkov eran respondidas siempre con la misma orden: "Busquen alimentos y municiones en el sitio". Hambrientos y bajo permanente fuego alemán, los soldados comían corteza de árboles, raíces y nieve. Nizovtsev recordaría luego que se metían piedras en la boca para intentar olvidar el hambre y que algunos probaban a comer tierra.

Zhúkov accedió a que se retirasen en abril, pero para entonces ya era tarde. »

Durante 14 meses, las fuerzas soviéticas se enfrentaron en vano al superior poderío alemán.

GETTY IMAGES

Los hombres de Efrémov estaban exhaustos y no podían recorrer 150 kilómetros. Rodeado y herido, Efrémov acabó pegándose un tiro para no rendirse. Los alemanes lo enterraron con honores. "Luchad por Alemania como este hombre luchó por su país", dijo a sus tropas el general Walter Model. Zhúkov, por el contrario, no perdió mucho tiempo lamentando su muerte y empezó a planear con Stalin la siguiente etapa de una ofensiva que ya había costado la vida a 300.000 hombres.

El 11º Cuerpo de Caballería llevaba rodeado desde febrero y se planeó enviar paracaidistas para auxiliarles, pero falló la organización y, durante el mes de mayo, solo llegaron 1.663 hombres. Una y otra vez, la unidad solicitaba ayuda, siempre inútilmente. Al final, los 16.000 hombres que componían el 11º Cuerpo decidieron lanzarse a romper el cerco, con dramáticos resultados. La ruta de salida quedó pronto repleta de cadáveres, caballos muertos y chatarra de vehículos carbonizados. "Los lamentos de los heridos eran desgarradores", escribió el superviviente Vladímir Poliakov.

Operación de limpieza alemana

Los alemanes recibieron una orden de Berlín: el Führer exigía que el saliente de Rzhev se mantuviera a cualquier precio.

El Ejército Rojo se metió en una trampa mortal

El frente alemán de Rzhev estaba extraordinariamente fortificado. Todos los puntos estratégicos importantes habían sido convertidos en bastiones y se encontraban unidos por potentes líneas de defensa.

Un millón y medio de soldados soviéticos perdieron la vida en la trampa mortal de Rzhev.

HISTORIE/CLAUS LUNAU

En consecuencia, el 2 de junio de 1942 se puso en marcha la Operación Seydlitz, destinada a limpiar el lugar de enemigos. A través de mensajes de radio interceptados e informaciones de prisioneros y desertores, los alemanes tuvieron noticia de que los bosques estaban llenos de soldados del Ejército Rojo que se habían quedado atrás.

La Wehrmacht envió entonces una fuerza especial compuesta por desertores y soldados que hablaban ruso para difundir información falsa entre las confusas tropas soviéticas, que cayeron con rapidez. El 12 de julio, acabó la Operación Seydlitz: 187.700 soldados soviéticos habían muerto y 30.000 habían sido hechos prisioneros.

"Ahora hay que recuperar fuerzas y volver a crear una línea de defensa continua", dijo el general Horst Grossmann, de la 6ª División de Infantería.

Pero si los alemanes pensaban que podían descansar, se equivocaban. La Unión Soviética había descubierto que la Wehrmacht preparaba una ofensiva contra Stalingrado y con el ataque a Rzhev pretendía mantener al mayor número de tropas alemanas posible alejadas de esa ciudad. La siguiente gran campaña de la Stavka se planteó entonces como un ataque y una maniobra de distracción al mismo tiempo.

La campaña de verano soviética de 1942 empezó mal. Llovió sin parar durante diez días, por lo que los caminos se convirtieron en ríos de barro. En julio, Boris Gorbachevski llegó al frente y »

El Ejército Rojo desplegó a los llamados "destacamentos de bloqueo", que disparaban a los soldados que se atrevían a retirarse.

Bajo el suelo se escondían desagradables sorpresas, como minas unidas por alambre. Si se tocaba el alambre, las minas explotaban.

tuvo que meterse en una trinchera medio inundada. Los soldados llevaban los uniformes empapados día y noche. La fiebre y las neumonías, unidas al hambre atroz, debilitaron al Ejército Rojo. Aun así, la operación se mantuvo y, la noche del 29 de julio, la Stavka advirtió de los inminentes combates por radio a la población local, que intentó evacuar la zona a la desesperada. Para los alemanes, estaba claro lo que se avecinaba.

El día del ataque, la mayoría de las unidades de tanques del Ejército Rojo estaban atascadas en el barro y la infantería tuvo que enfrentarse sola al fuego enemigo. Un general alemán escribió en su diario que no podía entender el modo en que los soldados soviéticos eran enviados al campo de batalla como ovejas al matadero.

Orden de disparar al compañero

Gorbachevski escapó de la picadora de carne gracias a la herida que le había causado la metralla. En un hospital de campaña al sudoeste de Rzhev, pudo enterarse de las quejas y frustraciones de otros soldados heridos. Ninguno entendía por qué no se enterraba a los muertos ni había aviones para protegerlos, pero nadie se atrevía a preguntar a los oficiales por miedo a las represalias.

Todos los días, para frustración del personal médico, llegaban soldados que se habían disparado en la mano o el pie para huir de los combates. Gorbachevski yacía en una tienda llena de heridos en la que trataba de averiguar qué había pasado en la batalla y por qué era tan importante tomar aquella ciudad, pero nadie sabía la respuesta.

Sí se enteró, en cambio, de que Stalin había dado una orden por la que la pesadilla de Rzhev se convertiría directamente en un infierno. La orden nº 227 sería recordada por la frase "ni un paso atrás".

"Retirarse significa destruirnos a nosotros mismos y, con ello, destruir la patria", podía leerse, unas palabras que hicieron palidecer a Gorbachevski. La orden establecía la creación de los llamados "destacamentos de bloqueo": grupos de soldados que dispararían contra los compañeros que intentaran retirarse. También se creaban batallones penales en los que prisioneros de guerra, criminales y desertores serían arrojados contra el enemigo en los sitios más peligrosos con la promesa de devolverles la libertad si sobrevivían. Ninguno lo consiguió.

Tan terribles sacrificios humanos dieron sus frutos. Poco a poco, el Ejército Rojo empezó a avanzar y, a finales de agosto, después de otras 300.000 bajas, se encontró a solo seis kilómetros de Rzhev.

Los alemanes tenían cada vez más problemas. Las tácticas suicidas de Stalin les habían infligido enormes pérdidas y, a la vez, debían avanzar en Stalingrado. Junto al sitio de Leningrado y la batalla de Rzhev, esto suponía librar tres grandes batallas en el Frente Oriental de forma simultánea, lo cual estiraba al máximo los recursos disponibles.

Escasez de equipo básico

Mientras las heridas de Gorbachevski sanaban, el Ejército Rojo siguió avanzando hasta encontrarse a pocos kilómetros de Rzhev. Todas las localidades encontradas de camino estaban sometidas a un férreo cerco nazi. Para tomar una sola de ellas murieron miles de soldados. El 30º Ejército estuvo atacando el mismo pueblo desde un mismo flanco durante veinte días, hasta que llegó un nuevo oficial que atacó desde el lado contrario y lo tomó en dos horas. La explicación a semejante incompetencia no era difícil: como resultado de las purgas de Stalin de los años treinta, hombres tales como maestros de escuela, cuya experiencia de mando se reducía a mantener la disciplina de los alumnos, eran considerados aptos para ejercer de oficiales.

En octubre, Gorbachevski estuvo al fin en condiciones de volver a combatir y fue enviado a un regimiento con rango de teniente. Su superior lo recibió borracho. "Si es necesario, resista hasta el último hombre. Y no espere ayuda porque no queda nadie". Gorbachevski estaba al mando de un pequeño grupo de 20 hombres que carecían del equipo más elemental. Por la noche, entraban arrastrándose en el bosque para sacarles las botas a los alemanes muertos. Las llamaban "regalos divinos".

Los días se hicieron más cortos y más fríos, y los hombres de Gorbachevski dormían en hoyos de protección mientras, a unos pocos cientos de metros, los alemanes vivían en búnkeres con

En cada punto estratégico, había soldados alemanes con ametralladoras.
SZ PHOTO/SCANPIX

La retirada fue una obra maestra táctica

Hitler estaba normalmente en contra de las retiradas, incluso si proporcionaban una ventaja táctica, pero tras la derrota de Stalingrado tuvo que ceder para salvar a las tropas de Rzhev.

El 1 de marzo de 1943, los alemanes abandonaron el área de Rzhev con el objetivo de acortar el frente y así ahorrar recursos. En febrero se había preparado la Operación Búfalo, tan minuciosamente diseñada que luego se estudió en las academias militares alemanas. La retirada se llevó a cabo en cuatro etapas y para ganar tiempo se colocaron minas en todas las carreteras y se volaron puentes. Uno de ellos fue un puente ferroviario sobre el Volga, cercano a Rzhev. Hitler quería oírlo caer personalmente, por lo que se tiró una línea telefónica de kilómetros para que esto fuera posible desde Berlín.

calefacción y electricidad. A las 06:00 desayunaban adecuadamente y luego provocaban a los soviéticos a través de altavoces: "¡Venga, vamos a luchar!".

En noviembre, la unidad de Gorbachevski llegó a orillas del Volga y se instaló en las trincheras abandonadas por los alemanes. Las "bestias de Hitler" se habían retirado a la orilla opuesta, desde donde a diario seguían provocándoles: "Cruzad a nuestro lado. Alto el fuego hasta las seis de la mañana y a las seis y media desayunamos". El mensaje se repetía a varias horas del día, y a veces usaban a un desertor soviético para tentarlos: "Nos dan de comer chocolate francés, queso holandés y jamón danés".

En el Ejército Rojo faltaba de todo, desde cascos hasta tabaco, pero los hambrientos soldados seguían avanzando, amenazados por los destacamentos de bloqueo. La unidad de Gorbachevski, sin embargo, no pudo cruzar el Volga helado por los disparos de los alemanes y, ya en el límite de Rzhev, celebró el último día de 1942 a orillas del río.

El engaño alemán

Ahora el Ejército Rojo bombardeaba Rzhev de la mañana a la noche. El combate se eternizaba en las calles y cada casa tomada costaba cientos de vidas soviéticas.

"Tras cuatro semanas, ahora es imposible reconocer un solo edificio. En lugar de Rzhev hay un paisaje con cráteres", escribió el general Grossman.

La desesperación se apoderó de las tropas soviéticas. Las calles estaban atiborradas de cadáveres y el número de heridos era descomunal. Parecía una situación imposible. Entonces llegaron noticias de la derrota alemana en Stalingrado y una marea de esperanza inundó el Ejército Rojo. Un grito de triunfo se extendió entre los soldados, reconfortados por la expectativa de la victoria. Era el momento de asestar un golpe mortal a los alemanes.

Al otro lado del frente, sin embargo, reinaba el silencio. La Wehrmacht preparaba una retirada controlada y, aprovechando la oscuridad, hizo construir 800 kilómetros de carreteras y 200 kilómetros de nuevas líneas defensivas hacia el oeste. Del saliente de Rzhev se extrajeron todos los alimentos y suministros, en los edificios se colocaron explosivos y se volaron las líneas férreas; 60.000 ciudadanos soviéticos fueron reclutados a la fuerza como tropas auxiliares. El 1 de marzo, los alemanes se retiraron. Llevaban consigo una orden de Hitler, que quería oír personalmente, desde Berlín, la voladura del puente del Volga, para lo cual se extendieron kilómetros de cable telefónico.

Stalin ordenó la persecución del enemigo, pero solo encontraron trincheras vacías. Cuando el 3 de marzo el Ejército Rojo entró en la ciudad, de las 5.000 viviendas originales únicamente quedaban en pie 200. El 4 de marzo, el Gabinete de Información Soviético emitió un comunicado: "Nuestras tropas han ocupado Rzhev". Todos los errores habían sido olvidados, igual que el millón y medio de soldados soviéticos caídos en la batalla de Rzhev. ■

La lucha en Rzhev fue tan feroz que casi toda la ciudad quedó reducida a escombros.
SPUTNIK IMAGES/POLFOTO

El fanatismo de los soldados japoneses les llevaba a lanzarse directamente contra el fuego de ametralladora enemigo.
ALAMY & SHUTTERSTOCK

La suerte abandona a los japoneses

Guadal

Desde el bombardeo de Pearl Harbor, los japoneses han ido empalmando una victoria tras otra. Ahora han llegado a la isla de Guadalcanal, donde planean construir un aeródromo. Estados Unidos tiene que impedirlo para que no interfieran en la ruta de suministros aliados.

canal

Por Esben Mønster-Kjær

Las ametralladoras traqueteaban y los disparos de los rifles rasgaban el aire, pero ambos quedaban anulados cuando explotaban proyectiles. La cacofonía se completaba con gritos: voces roncas de marines que pedían más munición y voces japonesas que entonaban su grito de guerra: "*¡Banzai!*". La ladera estaba ya atestada de cuerpos de japoneses, pero estos seguían atacando cuesta arriba. Las pequeñas figuras con uniforme caqui avanzaban con determinación fanática, sin mostrar la menor duda a pesar de las descargas que derribaban a sus compañeros. El nerviosismo hizo mella en los marines americanos, que empezaron a retroceder traumatizados ante aquel horror. Pero de nadie podía prescindirse en aquella noche de septiembre de 1942: una derrota habría supuesto la aniquilación de toda la fuerza estadounidense de Guadalcanal.

El coronel Edson obligaba a sus hombres a pelear. "¡Lo único que tienen estos *japos* y que os falta a vosotros son huevos! –bramaba–. ¡Volved allí y seguid disparando!".

Los marines regresaban y seguían contribuyendo a la carnicería. Al final, frente a ellos no quedó nadie capaz de combatir. Solo muertos y heridos.

La colina se encontraba a escasos mil metros del aeródromo de Campo Henderson, una rudimentaria pista de aterrizaje considerada clave para el control americano de Guadalcanal, las islas Salomón y el sudoeste del Pacífico.

En los mapas, la isla es apenas una pequeña mancha de color, pero fue aquí donde los americanos libraron una desesperada batalla durante seis meses seguidos.

King quería su propio campo de batalla

En la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, Japón fue avanzando de victoria en victoria. Cuando, en abril de 1942, los almirantes decidieron ocupar las islas Salomón, en la sede de la Armada Imperial se respiraba una sensación de invencibilidad. La conquista empezó por el norte y siguió de isla en isla hacia Guadalcanal, donde los japoneses planeaban construir un aeródromo. Esto serviría para bloquear la ruta entre Australia y la costa oeste de Estados Unidos y privaría a los americanos de materias »

primas provenientes de Asia Oriental.

La noticia de la llegada de los japoneses a Guadalcanal generó preocupación en Washington, pero para el comandante en jefe de la Armada estadounidense, Ernest King, esta inquietud se mezclaba con satisfacción. King no veía con buenos ojos el reciente acuerdo entre Roosevelt y Churchill para aplastar a la Alemania nazi antes de ocuparse de Japón, una estrategia que condenaba a la flota americana a un papel secundario durante años. Al almirante le interesaba, por tanto, encontrar un campo de batalla en el que la fuerza de ataque y la capacidad de transporte de la Armada fueran necesarias.

Para King, las islas Salomón ofrecían la oportunidad perfecta para agrietar esa estrategia de "Alemania primero". Las consecuencias de no detener la campaña japonesa eran más que evidentes y el jefe del Estado Mayor del Ejército tuvo que aceptar lo inevitable. Aun así, se negó a proporcionar soldados. El presidente Roosevelt dio su bendición, pero insistió en que la operación debía ser pequeña y consumir unos recursos mínimos.

Improvisación en la Armada

King no sabía aún por cuál de las islas Salomón atacaría, pero sí que la operación correría a cargo de la 1ª División de Marines, única fuerza de reserva de la que disponía en la primavera de 1942. La división había sido un lugar de tránsito para otras unidades y contaba con una preparación para el combate más que dudosa. El general al mando, Alexander Vandegrift, se quedó por eso atónito cuando les ordenaron zarpar de Estados Unidos hacia Nueva Zelanda.

Nada más llegar, Vandegrift recibió el aviso de que debían estar listos para tomar la isla de Tulagi el 1 de agosto. Esto le dejaba prácticamente sin posibilidad de preparar a las tropas, obtener información sobre el enemigo o estudiar el terreno. Siguieron días de frenética actividad, durante los cuales Vandegrift no dejó de pedir que se les concediese algo más de tiempo. Al final, King cedió y les dio seis días extra. El 7 de agosto, una flota reunida a toda prisa llegó a las cercanías de Tulagi y la isla de Guadalcanal, de mayor tamaño, que en el ínterin había sido marcada también como objetivo. Los marines se montaron en las lanchas de desembarco y partieron hacia la costa. Había comenzado la primera invasión de una isla del Pacífico, una de las muchas que vendrían.

> "Los 'coastwatchers' salvaron Guadalcanal, y Guadalcanal salvó el Pacífico sur"
>
> WILLIAM HALSEY, ALMIRANTE DE LA FLOTA AMERICANA

En la pequeña Tulagi, los japoneses solicitaron refuerzos por radio, pero tras una sangrienta jornada sufrieron una aplastante derrota. En Guadalcanal, los marines desembarcaron sin encontrar resistencia. "Un éxito inusual", apuntó en su informe Vandegrift, que también escribió que todo había sucedido "con facilidad y precisión, como si fueran unas maniobras en tiempos de paz".

11.000 soldados en la selva

Tras recorrer seis kilómetros de jungla, los hombres de Vandegrift llegaron al campamento japonés de Guadalcanal. Estaba desierto. Las fuerzas japonesas, en parte compuestas por trabajadores esclavos, se habían marchado en busca de refugio dejando atrás toneladas de suministros. Muy pronto los americanos agradecerían esas existencias: en la costa de Guadalcanal anidaba el desastre.

La isla se encontraba bajo la vigilancia de dos portaviones americanos que, en el primer día y medio, tuvieron que repeler varios ataques aéreos japoneses en los que perdieron 21 de los 99 cazas que llevaban. Esto alarmó al almirante al mando, que consideraba sus buques más importantes que la invasión de las Salomón y, el 8 de agosto, decidió retirarlos y dejar la protección de la flota invasora a cargo de una pequeña escolta. Para entonces, solo había sido desembarcada una pequeña parte de los suministros.

Esa misma noche llegó una escuadra de la Armada Imperial que, aprovechando la oscuridad, hundió cuatro cruceros americanos y australianos y se marchó rápidamente. La batalla de la isla de Savo –tal como se conoce este episodio– fue un desastre.

Con el despliegue del M3 Stuart en Guadalcanal, los aliados utilizaron tanques en la selva por primera vez.
DON MILLSAP

Los buques de transporte aliados se quedaron sin protección y, a la mañana siguiente, levaron anclas con las bodegas aún llenas, lo que dejó al general Vandegrift y sus 11.000 hombres con escasas provisiones, medicinas y alambre de espino.

El deseo del almirante King de contar con tropas en las islas Salomón se había cumplido, pero nadie había previsto cómo se defenderían las tropas de los japoneses o sobrevivirían en el duro clima tropical. Los esfuerzos se centraron en terminar la pista de aterrizaje y rodearla con un anillo de posiciones defensivas. Para el 20 de agosto, las obras estaban lo suficientemente avanzadas como para que Guadalcanal alojara una fuerza de 31 cazas y bombarderos.

"¡Que vengan ahora esos bastardos!", exclamó un soldado.

Y eso, exactamente, fue lo que hicieron.

Respuesta japonesa

Al principio, la situación de Guadalcanal no causó gran inquietud a Japón, que la consideró una operación pequeña y envió un único regimiento de 2.500 hombres para echar a los americanos.

El comandante al mando era el coronel Kiyonao Ichiki, un militar con experiencia que confiaba plenamente en sus propias habilidades, la superioridad de sus hombres y la escasa predisposición de los soldados americanos a perder la vida. En cuanto la tercera parte de su regimiento hubo desembarcado, Ichiki ordenó un ataque al este de la nueva base americana.

Siguiendo la costumbre japonesa, la ofensiva se llevó a cabo de noche. Aun así, los atacantes se vieron inmediatamente envueltos en una lluvia de balas y fueron todos masacrados por las ametralladoras y la artillería estadounidenses. Ichiki respondió con fuego de mortero y luego reanudó los ataques. La carnicería continuó hasta el amanecer, lo que hizo que para los americanos resultara aún más fácil dar en el blanco.

"¡Cualquiera podría haber machacado a esos malditos bastardos. ¡Por Dios! ¡Avanzaban de pie! Ni siquiera tenían el buen sentido de arrastrarse", recordó luego un soldado que había estado disparando una ametralladora.

Los americanos expresaron su estupefacción ante el primitivismo de las tácticas de los japoneses y su disposición al sacrificio.

"Nunca había oído hablar de esta forma de combatir –le escribió Vandegrift a un colega–. Esta gente se niega a rendirse. Los heridos esperan hasta que alguien se acerca a examinarlos y entonces detonan una granada de mano y vuelan todos en pedazos".

Tras la derrota del coronel Ichiki, el Cuartel General Imperial siguió reuniendo una importante fuerza »»

La jungla tenía ojos

En Guadalcanal, así como en el resto de las islas Salomón, se escondían agentes aliados que enviaron informaciones de crucial importancia sobre los japoneses.

Los japoneses no encontraron resistencia cuando, en la primavera de 1942, invadieron las islas Salomón. Pero agentes australianos, británicos y neozelandeses ya contaban con escondites en la selva desde los que informar sobre las actividades de las fuerzas ocupantes. Estos *coastwatchers* [vigilantes de la costa], tal como se les llamó, sufrieron la persecución de los japoneses, pero, con ayuda local, fueron capaces de enviar valiosas observaciones.

EL AERÓDROMO, DESCUBIERTO

Martin Clemens, administrador colonial británico, avisó de que los japoneses estaban construyendo una base aérea en Guadalcanal. Tras la llegada de los marines, Clemens y sus ayudantes locales se convirtieron en los ojos y oídos de los aliados en la profundidad de la selva.

AYUDA ANTIAÉREA

En la isla Bougainville, al norte de Guadalcanal, el australiano Paul Mason se escondió con una radio. Gracias a sus advertencias, los cazas americanos pudieron interceptar y derribar bombarderos japoneses que atacaron Guadalcanal tras la invasión aliada.

LA MISIÓN QUE SALVÓ AL FUTURO PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS

En agosto de 1963, una lancha torpedera PT americana se hundió tras ser embestida por un destructor japonés. El *coastwatcher* australiano Arthur Evans vio el incidente desde la isla volcánica de Kolombangara y pidió a los habitantes locales que buscaran a los supervivientes. Pocos días más tarde, llegó una canoa con el capitán de la lancha, que se presentó como el teniente Kennedy. Diecisiete años más tarde, fue elegido presidente de Estados Unidos.

Con radios alimentadas por baterías de automóvil, los coastwatchers transmitieron información vital para los aliados.

GETTY IMAGES

La jungla acabó con el plan japonés

En octubre de 1942, los japoneses lanzaron la mayor ofensiva contra Guadalcanal. El objetivo era tomar la base aérea americana con un audaz ataque sorpresa. El plan tuvo en cuenta todo, menos un detalle: el endiablado terreno de la isla y el clima tropical.

1 7.000 HOMBRES POR LA JUNGLA

16 de octubre de 1942 El general japonés Maruyama planea tomar el aeródromo del Campo Henderson con un ataque sorpresa. Siete mil hombres atraviesan la densidad de la selva por estrechos caminos. Tardan un día más de lo previsto.

Línea de defensa americana

Fuerzas de ataque japonesas

0 500 m 1.000 m

N

2 DISTRACCIÓN ANTES DE TIEMPO

23 de octubre La dificultad para transmitir mensajes radiofónicos impide comunicar el retraso en el ataque a las fuerzas japonesas de la costa, que se atienen al plan e inician un bombardeo para distraer la atención de los americanos mientras los soldados avanzan por la jungla. Como estos llegan tarde, el ataque se convierte en una masacre inútil.

La artillería americana acaba pronto con los tanques ligeros japoneses.

3 BOMBARDEO DESDE LA COSTA

24 de octubre Por la mañana, buques japoneses bombardean Campo Henderson para ablandar las defensas americanas antes del ataque de Maruyama. Ocasionan enormes daños, pero los barcos se retiran cuando bombarderos americanos hunden el crucero Yura.

Los japoneses no pueden desembarcar en la costa porque los bombarderos americanos destruirían los buques antes de que llegaran a la playa.

El Campo Henderson, usado por bombarderos americanos, fue atacado por aviones, artillería y buques japoneses.

De la pista de hierba de Caza 1 despegaban más de 20 cazas F4F Wildcat americanos.

4 EMPIEZA LA BATALLA PRINCIPAL

24 de octubre La fuerza japonesa principal ataca al final de la tarde, pero el ala izquierda aún no ha llegado. La vegetación bloquea las señales radiofónicas y los mensajeros se pierden en la selva, por lo que el ataque carece de coordinación. Cada japonés libra su propia batalla.

5 OPORTUNIDAD PERDIDA

24 de octubre Cien japoneses de distintas unidades meten una cuña en las líneas enemigas. Pero Maruyama no consigue reforzar esa punta de lanza antes de que los americanos cierren el hueco.

La línea de defensa americana estaba protegida por alambre de espino, sacos de arena y 1.500 marines.

6 LA MARCHA DE LA MUERTE

26 de octubre La ofensiva japonesa ha fracasado y las tropas supervivientes de Maruyama se ven obligadas a retirarse. Ya no tienen comida y muchos hombres mueren de hambre en la lenta marcha de regreso por la jungla.

Los soldados combatían mal equipados

Marine de Estados Unidos

La 1ª División de Marines de Guadalcanal estaba compuesta sobre todo por jóvenes de 18–19 años. Los sargentos, en cambio, habían estado destinados en puestos remotos en los años treinta e inculcaron el fuerte espíritu del cuerpo en los soldados.

El casco era el nuevo M1. A pesar de la pintura verde y la textura rugosa, brillaba cuando estaba mojado, por lo que algunos soldados lo cubrían con redes.

Cada marine llevaba cuatro granadas Mk II de fragmentación, con un alto poder explosivo y una gran efectividad.

El rifle Springfield M1903 era preciso, pero había que recargarlo a mano tras cada disparo. Las tropas que llegaron de refuerzo tenían el Garand M1 semiautomático, que les daba mayor potencia de fuego.

El uniforme de algodón era resistente, pero demasiado grueso y caluroso para el trópico. Con el sol, el color verde oliva se convertía en un pálido verde grisáceo.

La botas eran de gran calidad e iban forradas, pero debido a la humedad muchos marines sufrieron gangrenas

VS

Soldado imperial japonés

Las unidades japonesas estaban formadas por veteranos de guerra que creían que, al dar la vida por el Emperador, se alcanzaba la inmortalidad. El sentido del deber permitía a estos soldados morir de hambre en su puesto o inmolarse en ataques suicidas.

El casco era de acero ligero y proporcionaba escasa protección. Muchos soldados preferían ahorrarse el peso y usaban gorra.

El rifle Arisaka Tipo 99 era robusto y adecuado para el combate nocturno porque emitía un fogonazo pequeño que no delataba al tirador. A diferencia del Garand americano, se cargaba manualmente.

Las correas de cuero, crin o piel de cerdo se pudrían en la selva de Guadalcanal.

La bayoneta, de 40 cm, era muy apreciada por los japoneses, pero en marchas por la jungla a menudo se enredaba en la vegetación.

Uniforme Tipo 98, hecho de algodón ligero. Permitía respirar a la piel, pero se deterioraba rápidamente con el uso y la humedad.

Las botas japonesas estaban hechas de piel de caballo y se estropeaban con rapidez, por lo que muchos combatían con sandalias o descalzos.

OSPREY PUBLISHING, SHUTTERSTOCK, NATIONAL ARCHIVES CATALOG, PAUL STEINMAYER & WW2DB.COM

para sacar a los americanos de Guadalcanal. A lo largo del mes siguiente, hubo frecuentes enfrentamientos en la selva entre patrullas de ambos bandos. En el cielo, la aviación combatía a los cazas y bombarderos japoneses que atacaban habitualmente la isla. Ambas Fuerzas Aéreas sufrieron pérdidas, pero mientras los pilotos americanos podían hacer aterrizajes de emergencia cerca de la base, los japoneses se encontraban lejos de casa y perecían en el mar.

Las olas se tragaron también muchas embarcaciones de suministros que llegaban en mal momento y se encontraban con un número superior de buques enemigos. Las dos flotas luchaban por el dominio del Pacífico y ambas perdieron varios valiosos portaviones.

Cuidado con las plegarias atendidas

El almirante King tuvo que admitir que había mucha más acción de la que esperaba en primavera. La campaña consumía tantos recursos que la Armada americana ya no podía manejarla en solitario, por lo que tuvo que pedir soldados y aviones al ejército para reemplazar a las atribuladas fuerzas de la isla. Pero la suerte estaba de su lado: Guadalcanal había adquirido tal importancia simbólica en los medios de comunicación estadounidenses que una retirada era impensable.

Japón, por su parte, se aferraba a la idea de que los americanos eran pocos y débiles, y de que un empujón dado con un poco de fuerza sería suficiente para arrojarlos al mar. Y así quedó establecido el escenario en el que tendría lugar la fase decisiva de la batalla.

Ofensiva final de Japón

En octubre de 1942, Japón tenía en Guadalcanal 20.000 hombres, el doble que los americanos, según sus propios servicios de inteligencia. Estaban en condiciones, pues, de lanzar el ataque definitivo. Pero los números no eran correctos. La realidad era que había 23.000 soldados americanos para defender la base aérea, que había crecido significativamente.

El 13 de octubre, dos cruceros de batalla japoneses que navegaban a lo largo de la costa sometieron a los americanos a un bombardeo de una intensidad superior a la experimentada hasta entonces. En la base, 48 aviones quedaron reducidos a chatarra y enormes cantidades de combustible se consumieron en un mar de llamas.

A esto se unieron cañones japoneses de largo alcance escondidos en la selva; tal fue el nivel de devastación que los aviones americanos no podían despegar. Para las fuerzas japonesas de tierra, era el momento de aprovechar la oportunidad.

Pero el ataque no llegó a producirse. Los soldados estaban aún de camino a través de la selva y sufrían un extraordinario retraso. El contacto con otras fuerzas era limitado e infrecuente porque la alta vegetación impedía la transmisión de las señales de radio, por lo que tampoco resultaba posible informar de cuándo llegarían. El bombardeo de distracción desde la costa había empezado demasiado pronto y no serviría para mucho.

La suerte estaba echada

Al final, el general Masao Maruyama lanzó la ofensiva terrestre la noche del 25 de octubre. A pesar de todas las dificultades, había conseguido llevar a 7.000 soldados a través de la selva sin que los americanos les descubrieran.

Los japoneses se aproximaron a través de la jungla bajo una intensa lluvia que ayudó a disimular el ruido. Aun así, el sargento Ralph Briggs, escondido en un puesto de observación por delante de la línea de defensa, pudo oírlos.

"¡Coronel! –susurró por el teléfono de campaña–. Se acercan unos 3.000 japoneses".

"¿Está seguro?", preguntó el coronel Puller desde el puesto de mando.

"Completamente".

Puller apenas había tenido tiempo de hacer sonar la alarma cuando las primeras unidades japonesas iniciaron el ataque. Avanzaban con las bayonetas montadas en los rifles y la total determinación de vencer a cualquier precio. Pero, en la oscuridad, la

El Tokio Express mantuvo vivos a los japoneses

La superioridad aérea americana obligó a los japoneses a transportar tropas en rápidos destructores que llegaban una vez caída la noche.

Los japoneses debían aprovechar la oscuridad para transportar a Guadalcanal soldados, municiones y alimentos, ya que la aviación americana hacía imposible esta operación durante el día. Se usaban para ello destructores, los únicos buques capaces de ponerse fuera del alcance de los aviones antes del amanecer. A estos viajes nocturnos, que seguían horarios y rutas regulares, los americanos los llamaban el "Tokio Express".

Tales operaciones tenían serias limitaciones porque los destructores no estaban pensados para transportar material pesado. Cada buque podía cargar un máximo de 150 hombres o entre 30 y 40 toneladas de suministros. Se requerían, por tanto, muchos viajes para llevar a la isla a un regimiento entero, y la labor de aprovisionamiento era también cada vez más difícil.

Tampoco había muelles en los que atracar. Los suministros se metían en barriles sellados y se lanzaban al agua, cerca de la costa, donde flotaban hasta que los recogían los soldados, pero el sistema era tan poco fiable que muchos nunca llegaban a tierra.

Las expediciones nocturnas llevaban a muchos encontronazos con buques americanos.
DRAGON-MODELS.COM

Más de 25.000 soldados japoneses murieron en Guadalcanal como resultado de ataques inútiles y condiciones de vida miserables.

SHUTTERSTOCK

coordinación era imposible y lo único que pudieron hacer las tropas de Maruyama fue lanzarse a un asalto frontal.

Igual que en enfrentamientos anteriores, los japoneses sufrieron tremendas pérdidas debidas al fuego de ametralladora y las granadas de mano. Los hombres caían en una oleada tras otra en medio de una brutal carnicería.

Entonces un cartucho se quedó atascado en una de las ametralladoras americanas. Los japoneses aprovecharon la oportunidad, mataron a los soldados que la manejaban y siguieron adelante. Por un momento, el gran avance japonés pareció posible, pero un grupo de soldados americanos cerró el hueco que había quedado por detrás de los japoneses y todos los ataques siguientes fueron repelidos con mortíferas descargas.

La lucha continuó durante horas hasta que los americanos empezaron a quedarse sin municiones y pidieron permiso para retirarse. El coronel Puller les pidió que aguantaran y sugirió que usaran las bayonetas.

La escasez de municiones, sin embargo, eran aún peor del lado japonés, ya que habían tenido que abandonar las de reserva durante la durísima marcha por la selva. Algunos se lanzaron al ataque con apenas 15 cartuchos. Los americanos, por el contrario, podían mandar refuerzos y suministros a las posiciones amenazadas.

No hubo más avances japoneses y, al amanecer, las fuerzas de reserva de Vandegrift habían acabado con los últimos atacantes. La operación era un nuevo desastre militar para Japón, que había sufrido 2.000 bajas por solo 80 del lado americano.

Marines condecorados

Ese mes de octubre, la obstinada defensa americana aseguró la victoria en la batalla de Guadalcanal. El Alto Mando japonés se vio obligado a reconocer que nada se conseguiría con nuevas operaciones en la isla más que perder inútilmente más soldados, aviones y barcos, cosa que no podían permitirse. A partir de ese momento, los japoneses solo realizaron en Guadalcanal acciones defensivas en las que, a pesar de combatir con la tenacidad de siempre, no pudieron mantener sus posiciones. Tras una nueva marcha por la selva, en enero de 1943 recibieron la orden de evacuación.

Para entonces, el general Vandegrift y sus marines no se encontraban ya en la isla. El ejército se había hecho cargo de la operación de Guadalcanal y las exhaustas tropas de la 1ª División de Marines habían zarpado hacia Australia, donde les esperaba un merecido descanso.

Vandegrift tomó parte en otras invasiones en el Pacífico y, en 1944, regresó a Washington para asumir el puesto de comandante en jefe de todo el Cuerpo de Marines.

Junto a la gran victoria de la batalla de Midway, en el verano de 1942, Guadalcanal fue el punto de inflexión en la Guerra del Pacífico. A los japoneses se les había terminado la suerte y el avance se había detenido. Ahora comenzaba la larga campaña para llegar a Tokio, en la que los americanos irían tomando las islas una tras otra. El Cuerpo de Marines estuvo en primera línea en muchos desembarcos y, tras la guerra, recibió su recompensa. La división fue separada del resto de la Armada y se convirtió en una fuerza militar independiente, junto al Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea. ■

Invasión aliada de Sicilia

La tarde del 9 de julio de 1943, 2.500 buques aliados zarparon de la costa del norte de África. A bordo iban 160.000 soldados americanos, británicos y canadienses. Al mando de los generales Patton y Montgomery, compartían un objetivo común: tomar la isla más importante del Mediterráneo.

Por Troels Ussing

Los miembros de la flota aliada estudiaron cuidadosamente el folleto que les habían entregado con el destino de los buques. Era el 9 de julio de 1943 y miles de barcos con soldados, tanques y artillería pesada habían llegado de puertos de Egipto, Túnez y Argelia. Desde hacía tiempo circulaban entre los soldados rumores sobre el objetivo de la expedición, pero solo entonces, en mitad del Mediterráneo, quedó claro.

"Pensábamos que íbamos a Inglaterra para la invasión de Francia, pero cuando zarpamos nos dieron unos folletos en los que había una guía de Sicilia", contó el estadounidense Andy Anguiano tras la guerra.

Las tropas se dirigían a la isla italiana de Sicilia, donde se libraría una gran batalla contra las fuerzas alemanas e italianas. Para los dirigentes aliados, era una operación de la máxima trascendencia por dos motivos: en primer lugar, aseguraría la navegación aliada por el Mediterráneo; y luego, aún más importante, abriría un nuevo frente contra la Alemania nazi, cosa que aliviaría la presión sobre el Ejército Rojo en el Frente Oriental, donde en 1943 se combatía con toda la intensidad posible.

Acorralar a los alemanes

Cuando en el verano de 1943 los acorazados partieron de la costa norteafricana, la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de cumplir cuatro años. A finales de 1942, Alemania dominaba todos los rincones del continente europeo, pero en enero de 1943 el Ejército Rojo lanzó una gran ofensiva en Stalingrado y el frente nazi del este empezó a derrumbarse. El ejército de Hitler también había encontrado resistencia en el norte de África. Para el otoño de 1942, los aliados habían obtenido importantes victorias en la zona y, en la primavera de 1943, las últimas fuerzas alemanas e italianas fueron expulsadas de la costa norteafricana.

Tras la retirada de las potencias del Eje del norte de África, el mundo tenía claro que el siguiente paso sería una invasión en algún sitio de la Europa occidental dominada por los alemanes. Hasta aquel trascendental día de 1943, la guerra en Europa se había librado casi exclusivamente en el Frente Oriental. Ahora Hitler tendría que combatir en dos frentes distintos.

Sicilia, una isla crucial

A comienzos de 1943, los líderes militares británicos y americanos reconocieron que una invasión de la Francia ocupada no era todavía posible. La apertura de un nuevo frente, por tanto, tendría que pasar por el sur de Europa, y enseguida quedó claro que la invasión debía comenzar en Sicilia. Desde los muchos puertos y pistas de aterrizaje de la isla, las tropas alemanas e italianas podían atacar fácilmente el tráfico marítimo del Mediterráneo, »

El 9 de julio de 1943, miles de soldados y cientos de tanques partieron del norte de África hacia Sicilia.

ALAMY/IMAGESELECT, BRIDGEMAN & GETTY IMAGES

que servía a los aliados de atajo hacia Extremo Oriente. El control de Sicilia permitiría detener esos ataques y daría acceso a los importantes puertos y aeródromos de la isla, lo cual resultaría de gran utilidad en una posterior invasión de Italia y, posiblemente, del resto de Europa.

El estrecho de Mesina, que separaba la costa siciliana nororiental de la Italia fascista, tenía solo tres kilómetros de ancho, por lo que los soldados aliados podrían alcanzar el continente con facilidad. La pérdida de la isla también aumentaría la presión sobre Mussolini, que se arriesgaba a ver debilitado su poder. Con un poco de suerte, Italia se encontraría pronto fuera de la guerra.

El engaño surtió efecto

Desafortunadamente, la importancia estratégica de Sicilia era obvia para todos: "Cualquiera que no sea un perfecto idiota sabría que el objetivo es Sicilia", dijo con sorna el primer ministro Churchill antes de la invasión. Estaba en lo cierto. Tras la pérdida del norte de África, los mandos militares italiano y alemán empezaron a reforzar la isla. Para que la estrategia diera resultado, por tanto, era esencial debilitar esas defensas, cosa que se consiguió mediante uno de los engaños más famosos de la historia de la guerra.

En la Operación Carne Picada, los aliados lanzaron al mar, cerca de la costa de Huelva, un cadáver disfrazado de oficial británico (era en realidad un indigente que acababa de morir de forma accidental) que portaba un maletín con documentos aparentemente ultrasecretos. El supuesto oficial fue encontrado por un pescador que dio aviso a las autoridades franquistas y estas, a su vez, contactaron diligentemente con los alemanes. Luego los documentos fueron enviados a Berlín y analizados por expertos, que llegaron a la conclusión esperada por los creadores de tan monumental estafa: se preparaba un desembarco inminente en Cerdeña y Grecia.

> "Estuve en el centro de todo y me lo pasé de miedo"
>
> GENERAL PATTON, EN UNA CARTA A SU MUJER, BEATRICE AYER PATTON

Esto provocó que los países del Eje suspendieran el refuerzo de las defensas sicilianas y enviaran a esos destinos divisiones enteras y toneladas de artillería pesada. Los líderes aliados apenas se lo podían creer. Los alemanes habían caído directamente en la trampa. Escasamente dos meses más tarde, la invasión de Sicilia estaba lista para comenzar.

Enfermos por el mareo

El 10 de julio de 1943 por la noche, la flota de la invasión ancló cerca de la costa de Sicilia y los soldados pasaron a las lanchas de desembarco deslizándose por redes de cuerda. Las olas tenían varios metros de altura y, debido a la ansiedad y el mareo, muchos de los hombres empezaron a vomitar, con lo que el suelo y los bancos de las embarcaciones quedaron impregnados de una mezcla pestilente y resbaladiza.

Poco después, la primera oleada de lanchas partió hacia la costa de Sicilia, donde 300.000 soldados italianos y 40.000 alemanes pertenecientes a cuerpos de élite esperaban preparados para defender la isla.

"Nunca habíamos combatido antes y estábamos todos asustados. No sabíamos qué esperar", dijo el soldado americano

La mayoría de las tropas americanas no habían entrado nunca en combate antes de llegar a Sicilia.

US ARMY

Alfred Hook en una entrevista después de la guerra.

La estrategia general la habían diseñado Dwight D. Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Europa, y Harold Alexander, comandante en jefe de la invasión. El 8º Ejército, al mando del general Bernard Montgomery, desembarcaría en el sudeste de la isla y, con ayuda de las fuerzas canadienses, se dirigiría al norte por la costa hasta tomar la ciudad portuaria de Mesina, de incalculable importancia estratégica.

Para proteger el flanco de Montgomery, el 7º Ejército americano, al mando del general Patton, desembarcaría cerca de la localidad de Gela, desde donde luego se movería hacia el noroeste. En total, el primer día desembarcarían unos 150.000 soldados.

200 hombres ahogados

La invasión comenzó con una operación aerotransportada a gran escala. El plan era que los paracaidistas americanos aterrizaran cerca de la ciudad de Gela para crear una zona segura en la costa, donde tenían que desembarcar las tropas de Patton. A la vez, los británicos llegarían en planeadores para tomar una serie de puentes clave en la costa sudeste de Sicilia.

Pero, pasada la medianoche y ya cerca de la isla, las tropas aerotransportadas vieron con claridad que había serios problemas. En los alrededores de Sicilia soplaba un tremendo vendaval que desviaba tanto a los aviones como a los paracaidistas de su recorrido, lo que hacía imposible que los hombres aterrizaran en el lugar previsto.

"Caí a 90 kilómetros del lugar escogido, completamente fuera del área de operación americana", recordó T. Moffatt Burriss, paracaidista estadounidense que pasó varias horas tratando de comprender dónde estaba.

Para los planeadores británicos, la situación fue incluso peor. Aunque la mayoría de los soldados habían adquirido experiencia en este tipo de vuelo en el norte de África, solo 12 de los 144 aparatos consiguieron aterrizar en el sitio previsto. Sesenta y nueve planeadores fueron vapuleados sin misericordia por el viento y cayeron al mar; ya antes incluso de que comenzara la invasión, más de 200 británicos murieron ahogados.

Y, por más que los buques de guerra »»

El fuego amigo y los fuertes vientos provocaron numerosas muertes

La invasión de Sicilia tuvo un comienzo desastroso para las tropas aerotransportadas, que atacaron poco después de la medianoche. Los planeadores que debían haber aterrizado en sitios clave fueron arrastrados al mar por el viento, mientras que los paracaidistas recibieron los disparos de las propias fuerzas invasoras y en ocasiones cayeron hasta a 100 kilómetros de distancia del sitio previsto.

LOS METEORÓLOGOS PREDIJERON MAL EL VIENTO

La noche del 10 de julio, la meteorología se puso en contra de los aliados. Los fuertes vientos desviaron a los aviones encargados de transportar a las tropas, por lo que los paracaidistas cayeron tan desperdigados – algunos a 100 kilómetros del lugar previsto y sin tener ni idea de dónde estaban– que no pudieron reagruparse.

Peor aún fue la situación de los planeadores, arrastrados de un lado a otro por violentas ráfagas de viento. La mayoría cayeron al mar y las tripulaciones se ahogaron. De los 137 planeadores que partieron, solo 12 consiguieron aterrizar en Sicilia.

LA MARINA DERRIBÓ SUS PROPIOS AVIONES

La noche del 11 de julio, los paracaidistas de la 82ª División Aerotransportada debían saltar para apoyar a las tropas que desembarcaban cerca de la ciudad costera de Gela. Pero mientras los aviones sobrevolaban la costa de Sicilia, los propios buques de la invasión los confundieron con bombarderos alemanes y abrieron fuego. En este desastroso episodio, ocasionado por una mala comunicación, fueron derribados 23 aviones de un total de 144 y murieron 229 americanos. Dos días más tarde, el mismo trágico error se repitió cuando la flota disparó contra paracaidistas británicos que se dirigían a un punto de aterrizaje tierra adentro.

PATTON Y MONTGOMERY DEJARON ESCAPAR AL ENEMIGO

Antes de que las fuerzas invasoras llegaran a Mesina, los alemanes e italianos evacuaron a 100.000 hombres y 10.000 vehículos de Sicilia, una operación luego considerada catastrófica para los aliados. Se dice que Patton y Montgomery estaban demasiado preocupados por ser los primeros en llegar a la ciudad y desaprovecharon la ocasión de impedir la retirada enemiga. "No hay duda de que los alemanes se han apuntado un éxito decisivo. Han conseguido evacuar a sus fuerzas prácticamente intactas habiendo sufrido muy pocas bajas", dijo el teniente coronel británico Lionel Wigram.

GETTY IMAGES & SHUTTERSTUCK

Mussolini perdió el poder a consecuencia de la invasión de Sicilia.

GETTY IMAGES

La pérdida de Sicilia provocó la caída de Mussolini

A comienzos de la guerra, el líder fascista italiano Benito Mussolini se encontraba aún en lo más alto de su popularidad, pero con la crisis de 1943 perdió apoyo y se convirtió en un hombre melancólico. Dos semanas después de la invasión de Sicilia, fue destituido por el Gran Consejo Fascista. "*¡Benito é finito!*", gritaban los italianos cuando se anunció por radio la noticia de la caída y arresto del dictador.

Aunque en septiembre fue rescatado por comandos alemanes y reinstaurado como líder de la República de Saló –Estado títere de la Alemania nazi–, Mussolini era, efectivamente, un hombre acabado. Al final de la guerra, intentó huir a Suiza –disfrazado de soldado raso– junto a su amante, pero fue detenido por partisanos comunistas, ejecutado el 24 de abril y colgado boca abajo en la plaza pública.

aliados habían bombardeado las defensas alemanas e italianas, cuando las lanchas de desembarco partieron en dirección a las playas del sudeste de Sicilia, quedó claro que la tarea no iba a ser fácil.

La Luftwaffe sembró el caos

El comandante de la lancha en la que viajaba el soldado estadounidense Andy Anguiano contó hacia atrás: "¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno!". El procedimiento había sido ensayado en innumerables ocasiones y todos lo conocían a la perfección. Sin mirar hacia atrás, el joven soldado corrió por la rampa y, al salir, se encontró con una lluvia de balas enemigas.

La costa de Gela, lugar de desembarco del 7º Ejército, era el lugar mejor protegido de la isla. Tras las rocas y dunas, se escondían soldados italianos que no dieron tregua a los estadounidenses que bajaban de las lanchas hacia la playa.

"A veces ni siquiera oíamos el disparo, pero veíamos que alguien caía. No había nada que pudiéramos hacer", recordó con tristeza el soldado Jake Jacobson después de la guerra.

La situación era de total caos y empeoró cuando la operación acababa apenas de comenzar. La Luftwaffe bombardeó los buques aliados, lo cual aumentó la presión sobre los americanos, que necesitaban tiempo para el desembarco de soldados y equipo.

Afortunadamente, los americanos habían sido lo suficientemente previsores como para llevar a Sicilia un vehículo anfibio de reciente desarrollo: el DUKW, conocido coloquialmente como el "pato" –debido a la similitud con *duck*, pato en inglés–, que resultó determinante. Incluso en las pedregosas playas sicilianas, el DUKW alcanzaba una velocidad de 80 kilómetros por hora, lo que permitió que tropas y armas llegaran a la playa y terminara así la primera fase de la campaña.

Ayudados por el mal tiempo

Pese a la gran resistencia que habían encontrado los americanos, la situación no era tan mala como podría haber sido. El mal tiempo había supuesto un gran problema para las divisiones aerotransportadas, pero había beneficiado a la infantería. Los defensores de la isla no creían que nadie fuera a atreverse a atacar con semejante viento y, en consecuencia, no estaban preparados para la invasión. Para Jake Jacobsen y sus compañeros, eso supuso que los italianos se retirasen al interior de la isla al cabo de unas pocas horas de combate.

La mañana del 11 de julio, el general Patton entró triunfante en la ciudad de Gela, pero el optimismo se convirtió rápidamente en miedo cuando se vio que, en la distancia, se elevaba una nube de polvo levantada por tanques alemanes Tiger. El comandante de las tropas del Eje en Sicilia, Alfredo Guzzoni, había reorganizado su ejército y enviaba a su mejor fuerza, la división Hermann Göring. A medida que los blindados de 60 toneladas se acercaban, la tierra empezó a temblar.

"¡Matad a todos esos malditos bastardos!", arengó Patton a sus soldados, mientras ayudaba con los preparativos de una sección de morteros.

"Daba mucho miedo porque, con esos cañones de 88 mm apuntándonos, no había dónde meterse. Lo único que se podía hacer era aprender a rezar", recordó Jacobson.

Las plegarias del soldado fueron, al parecer, escuchadas, ya que un radiooperador alertó a un buque que había sobrevivido al bombardeo y acudió en auxilio de los americanos.

"Los cañones de los buques abrían los tanques como si fueran latas de sardinas", dijo luego Jacobson, que había sentido un inmenso alivio al ver cómo la mejor división del Eje se veía obligada a retirarse.

"Sin duda hoy Dios estaba cuidándome", anotó Patton esa noche en su diario.

En una carta a su mujer, Beatrice, narró también los dramáticos acontecimientos de ese día: "Estuve en el centro de todo y me lo pasé de miedo".

Británicos en apuros

A diferencia de lo sucedido con los americanos en Gela, las tropas de infantería británicas y canadienses de Montgomery encontraron una resistencia notablemente menor en el sudeste de Sicilia. Distinta fue la suerte, en cambio, de los paracaidistas británicos que, la noche del 13 de julio, tenían que tomar el estratégico Puente Primosole, una estructura de acero de 120 metros que era la única forma de pasar el río Simeto y que debía cruzar el 8º Ejército británico para subir por la costa este de la isla. Las fuerzas aerotransportadas sobrevolaban la isla sometidas a un intenso fuego enemigo cuando, debido a un error de comunicación, empezaron a recibir también fuego amigo procedente de los buques aliados. De 1.900 paracaidistas, solo 300 llegaron a su destino.

Y las posibilidades de los británicos empeoraron aún más con la llegada de tropas de élite alemanas enviadas desde Francia para defender el puente. Lo »»

La invasión se convirtió en una carrera

La fase inicial de la invasión de Sicilia fue según lo planeado. Los británicos avanzaron por la costa este de la isla y los americanos les apoyaron por un flanco. Pero el comandante en jefe de la invasión, Harold Alexander, insistió en que, a pesar de que el 8º Ejército estaba retenido en el este, fuera Montgomery quien tomara Mesina. Esto enfureció a Patton, que, sediento de gloria, asaltó primero Palermo y luego se lanzó a una carrera para llegar a Mesina.

Las batallas urbanas de Gela, Troina y el Puente Primosole estuvieron entre las más duras.

Relación de fuerzas en Sicilia

Fuerzas invasoras:
Soldados: **478.000**
Tanques: **600**

Defensores:
Soldados: **350.000**
Tanques: **260**

Número de muertos en los combates

Fuerzas invasoras:
Americanos: **2.237**
Británicos: **2.721**
Canadienses: **562**

Defensores:
Italianos: **4.700**
Alemanes: **4.300**

5 LIBERACIÓN DE PALERMO

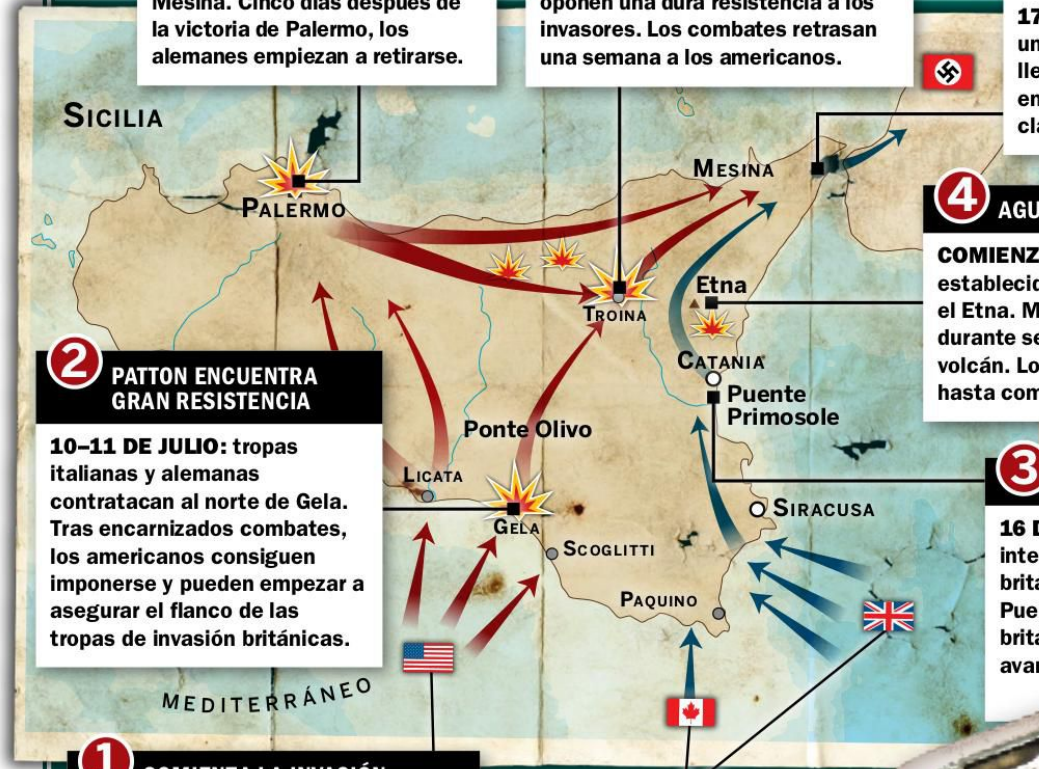
22 DE JULIO: las fuerzas de Patton liberan la ciudad de Palermo y continúan hacia Mesina. Cinco días después de la victoria de Palermo, los alemanes empiezan a retirarse.

6 BATALLA EN LAS MONTAÑAS

6 DE AGOSTO: en las montañas del norte de la isla –especialmente en la ciudad de Troina–, los alemanes oponen una dura resistencia a los invasores. Los combates retrasan una semana a los americanos.

7 PATTON GANA LA CARRERA

17 DE AGOSTO: por la mañana, unas pocas horas antes de que lleguen los británicos, Patton entra en Mesina. Sicilia ya está claramente en manos aliadas.



4 AGUERRIDA DEFENSA EN EL ETNA

COMIENZOS DE AGOSTO: el Eje ha establecido una fuerte línea de defensa en el Etna. Montgomery se queda atascado durante semanas en las cercanías del volcán. Los británicos no consiguen pasar hasta comienzos de agosto.

2 PATTON ENCUENTRA GRAN RESISTENCIA

10–11 DE JULIO: tropas italianas y alemanas contratacan al norte de Gela. Tras encarnizados combates, los americanos consiguen imponerse y pueden empezar a asegurar el flanco de las tropas de invasión británicas.

3 TOMA DEL PUENTE PRIMOSOLE

16 DE JULIO: después de tres días de intensos combates, los paracaidistas británicos conquistan el estratégico Puente Primosole. Ahora los británicos pueden continuar avanzando por la costa.

1 COMIENZA LA INVASIÓN

10 DE JULIO: los aliados atacan aprovechando la oscuridad nocturna. Los británicos encuentran pocos problemas en la punta sur de la isla, pero los americanos deben hacer frente a una feroz oposición en las playas del oeste.

Patton siempre llevaba un revólver en el cinturón. DAVE ALLEN

AP/POLFOTO & BATTLEFIELD HISTORIAN

Las fuerzas británicas y americanas compitieron para ver cuál tomaba Mesina. Llegaron con pocas horas de diferencia.

BRIDGEMAN

> "¡Matad a todos esos malditos bastardos!"
>
> GENERAL PATTON EN SICILIA (1943)

que tenía que haber sido una rápida victoria se convirtió en una pesadilla de tres días para ambos bandos.

"Había cuerpos tirados por todas partes: alemanes, paracaidistas, nuestros muchachos, de todo... Tuvimos que apilarlos unos encima de otros como si fueran sacos de arena para detener el ataque alemán", recordó el soldado británico Arthur Goodsell.

Los británicos no consiguieron tomar el puente hasta el 16 de julio, cuando recibieron por fin refuerzos en forma de tanques Sherman. Pero el precio fue muy alto.

"Durante años tuve pesadillas. Me costó mucho recuperarme", contó Goodsell.

Combate al pie del volcán

Tras tomar el Puente Primosole, la conquista de Mesina parecía al alcance de los británicos. Esto llevó a los alemanes a reorganizar sus fuerzas con el objetivo de crear una línea de defensa en el Etna y el este de Sicilia. Se enviaron a la zona tropas de élite y la división Hermann Göring volvió a combatir. No se escatimó ningún esfuerzo para bloquear el avance de los aliados hacia una ciudad considerada por todos estratégicamente crucial.

La defensa que montaron los alemanes en el área del volcán Etna fue muy efectiva y retuvo al 8º Ejército durante semanas. A medida que los cadáveres se iban acumulando en las rocas y el hedor a muerte impregnaba el aire caliente del verano, muchos soldados británicos desearon encontrarse de vuelta en el norte de África. Pero el general al mando de la invasión, Harold Alexander, no parecía dispuesto a cambiar de planes: Mesina estaba reservada para Montgomery. Mientras, las tropas americanas avanzaban por el oeste.

Aunque en el este combatían italianos y alemanes, la defensa de gran parte de la isla había quedado en manos de las tropas italianas, que, después de perder el Puente Primosole, ya no creían que la victoria fuera posible.

"El 90 por ciento del ejército italiano está formado por cobardes que no quieren luchar", declaró con desprecio el general alemán Conrath.

Patton estaba furioso por el hecho de que fuera a ser Montgomery quien tomara Mesina y, para resarcirse, en contra de las órdenes de Alexander, asaltó Palermo. Si no podía tomar Mesina, al menos conquistaría la capital. El 22 de julio, los americanos tomaron la milenaria ciudad casi sin disparar ni un tiro e hicieron también varios miles de prisioneros italianos. Allí fueron recibidos con ovaciones por una población harta de la guerra; mientras, en Estados Unidos, la prensa se deshacía en halagos hacia Patton por sus éxitos.

La victoria produjo en el general tal sentimiento de entusiasmo que pensó que quizás aún tenía la oportunidad de conquistar Mesina él mismo. Había que seguir para ello dos caminos: una carretera costera situada al norte de la isla y una ruta montañosa que corría un poco más al sur.

"Esto es una carrera de caballos en la que está en juego el prestigio del ejército americano. Tenemos que llegar a Mesina antes que los británicos", dijo a sus oficiales.

Evacuación del Eje

Tras la caída de Palermo, a los países del Eje les quedó claro que Sicilia estaba perdida. Esa constatación les condujo, el 27 de julio, a un cambio total de estrategia. A partir de ahora, el objetivo ya no sería expulsar a los aliados, sino escapar a la península italiana con la mayor cantidad de tropas y equipo que pudieran.

Entre los hombres que acompañaron a Patton por la carretera que recorría el sinuoso paisaje montañoso siciliano se encontraba Jake Jacobson, a quien pronto le tocó vivir una nueva pesadilla en el pueblo de Troina. Aquí los combates eran tan violentos que cientos de americanos heridos esperaban para ser evacuados.

El 3 de agosto, Patton pasó por uno de los hospitales de campaña. El general se mostró conmovido por el espectáculo de los soldados heridos que habían sufrido amputaciones, pero no tuvo compasión alguna con aquellos afectados por traumas psicológicos.

Para cumplir con su propósito de llegar a Mesina antes que Montgomery –que, entretanto, luchaba en la costa este–, Patton necesitaba a tantos hombres como fuera posible. Por eso se mostró intransigente cuando en el hospital vio a un soldado que claramente sufría estrés postraumático.

Patton le preguntó dónde había sido herido y el hombre se encogió de hombros y, sencillamente, respondió: "Creo que no puedo".

Temblando de furia, el general lo abofeteó con los guantes y lo arrastró fuera de la tienda.

"¡Cobarde! ¡Vas a ir de vuelta al frente!", gritó, y le pegó una patada en la espalda.

Unos días más tarde, Patton volvió a explotar durante una visita a otro hospital. En esta ocasión, en un nuevo acceso de ira, llegó a sacar el revólver y amenazó con pegarle un tiro a otro soldado al que acusó de cobardía.

"¡El estrés postraumático no existe!", bramó, según un corresponsal de guerra que estaba allí presente.

Luego Eisenhower le ordenó que se disculpara con ambos, así como con el personal de los hospitales.

Mientras el ejército trataba de suavizar las cosas, el general siguió impertérrito con su propósito de tomar Mesina antes que los ingleses.

"Patton quería ir en cabeza y llegar el primero, y presionaba, presionaba y presionaba", explicó el soldado Alfred Hook después de la guerra. Jake Jacobson señaló que "pasaba por esas ciudades a velocidades de vértigo".

A mediados de agosto, la victoria estaba finalmente al alcance de la mano.

Los americanos ganaron la carrera

La oscuridad empezaba a caer sobre Messina cuando, el 16 de agosto de 1943, los primeros soldados del 7º Ejército de Patton entraron en la ciudad. Los hombres examinaban cuidadosamente las calles y tomaban todas las precauciones al doblar las esquinas, pero allí no se oyó silbar ni una sola bala enemiga. Al día siguiente, las tropas de Estados Unidos declararon ocupada la ciudad mediterránea.

El 17 de agosto, a las diez de la mañana, Patton recorrió encantado las calles y fue ovacionado como el liberador de Mesina. Al cabo de unas pocas horas, cuando por fin llegaron las primeras tropas del británico Montgomery, se encontraron con que ya era tarde.

El comandante de la unidad saludó a Patton respetuosamente: "Ha sido una estupenda carrera y le felicito", dijo.

Era el fin de la batalla de Sicilia, pero el enemigo había conseguido llevar a cabo una exitosa evacuación de tropas y equipos: más de 110.000 soldados con más de 10.000 vehículos, además de toneladas de municiones y suministros de distintas clases, habían zarpado hacia la península italiana. Al general, sin embargo, realmente no le importaba. Había conquistado Mesina y en breve seguirían con el resto de Italia. ■

Una victoria ensombrecida por crímenes de guerra

Durante la invasión de Sicilia, Patton impresionó a todos con su *Blitzkrieg* a través del terreno montañoso de la isla, pero su feroz retórica llevó a algunos de sus hombres a transgredir las normas de la guerra con fatales consecuencias.

Además del acoso a soldados que sufrían estrés postraumático, el legado de Patton en la invasión de Sicilia quedó ensombrecido por un crimen mucho peor. Algunos hombres de la 45ª División de Infantería declararon que, antes del desembarco, el general pronunció una arenga en la que dijo que no había que hacer prisioneros. Supuestamente como resultado de esas palabras, el 14 de julio de 1943 un capitán y un sargento ejecutaron a 73 prisioneros desarmados a sangre fría.

Ambos fueron sometidos a un consejo de guerra en el que alegaron que actuaban siguiendo las órdenes dadas por Patton en su arenga. El sargento fue condenado a cadena perpetua y luego indultado.

Patton aseguró que había sido malinterpretado y que nunca tuvo intención de hacer daño a ningún prisionero. Fue exonerado de toda culpa y el escándalo se silenció por miedo a socavar la moral de la tropa. El caso se mantuvo en secreto hasta varios años después de la guerra. Para entonces Patton había fallecido: murió en un accidente de tráfico en Alemania el 21 de diciembre de 1945, el mismo día que debía regresar a Estados Unidos.

Lo que más deseaba Patton era ser general de cuatro estrellas, y lo consiguió gracias a la batalla de Sicilia.

DAVE ALLEN

El sabotaje allanó el camino para el Día D

La invasión de Normandía de 1944 es recordada sobre todo por el heroico desembarco de soldados aliados, pero esta operación nunca habría tenido lugar sin la colaboración de la Resistencia francesa. A lo largo de toda Francia, 50.000 combatientes clandestinos lucharon para hacer posible el Día D.

Los miembros de la Resistencia francesa tuvieron una participación fundamental en el desembarco de Normandía.

MONTAJE: GETTY IMAGES

Por Poul Siersbæk

La mañana del 5 de junio de 1944, el ciclista francés Guillaume Mercader se despertó pronto y se vistió. Tenía por delante un duro día de entrenamiento por los alrededores de su ciudad, Bayeux, en el que tendría que soportar el fuerte viento de la costa normanda. Según pedaleaba hacia el norte, notó que sobrevolaban más bombarderos aliados de lo habitual y que algunos parecían dirigirse tierra adentro.

Esa tarde, guardó la bicicleta en el cobertizo. A las seis debía estar en el sótano para oír la emisión francesa de la BBC. Porque Mercader no era solo un héroe del ciclismo francés con todo un armario lleno de trofeos. En los tres años anteriores había entrenado en las carreteras de la costa cercanas a su domicilio, cosa solo posible porque la Gestapo había aceptado que una estrella del deporte como él merecía un permiso especial. La zona quedaba fuera de los límites permitidos al resto de los mortales para proteger los secretos del Muro Atlántico construido por los alemanes para defenderse de una previsible invasión.

Los soldados alemanes que saludaban a Mercader cuando pasaba encorvado sobre el manillar no podían imaginar que tal actividad tenía poco que ver con el entrenamiento. Lo que Mercader hacía, en realidad, era recoger información sobre búnkeres, ametralladoras y movimiento de tropas para pasarla inmediatamente a los británicos.

Esa tarde, sentado en el sótano, escuchó con atención los mensajes transmitidos por la BBC. Oyó las frases "hace calor en Suez" y "los dados están sobre la mesa", dos mensajes en clave que llevaba esperando meses.

Así supo que la invasión aliada era inminente. A primera hora del día 6 de junio, 175.000 británicos, americanos y canadienses intentarían desembarcar en la costa normanda, a pocos kilómetros de Bayeux. Pero, para que eso fuera posible, era fundamental que la Resistencia francesa realizara actos de sabotaje contra los alemanes tales como volar líneas de ferrocarril y puentes.

Mercader se montó en la bicicleta y pedaleó bajo la luz de la luna para reunir a su célula de combatientes de 90 personas, en la que se incluían tres gendarmes. A lo largo de toda Francia, unos 50.000 miembros de la Resistencia, hombres y mujeres, se preparaban para una crucial »

JEAN-MARIE LETAILLEUR COLLECTION

Guillaume Mercader era un famoso ciclista normando. Tenía un taller de bicicletas en Bayeux, su ciudad natal.

batalla contra los alemanes. Había llegado del Día D y tocaba apoyar a los aliados.

Alemania lanzó la *Blitzkrieg*

Aunque en junio de 1944 el movimiento francés de la Resistencia demostró ser un ejército clandestino bien disciplinado, con capacidad para debilitar a los alemanes con operaciones muy específicas, el éxito no podía darse en absoluto por descontado.

Cuatro años antes, los franceses habían recibido una devastadora lección sobre las estrategias y tácticas de la guerra moderna. Apoyándose en una combinación de tanques y bombarderos en picado Stuka, los alemanes se lanzaron hacia el oeste en una guerra relámpago y las defensas francesas, esa Línea Maginot que había costado 3.000 millones de francos, no sirvieron para detenerles. En lugar de asaltar la fortificación, Hitler simplemente envió a sus ejércitos a través de Bélgica y las Ardenas y dejó completamente a un lado la Línea Maginot.

Uno de los oficiales franceses que lucharon contra la invasión alemana fue Charles de Gaulle, que había combatido heroicamente en la Primera Guerra Mundial, donde fue herido en dos ocasiones y cayó prisionero de los alemanes. Durante su cautiverio, se dedicó a arengar apasionadamente a sus compañeros y se hizo famoso por un intento de fuga disfrazado con ropa de mujer.

En el período de entreguerras, el temperamental De Gaulle mostró una marcada tendencia a exponer abiertamente opiniones controvertidas; por ejemplo, su oposición a las defensas estáticas, como la Línea Maginot, y su preferencia por unidades móviles de blindados. Su propensión a la polémica le labró una reputación de maleducado entre los oficiales franceses.

En 1940, en plena *Blitzkrieg*, De Gaulle consiguió repeler un ataque alemán en Montcornet con una fuerza de 200 tanques pequeños. Tras semejante hazaña, fue nombrado subsecretario de guerra, un puesto que le llevó a entrevistarse, entre otros, con el primer ministro Churchill para hablar de una posible evacuación del ejército francés a Marruecos, desde donde seguiría combatiendo contra la Alemania nazi.

Mientras, la ofensiva alemana continuaba imparable por Francia. El 16 de junio, las tropas alemanas tomaron París, y lo que quedaba de la defensa francesa se hundió definitivamente. Al día siguiente, De Gaulle partió hacia Londres, donde Churchill le había ofrecido la oportunidad de dirigirse a sus compatriotas a través de la BBC.

Un país con dos líderes

Francia fue derrotada y el primer ministro dimitió. El 18 de junio, el futuro líder del país, el ex viceprimer ministro Philippe Pétain, se dirigió por radio a sus compatriotas y les preparó para una inminente capitulación:

> **"¿Debemos abandonar toda esperanza? ¿Es nuestra derrota irremediable? A todas esa preguntas, respondo: ¡No!"**
>
> CHARLES DE GAULLE

"Con el corazón dolorido os digo hoy que debe cesar la lucha. Anoche me dirigí al adversario para preguntarle si está dispuesto a buscar conmigo, como soldados, después de la batalla y de forma honrosa, los medios para poner fin a las hostilidades".

Ese mismo día, De Gaulle entró en uno de los estudios de la BBC de Londres. La práctica de arengar a otros prisioneros, adquirida durante su cautiverio en la Gran Guerra, le sirvió de entrenamiento para animar a los franceses a que continuaran la lucha: "¿Debemos abandonar toda esperanza? ¿Es nuestra derrota irremediable? A todas esas preguntas, respondo: ¡No! El honor, el sentido común y los intereses de nuestro país obligan a todos los franceses, dondequiera que estén, a continuar combatiendo de la mejor forma posible".

Churchill le ofreció a De Gaulle una mano tendida para que pudiese crear las Fuerzas Francesas Libres (FFL) con los 7.000 soldados evacuados junto a los británicos de Dunkerque en junio. En Francia, Pétain se rindió de buena gana a los alemanes. Pese a sus duras exigencias, Hitler permitió la creación de una zona "libre" en el sureste, con Vichy como capital, en la que los franceses se gobernarían a sí mismos, con Pétain al frente y siempre cumpliendo con estrictas directrices alemanas. Entre otras cosas, se introdujeron leyes raciales contra los judíos y el gobierno de Vichy aceptó pagar a Alemania 20 millones de marcos diarios por gastos de ocupación del país. Los franceses que habían caído prisioneros durante la invasión no serían liberados; trabajarían en fábricas alemanas y en la agricultura.

Actos de resistencia aislados

La derrota y la traición de Pétain causaron un gran resentimiento en la población francesa y, en el verano de 1940, surgieron las primeras manifestaciones de resistencia. Fueron actos aislados y sin coordinación, normalmente resultado espontáneo de injusticias perpetradas contra individuos concretos.

Uno de ellos fue Joseph Barthelet, de Metz, que se unió a la Resistencia después de ver las torturas sufridas por un amigo suyo durante un interrogatorio de la Gestapo: "Lo reconocí por el sombrero, solo por el sombrero. Podía verle la cara, pero él no podía verme a

mí. Los ojos se le habían cerrado en dos enormes moratones violetas y amarillos".

El 7 de septiembre se produjo la primera ejecución por actos de sabotaje; la víctima fue Pierre Roche, de 19 años, que había cortado unos cables telefónicos alemanes.

Los franceses se encontraron divididos en grupos que a menudo se odiaban entre sí más de lo que odiaban al invasor, a causa de sus enormes diferencias ideológicas: socialistas, comunistas, anarquistas, conservadores y nacionalistas radicales. En la práctica, esto suponía que un grupo no tenía el menor interés en lo que hacía el otro. Por ejemplo, un grupo de la Resistencia de Burdeos llevó a cabo un ataque contra un depósito de armas alemán que otro grupo llevaba preparando semanas. Hubo también desafortunados errores, como el de un grupo que mató a un gendarme sospechoso de colaboracionismo pero que en realidad era el correo de otro grupo de combatientes.

Se hizo entonces evidente la necesidad de coordinar esos esfuerzos y, puesto que De Gaulle no podía hacerlo personalmente en Francia, se buscó a una persona de probada credibilidad para la tarea. La elección recayó sobre Jean Moulin, funcionario del Estado de 41 años que había ocupado diversos puestos de responsabilidad. En 1936, por ejemplo, había estado en el Ministerio de Aviación y había sido responsable del envío secreto de pilotos y aviones a la Guerra Civil española.

Cuando los alemanes atacaron Francia, Moulin era prefecto del departamento de Eure y Loir, con despacho en Chartres, al sur de París, donde trató de mantener en todo momento la cabeza fría y conseguir que la administración siguiera funcionando en las nuevas condiciones. Al principio, los alemanes apreciaron ese esfuerzo, pero enseguida se vio metido en problemas por negarse a dar falso testimonio.

Detenido y torturado

Durante la invasión, una mujer de la zona había muerto en un bombardeo, pero las fuerzas ocupantes aseguraban que había sido asesinada por soldados coloniales senegaleses. Moulin se negó a firmar la acusación alemana y fue encarcelado.

Para entonces, los alemanes habían empezado a sospechar que Moulin era comunista y fue sometido a torturas para hacerle confesar. Aprovechando una pausa en el interrogatorio, Moulin trató de poner fin a su sufrimiento cortándose la garganta con un trozo de cristal. El intento fracasó, Moulin recuperó la libertad y durante un tiempo siguió ejerciendo de prefecto (ahora con una terrible cicatriz en el cuello).

El 3 de noviembre de 1940, el gobierno de Vichy aprobó un decreto por el que destituía a todos los alcaldes de izquierdas de la "zona libre". El prefecto Moulin fue también destituido por negarse a aplicar esa norma en su área y pasó rápidamente a la clandestinidad.

Entretanto, la recién creada »»

Hitler dividió Francia en dos

Tras la capitulación, el Führer decidió crear una "zona libre" en la que los franceses pudieran (casi) gobernarse a sí mismos.

Conseguida la victoria en 1940, los alemanes se contentaron con ocupar el 60 por ciento de Francia, una amplia área que cubría la estratégicamente crucial costa atlántica y las principales regiones industriales. En el sur del país se instaló una "zona libre" gobernada por los propios franceses, lo cual permitió a Alemania ahorrar en tropas destinadas a la ocupación. La capital del Estado títere se estableció en la ciudad balneario de Vichy, pródiga en hoteles. Al frente estuvo el mariscal Philippe Pétain, de 84 años, héroe de la Primera Guerra Mundial, que llamó a una revolución nacional basada en valores como el trabajo y el ejercicio físico. Pétain actuó siempre al servicio de los intereses alemanes, menos en un punto: la Francia de Vichy se mantuvo teóricamente neutral, por lo que no entró en la guerra del lado alemán como pretendía Hitler.

El apoyo al nazismo fue muy importante en Vichy. Pétain y Hitler se vieron en octubre de 1940.
GETTY IMAGES & IMAGESELECT

Los lanzamientos desde aviones británicos tenían lugar de noche. Los franceses señalaban los lugares de entrega con antorchas.
GETTY IMAGES

Churchill mandó ayuda por vía aérea

Los combatientes de la Resistencia europeos recibieron armas, explosivos y equipos de comunicación enviados desde Inglaterra.

Poco después de la capitulación de Francia, el primer ministro británico, Winston Churchill, creó la Dirección de Operaciones Especiales (SOE), una organización secreta cuyos agentes debían combatir tras las líneas enemigas y fomentar movimientos de resistencia en los países ocupados por Alemania. La orden de Churchill fue "prender fuego a Europa". La SOE envió a Francia 400 agentes, instructores y operadores de radio y organizó el lanzamiento de toneladas de suministros para la Resistencia. También se beneficiaron de estas entregas los combatientes daneses, que, gracias a estos suministros, pudieron llevar a cabo un millar de acciones contra los alemanes en Dinamarca.

CONTENEDOR DE SUMINISTROS

Entre 1941 y 1944, la Resistencia francesa recibió 73.918 contenedores con armas, municiones, explosivos, alimentos y otros suministros necesarios.

Los contenedores pesaban unos 160 kg y debían ser recogidos con rapidez, antes de que los alemanes localizaran el punto de lanzamiento.
GETTY IMAGES & OSPREY PUBLISHING

Dirección de Operaciones Especiales británica (Special Operations Executive, SOE), dedicada a operaciones de sabotaje, había advertido el intento de Moulin de unir a las fuerzas de la Resistencia francesa.

A lo largo de 1941, la SOE envió a Francia más de un centenar de agentes para promover la creación de grupos de resistentes. Los agentes abordaron entonces a Moulin y lo invitaron a Londres, donde esperaba De Gaulle.

Pasarían, sin embargo, varios meses antes de que Moulin pudiera salir de Francia. Ese período lo aprovechó estableciendo contactos con combatientes y reuniéndose con los líderes de los principales grupos de la Resistencia: *Combat*, *France Liberté* y *Libération–Sud*.

Cuando por fin pudo viajar a Londres, el 19 de octubre de 1941, Moulin poseía un inestimable conocimiento de la situación de la Francia ocupada. Los responsables de la SOE se mostraron tan entusiasmados con él que trataron de convencerle de que trabajara directamente para los británicos en lugar de para De Gaulle, una invitación que Moulin declinó cortésmente.

El general De Gaulle y el funcionario Moulin se complementaron a la perfección y, al cabo de unos días de conversaciones, Moulin declaró su completa lealtad a De Gaulle, que, a su vez, lo nombró su representante en Francia.

A las tres de la madrugada del 2 de enero de 1942, Jean Moulin, acompañado por un guardaespaldas y un radioperador, saltó en paracaídas de un avión de la RAF a la fría noche de invierno francesa, en un lugar indeterminado entre Avignon y Aix–en–Provence.

Arrestado por la Gestapo

Comenzó así un peligroso capítulo en la vida de Moulin, que, protegido por el seudónimo de Max, se mantuvo en constante movimiento para coordinar a la Resistencia. Como tapadera para sus frecuentes viajes y reuniones, abrió una galería de arte en Niza. Su primera tarea importante fue conseguir que los distintos grupos aceptaran como líder al adusto militar De Gaulle.

En enero de 1943, los grupos *Combat*, *France Liberté* y *Libération–*

Sud se unieron en los MUR (Movimientos Unidos de la Resistencia), pero continuaron profesándose desconfianza y recelando de los motivos de los otros para luchar contra los alemanes. Esto facilitó la labor de la Gestapo y el *Sicherheitsdienst* (SD), el servicio de inteligencia de las SS, que, valiéndose de la infiltración y la tortura de sospechosos, descubrieron distintos sitios de reunión y nombres falsos, entre ellos el de Max. El cerco se estrechaba sobre Jean Moulin.

El 21 de junio de 1943, tenía lugar en la casa de un médico de Lyon una importante reunión a la que asistían varios importantes dirigentes de la Resistencia entre los que se encontraba Moulin. Hacia las 15:00, ya con todos los participantes allí, dos coches se detuvieron frente a la entrada. De ellos bajaron ocho miembros armados del SD, que rodearon la casa y gritaron: "¡Manos arriba! ¡Policía alemana!".

La casa tenía solo una entrada, por lo que los resistentes estaban atrapados. El capitán alemán Klaus Barbie, conocido como el Carnicero de Lyon, entró y ordenó el arresto de todos.

"¿Quién es Max?", preguntó una y otra vez Barbie en los interrogatorios que siguieron, obsesionado con dar con el líder de la Resistencia.

Pese a que nadie habló durante las sesiones de tortura, Barbie averiguó lo que quería por las características físicas de Moulin (sabía que Max era un hombre delgado y de mediana edad). Entonces se recrudeció la violencia contra el líder. Barbie le rompió los brazos, las piernas y varias costillas, pero no consiguió que delatara a ninguno de sus compañeros ni que revelara su cooperación con los ingleses. Al cabo de un par de semanas de brutal tormento y ningún resultado, Moulin fue enviado en tren a Alemania para que la Gestapo continuara allí los interrogatorios. Nunca llegó. Murió de camino a causa de las heridas.

Los jóvenes pasan a la clandestinidad

Con la muerte de Moulin, la Resistencia se enfrentó a nuevas dificultades, entre ellas reconstruir los lazos de colaboración que había tejido el líder y hacer frente a la ansiedad que se apoderó de muchos de los miembros tras la desarticulación de la cúpula de la organización. Iban a recibir, no obstante, un regalo de los alemanes: un decreto que obligaba a todos los jóvenes de entre 18 y 20 años a trabajar durante dos años en Alemania para la industria bélica. Afectaba a un cuarto de millón de jóvenes y, además de potenciar la fabricación de armamento nazi, entorpecería el reclutamiento de nuevos miembros de la Resistencia, pero tuvo el efecto contrario: enfrentados a la perspectiva de trabajar en Alemania en condiciones de esclavitud, miles de esos jóvenes decidieron pasar a la clandestinidad. Muchos de ellos huyeron a la montaña y se unieron a los grupos de combatientes que allí se escondían. Esta enorme afluencia de nuevos miembros permitió que los grupos de la Resistencia se convirtieran en un verdadero ejército clandestino, conocido desde entonces como el maquis por los matorrales del paisaje en el que operaban.

Uno de estos grupos, el liderado por el comunista Georges Guingouin, llevó a cabo varios espectaculares actos de sabotaje, entre ellos el atentado contra la fábrica de caucho Wattelez, cerca de Limoges, que producía 20 toneladas de caucho diarias para vehículos militares alemanes.

El grupo disponía de 1,4 toneladas de explosivos robados en una mina, por lo que contaban con material para una acción de envergadura. Guingouin y cuatro compañeros se desplazaron en bicicleta hasta la fábrica, que se encontraba a 50 kilómetros de distancia, llevando los explosivos en mochilas cargadas a la espalda. A consecuencia del atentado, la fábrica tuvo que cerrar durante cinco meses. La audacia de la operación atrajo a nuevos combatientes y el grupo pasó de estar compuesto por un puñado de hombres a contar con más de un centenar. »»

Los aviones de la SOE aterrizaban en cualquier parte

En 1940, el avión británico Westland Lysander participó en la batalla de Francia como avión de reconocimiento, pero, con una velocidad máxima de solo 340 km/h, era un blanco fácil para los cazas y cañones antiaéreos alemanes. Luego, sin embargo, fue utilizado con éxito por la nueva división de transporte de la RAF, el Special Duties Service.

El Westland Lysander resultó perfecto como avión correo. Era un aparato robusto, que solo necesitaba una pista corta y rudimentaria para aterrizar y despegar y, al estar pintado de negro, era casi invisible de noche. Realizó más de cien misiones sobre territorio francés, adonde llevó radioperadores y desde donde transportó combatientes de la Resistencia con destino a Londres.

El Westland Lysander tenía una autonomía de casi 1.000 km, que se convertían en 1.600 km con depósito de reserva.

Tenía capacidad para el piloto más tres pasajeros, si bien un poco apretados, en la cabina.

Escalera fija

El tren de aterrizaje iba equipado con una suspensión muy resistente, por lo que podía realizar aterrizajes difíciles en terrenos irregulares.

La pintura negra mate lo hacía prácticamente invisible en la oscuridad.

El ejército clandestino sale a la luz

Entre 1943 y 1944, se produjo un gran cambio en la forma de operar de la Resistencia francesa, que empezó a combatir de forma abierta.

En los primeros años de la ocupación, el movimiento de la Resistencia francesa se dedicó principalmente a imprimir material clandestino, pasar información a los británicos y cometer pequeños actos de sabotaje sin mayor coordinación. A partir de enero de 1943, los tres grandes movimientos que componían la Resistencia se unieron en los MUR (Movimientos Unidos de la Resistencia), que tenían por líder a De Gaulle, entonces en Londres, y empezaron a actuar de forma mucho más focalizada. Aun así, siguió habiendo problemas de coordinación debido a las desavenencias políticas entre los distintos grupos.

En los meses anteriores al Día D, el aumento de suministros de armas y explosivos procedentes de la SOE permitió llevar a cabo operaciones de mayor envergadura y efectividad. En áreas apartadas, como los Alpes franceses, la Resistencia empezó a practicar una guerra de guerrillas, a veces de forma abierta, contra las tropas alemanas; en zonas donde la presencia del invasor era escasa, incluso se organizaron desfiles para atraer a nuevos miembros.

El lugar y la fecha del Día D seguía siendo un misterio para la Resistencia. Ni siquiera De Gaulle lo supo hasta el 4 de junio de 1944 –dos días antes–, cuando fue informado por Churchill. Los distintos grupos de la Resistencia recibieron el aviso mediante códigos secretos transmitidos en francés por la BBC con el fin de que pudieran prepararse.

Durante el resto de 1944, la Resistencia participó activamente en la liberación del país. En París, en agosto, por ejemplo, los combatientes atacaron por detrás de las líneas alemanas y liberaron territorios escogidos que intentaron mantener hasta la llegada de las fuerzas aliadas.

IMAGESELECT

Toda acción contra las fuerzas de ocupación alemanas requería minuciosos preparativos.

ROBOS A BANCOS Y OFICINAS DE CORREOS PARA SOBREVIVIR

La lucha por la libertad no era barata. Los resistentes clandestinos recibían 1.500 francos mensuales para alimentos y otras necesidades, un dinero que proporcionaban el Reino Unido y varias fundaciones francesas. Pero, cuando el número de combatientes aumentó, estos fondos dejaron de ser suficientes, por lo que se recurrió a asaltar bancos y oficinas de correos. En el departamento de Cher, al sur de París, hubo 107 robos en oficinas de correos entre junio y septiembre de 1944.

En zonas en las que la presencia alemana era escasa, los grupos de la Resistencia a menudo circulaban con uniformes de fabricación casera.

Batalla en los Alpes

En octubre de 1943, los aliados quisieron conocer la verdadera fuerza del maquis y enviaron al agente de la SEO Yeo–Thomas a visitar a un grupo en Cahors. Yeo–Thomas se mostró muy impresionado: "Con el debido apoyo y armamento, el maquis puede proporcionarnos una ayuda muy eficiente el Día D", declaró de vuelta en Inglaterra. Pronto los *maquisards* demostrarían lo que eran capaces de hacer.

Ese año el maquis había eliminado a las tropas alemanas de la región de Alta Saboya, en los Alpes, cerca de la frontera suiza. Este hecho era una espina clavada en el régimen de Vichy, que quería reafirmar su autoridad en la zona y demostrar a los alemanes que su milicia fascista, la Milice, servía para algo más que simplemente auxiliar a la Gestapo.

Vichy envió a 2.000 miembros de la Milice a la zona de Alta Saboya, al mando del oficial Joseph Darnand, con la orden de acabar con los "terroristas". Pero el plan se filtró y, el 2 de febrero de 1944, la sección francesa de la BBC advirtió a la Resistencia:

"¡Atención los maquis! ¡Atención, Alta Saboya! Llamando a los maquis de Alta Saboya, SOS, SOS. El *Oberführer* Joseph Darnand ha decidido lanzar un ataque masivo mañana, 3 de febrero, contra los patriotas que se esconden en las montañas de Alta Saboya. No hay un minuto que perder: ¡A vuestras posiciones defensivas!".

Unos 600 combatientes del maquis se encontraban en la meseta de Glières, a 1.500 metros de altura. Se habían retirado allí parar reorganizar sus fuerzas y de pronto quedaron rodeados por los miembros de la Milice. En los días siguientes, los maquis consiguieron repeler los ataques, pero ya casi no tenían suministros y empezaban a pasar hambre y a congelarse. Era imprescindible recibir ayuda.

La noche del 13 de febrero, cuatro aviones de la RAF consiguieron hacerles llegar 54 contenedores con armas y ropa de abrigo. Un mes más tarde, llegaron otras 50 toneladas de suministros. El equilibrio de fuerzas se había invertido y la Milice tuvo que retirarse. En su lugar, llegaron tres batallones de infantería alemanes con un total de 7.000 hombres y el apoyo de la Luftwaffe.

Era una superioridad excesiva. Trescientos maquis escaparon de la meseta, pero otros 149 murieron. En el bando contrario, hubo 3.000 bajas entre miembros de la Milice y soldados alemanes.

La derrota hizo daño al movimiento de la Resistencia, pero fue una victoria moral en la que había quedado de manifiesto la capacidad de supervivencia del ejército clandestino.

Más suministros ingleses

En una reunión mantenida en el norte de África en enero de 1944, Churchill habló con los americanos del papel de la Resistencia durante y después del Día D y consiguió lo que quería: que los combatientes recibieran más armas.

La SOE aumentó los envíos y, a lo largo del invierno, la Resistencia se transformó por completo. Ahora había 50.000 combatientes listos repartidos por todo el país, a los que también había que hacer llegar alimentos, puesto que ya no era suficiente con los que les daban los propios franceses. En el segundo trimestre de 1943, los aviones de la RAF lanzaron 150 toneladas de suministros en 1.361 contenedores y una serie de cajas. Los contenedores, de color negro mate y la altura de una persona, tenían cabida para 113 kilos de armas, explosivos, municiones y comida. De enero a marzo de 1944, los envíos sumaron 938 toneladas que, entre abril y junio, se convirtieron en 2.689.

En febrero, los grupos de la Resistencia se unieron en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), dirigidas por De Gaulle. Con la llegada de la primavera, las FFI y la SOE decidieron dejar a un lado las plantas industriales y concentrarse en el sabotaje de conexiones ferroviarias, líneas telefónicas y puentes con la intención de detener o retrasar los movimientos de tropas alemanas durante la invasión.

Los líderes de la Resistencia elaboraron minuciosos planes de sabotaje identificados por colores en los que a cada tipo de objetivo –por ejemplo, ferrocarriles o telecomunicaciones– le correspondía un color. La SOE eligió 571 objetivos relacionados con el transporte ferroviario y esa primavera envió a Francia las llamadas unidades Jedburgh para organizar las acciones de la Resistencia durante el Día D.

Cada unidad Jedburgh estaba compuesta por tres integrantes: un británico, un americano y un francés, lo que garantizaba una comunicación efectiva entre los miembros de la Resistencia y los ejércitos invasores.

El Día D se anunció por radio

Se acercaba el día clave y, la noche del 5 de junio, cientos de líderes de »

El líder de la Resistencia no dio nombres

Jean Moulin nació en 1899 en el sur de Francia. Su padre era maestro de escuela y socialista convencido, ideología que adoptó el hijo. El joven Moulin estudio derecho en Montpelier, mientras colaboraba como dibujante en una revista satírica.

La ocupación alemana de Francia acabó con la carrera de funcionario de Moulin, que pasó a la clandestinidad e hizo un gran esfuerzo para unir a los distintos grupos de la Resistencia. El 21 de junio de 1943, fue detenido por el tristemente famoso jefe de la Gestapo de Lyon, Klaus Barbie, que lo torturó personalmente durante dos semanas. Entre los instrumentos utilizados por Barbie había látigos, porras y un soplete. En un momento, Barbie puso lápiz y papel frente a Moulin para que escribiera los nombres de sus compañeros de la Resistencia.

En su lugar, Moulin dibujó una caricatura de su torturador. Murió poco después sin haber delatado a nadie.

Jean Moulin usaba siempre una bufanda con la que ocultaba la cicatriz de un intento de suicidio.

GETTY IMAGES

Pueblo arrasado por venganza

La frustración de los alemanes por los sabotajes del Día D llevó a una masacre de civiles.

El 9 de junio, tres días después del Día D, miembros de las SS de la división de blindados Das Reich atacaron la localidad de Tulle y ahorcaron en público a 99 de sus habitantes. Al día siguiente, soldados de la misma división entraron en Oradour–sur–Glane y encerraron a los hombres en graneros tras pegarles un tiro en la pierna para que no pudieran escapar. Luego prendieron fuego a los edificios. Las mujeres y los niños fueron quemados vivos dentro de una iglesia. Murieron 642 personas. El pueblo se conserva sin reconstruir en homenaje a las víctimas.

IMAGESELECT

El tiempo se detuvo el 10 de junio de 1944 en Oradour–sur–Glane.

grupo, como el ciclista Mercader, esperaban junto a la radio para oír la señal.

En 15 minutos, la BBC envió 200 mensajes cifrados. Ahora cada grupo sabía lo que tenía que hacer. En la localidad de Saint–Clair, cerca de la ciudad normanda de Caen, por ejemplo, un grupo de resistentes recibió la orden de entrar en acción. La tarea era parte del Plan Verde: debían hacer volar la línea ferroviaria que unía Caen y Laval, que era vital para el transporte de las tropas alemanas que combatirían la invasión aliada.

El líder del grupo, Jean Renaud–Dandicolle, que había saltado en paracaídas hacía unas semanas, entregó a cada uno de los cinco miembros una pistola, explosivo plástico y detonadores; todo era parte del equipo que, pocos días atrás, habían lanzado en plena noche aviones aliados.

Los hombres llegaron en bicicleta hasta la pequeña villa de Grimbosq, donde había un importante nudo ferroviario. Allí colocaron los explosivos bajo cuatro vías y se resguardaron tras un sitio seguro. La explosión hizo temblar el suelo y arrancó 50 metros de vía férrea.

Esa noche, se llevaron a cabo operaciones similares en toda Normandía. En 24 horas, la red de ferrocarril se vio afectada por un millar de actos de sabotaje: locomotoras destruidas, trenes descarrilados, puentes demolidos... El tráfico ferroviario total se redujo un 50 por ciento.

Los ferrocarriles eran especialmente importantes porque los alemanes transportaban a la mayor parte de las tropas y el equipo en tren. También se bloquearon carreteras con árboles talados y se cortaron líneas telefónicas.

El desembarco dio esperanzas

Simpatizantes de la Resistencia que trabajaban en el servicio postal y telegráfico indicaron cuáles eran los cables que usaban para comunicarse las unidades alemanas y cuáles conectaban el cuartel general alemán de París con el Alto Mando en Berlín. Todos fueron cortados por distintos sitios.

El sabotaje de líneas telefónicas obligó a los alemanes a comunicarse por radio, lo que facilitó que los servicios de inteligencia americanos y británicos interceptaran y descodificaran los mensajes.

El 6 de junio, Michel Béchet, de 22 años, oriundo de Gorron, cerca de Rennes, supo que el Día D tendría éxito: "¡Los aliados han desembarcado! Las noticias han empezado a circular a primera hora de esta mañana. Al principio, no me lo creía. Llevamos cuatro años esperando este día", escribió

Camino a la libertad

La invasión tuvo lugar con la marea baja para que las lanchas no detonaran las minas–trampa.

IMAGESELECT

6 de junio de 1944
Desembarco de Normandía

El 6 de junio de 1944, paracaidistas aliados saltan sobre Normandía para preparar el terreno para la invasión. De madrugada, miles de soldados toman al asalto las playas y hacen retroceder a los alemanes. La liberación de Francia está en marcha.

15 de agosto
Desembarco en el Mediterráneo

En un solo día, 94.000 soldados entran por la costa mediterránea. En la Operación Dragón también toman parte 843 barcos, 2.100 aviones y 350 tanques.

25 de agosto
Los alemanes abandonan París

Tras nueve días de huelga general y combates en las calles de París, los aliados llegan a la capital. Los alemanes se retiran con rapidez.

Béchet en su diario.

La perspectiva de una liberación inminente dio renovadas fuerzas a la Resistencia y permitió que el movimiento empezara a actuar a plena luz del día. Miles de hombres y mujeres que habían permanecido en casa por indiferencia o miedo salieron de las sombras luciendo el brazalete de las FFI con el objetivo de participar en la liberación de su país. Tras el Día D, las FFI sumaron unos 100.000 combatientes. Todos eran necesarios, ya que la lucha estaba muy lejos de haber terminado.

Alzamiento en la capital

El 15 de agosto de 1944, los aliados desembarcaron también en Marsella, en el sur de Francia (Operación Dragón), lo que sometía a los alemanes a una presión por dos flancos distintos. Ese mismo día se declaró una huelga general en París.

Desde Alemania, Hitler ordenó que la capital francesa fuera reducida a escombros antes de la llegada del enemigo. Para no provocar a los alemanes, el comandante en jefe aliado, Dwight D. Eisenhower, decidió que las fuerzas aliadas dejaran París a un lado y pusieran rumbo a Alemania.

Entretanto, la huelga general parisina se convirtió en un alzamiento en toda regla, con barricadas en las calles y enfrentamientos entre miembros de la Resistencia y soldados alemanes.

Para entonces, las Fuerzas Francesas Libres combatían junto a los aliados en Francia, pero a la luz de los acontecimientos parisinos se temió que la ciudad corriera la misma suerte que Varsovia, que había sido brutalmente aplastada tras un alzamiento popular. Los soldados franceses desobedecieron las órdenes y se encaminaron hacia la capital.

Las fuerzas aliadas llegaron la tarde del 24 de agosto y, al día siguiente, los alemanes se rindieron. De Gaulle se trasladó rápidamente a París para estar presente en el desfile de la victoria.

El éxito de la invasión aliada de Francia no habría sido posible sin la Resistencia, pero el precio fue muy alto: se estima que la participación en este movimiento costó la vida a unos 100.000 civiles. Solo en los días posteriores al desembarco, murieron más de 3.000.

Posdata: El ciclista Guillaume Mercader recibió varias condecoraciones después de la guerra y se convirtió en líder de un equipo profesional de ciclismo.

El jefe de Estado del régimen de Vichy, Philippe Pétain, fue condenado por traición y pasó el resto de su vida en la cárcel.

De Gaulle estuvo al frente del gobierno provisional de Francia hasta 1946, cuando cayó en desgracia por exigir una reforma constitucional que fortaleciera al Ejecutivo. Fue presidente de Francia entre 1959 y 1969. ■

Los miembros de la Resistencia ayudaron a los soldados aliados a acabar con las últimas bolsas de oposición alemana de París.

IMAGESELECT

Al día siguiente de la liberación, De Gaulle participó en un desfile en París.

IMAGESELECT

16 de diciembre
Fracaso en las Ardenas

Hitler ha preparado a sus tropas para una contraofensiva en las Ardenas. Tras un avance inicial, los alemanes se quedan sin combustible y, el 8 de enero, tienen que desistir

7 de mayo de 1945
Rendición alemana

Alfred Jodl, jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht, firma la capitulación en Reims.

Alfred Jodl firmó la rendición alemana el 7 de mayo de 1945.

2 de junio de 1946
Elecciones libres

Los franceses eligen una nueva Asamblea Constituyente. Los vencedores son los demócrata–cristianos (MRP), los comunistas y los socialistas (SFIO).

El Día D visto por los alemanes

Los alemanes llevaban meses esperando una invasión inevitable. A lo largo de las playas normandas, jóvenes soldados se apiñaban en pequeños búnkeres con municiones insuficientes. De pronto, un día las tropas aliadas por fin llegaron. Con fuego de ametralladora, los alemanes convirtieron la playa en un baño de sangre, pero enseguida comprendieron que no había ninguna posibilidad de victoria y que solo quedaba un posible objetivo: sobrevivir al Día D.

ANNET MACKIE/HBO & IMFDB.ORG

Por Troels Ussing

Heinrich Severloh se quedó paralizado por el espectáculo que tenía delante. Llevaba meses observando el Canal de la Mancha desde su puesto en las ventosas dunas de Normandía y, ahora, a las 05:30 del 6 de junio de 1944, acababa de ver lo que había temido todo ese tiempo: unas manchas pequeñas y negras en el horizonte. El cabo de 20 años y sus compañeros del *Widerstandsnest 62* (Nido de Resistencia 62) comprendieron que la largamente esperada invasión aliada empezaría en apenas unos minutos. La sorpresa era que eso ocurriera justamente allí, que les hubiera tocado a ellos. El WN62 era uno de los 14 búnkeres de Omaha Beach.

"La armada más potente de todos los tiempos: una interminable línea de buques de guerra", recordaría luego Severloh. Ese día cayó hipnotizado por la imagen de la flota que se acercaba hasta que un zumbido oído en la distancia lo sacó de su ensoñación.

"Los bombarderos se aproximaban como fantasmas por un cielo gris, encapotado, y el zumbido fue creciendo hasta convertirse en un trueno infernal".

La primera bomba cayó 50 metros por detrás de la posición del cabo y levantó montones de tierra y trozos de caliza. Los hombres se tiraron al suelo o se metieron a toda prisa en los búnkeres para protegerse.

No muy lejos de allí, el soldado Franz Gockel, de 18 años, se encogió horrorizado sobre su ametralladora polaca. "Nos vimos rodeados de escombros y en medio de una nube de humo –recordó luego–. Con polvo en los ojos y los oídos y arena entre los dientes".

El joven alemán parpadeó al ver que los buques estaban lo suficientemente cerca de la costa como para disparar. De pronto los tremendos cañones brillaron con destellos rojos y anaranjados. La descarga golpeó las posiciones alemanas como un "muro de fuego", según Gockel, que empezó a rezar para calmar los nervios e intentó no pensar en la abrumadora superioridad de la fuerza a la que se enfrentaban. Pero, incluso mientras rezaba, dentro de su cabeza podía oír su propia voz que le decía: "No sobreviviré a esto, no sobreviviré a esto".

La "zona mortal" debía evitar la invasión

A finales de 1943, Hitler y sus generales no tenían ninguna duda de que las fuerzas aliadas intentarían desembarcar en el continente europeo al año siguiente. La pregunta era dónde lo harían. »»

El Muro Atlántico se extendía a lo largo de la costa occidental de Europa, desde Noruega hasta el golfo de Vizcaya, pero, a pesar de que la propaganda aseguraba que había sido construido con "fanático celo" y que era "infranqueable", nunca llegó a otorgar la protección que se anunciaba.

En noviembre de 1943, Erwin Rommel recibió el encargo de supervisar la construcción del Muro y lo primero que experimentó fue un sentimiento de frustración. Sin duda había miles de búnkeres, baterías costeras y nidos de ametralladoras, pero también muchos agujeros a lo largo de toda la línea. Rommel puso rápidamente a sus hombres a trabajar. Soldados como Severloh y Gockel tuvieron que arremangarse junto a prisioneros de guerra para hacer agujeros en la playa en los que se instalaron postes de madera rematados por una mina en la punta; también se pusieron barreras defensivas llegadas de los territorios ocupados de Bélgica y Checoslovaquia y se enterraron más minas –millones– bajo la arena; además de todo ello, se cavaron trincheras a una distancia mínima de 500 metros de la orilla. Así se formó lo que Rommel llamaba una "zona de muerte".

"Creo que ganaré la batalla defensiva en el oeste si tengo tiempo para prepararla –escribió con optimismo Rommel a su mujer en la primavera de 1944–. Creo que podemos repeler la invasión".

El gran problema del mariscal era que el tiempo corría, y muy rápido. En el Alto Mando alemán, todos pensaban que el desembarco aliado tendría lugar a comienzos de junio. Roosevelt y Churchill disfrutaban de dos ventajas clave sobre los defensores: una abrumadora superioridad numérica y soldados con mejor entrenamiento.

Gran parte de las fuerzas de defensa alemanas estaban formadas por hombres sin experiencia o prisioneros de guerra que habían eludido el cautiverio alistándose en la Wehrmacht. Pero el mayor problema de los alemanes eran la Armada y el deplorable estado de la Luftwaffe en el Frente Occidental, lo que significaba que no tenían buques de guerra, ni submarinos, ni aviones.

> **"La armada más potente: una interminable línea de buques de guerra"**
>
> HEINRICH SEVERLOH, CABO ALEMÁN, 1944

Fieles a sí mismos, Hitler y su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, decidieron ignorar esas lúgubres perspectivas.

"¡Estamos listos! Si llega el enemigo, nuestros soldados le darán una lección", fanfarroneó Goebbels pocos días antes del desembarco.

Y, en un mensaje dirigido a las tropas que se encontraban en territorio francés, el Führer también se expresó con una vehemencia y una confianza totalmente injustificadas:

"Sé, mis heroicos soldados, que todos tenéis la voluntad de luchar por un futuro venturoso para nuestro pueblo en los próximos días, y de asegurar ese futuro. Dondequiera que el enemigo ataque, debe ser destruido. En ninguna costa defendida por nosotros conseguirá afianzarse el enemigo. La victoria será nuestra".

La realidad les demostraría a ambos que estaban muy equivocados.

Empiezan a caer las bombas

Nada parecido al discurso triunfalista de Hitler y Goebbels tenían en la cabeza Severloh, Gockel y sus camaradas de Omaha Beach cuando, en apenas media hora, les cayeron encima más de 10.000 bombas y proyectiles.

El *gefreiter* (cabo) Gustav Winter se encontraba en un búnker a un kilómetro de las posiciones de Severloh y Gockel, y también sintió la potencia del bombardeo aliado. Junto a su cargador checo de 17 años, Winter era responsable de defender el Nido de Resistencia 68, situado en uno de los acantilados de menor altura de Omaha.

"Cada vez que uno de los proyectiles de los barcos explotaba cerca, la onda expansiva viajaba por la tierra y traspasaba la paredes del búnker. Era como un puñetazo en el estómago. Sentíamos los golpes una y otra vez como patadas en la barriga. El dolor de oídos era terrible", recordó Winter. Mientras, el cargador checo yacía en el suelo, llorando.

A las 06:15, los hombres del WN 62 pudieron ver a través del humo que cientos de lanchas de desembarco surcaban las olas de metro y medio para acercarse a la costa.

Severloh corrió hasta el búnker de comunicaciones. "¡Ya llegan! ¡Están desembarcando!", gritó, y luego regresó haciendo zigzag hasta su propio búnker, donde esperaba uno de sus compañeros. Allí comprobó a toda prisa que su ametralladora MG42 estuviera bien montada en el soporte mientras el otro

Los aliados tenían que cruzar 500 metros de playa abierta sometidos al terrible fuego de las ametralladoras MG42 alemanas, que disparaban 1.200 balas por minuto.

BARCH 1011-291-1213-34

soldado cargaba la cinta de municiones Mauser de 7,92 mm.

"Ovejas al matadero"

Severloh observó cómo las lanchas de desembarco se acercaban a la costa como hormigas caminando por las olas. El corazón le latía con fuerza. A todos les sorprendía que los aliados hubieran decidido atacar con marea baja. Esto les permitía evitar defensas como los postes con minas y las puertas de hierro, pero, a cambio, tendrían que recorrer 300 metros de playa sin ningún tipo de protección hasta que pudieran resguardarse tras un muro.

A las 06:30, las primeras lanchas Higgins empezaron a bajar las rampas y los soldados salieron con sorprendente calma. En algunos sitios, la profundidad era aún mucha y los hombres se hundían, tras lo cual tenían que nadar hasta que hacían pie. Luego caminaban trabajosamente por el agua en filas, como si simplemente estuvieran en unas maniobras. En la costa, los alemanes todavía no habían abierto fuego. Les habían ordenado que esperasen hasta que los invasores se encontrasen a 400 metros de distancia, con el agua a la altura de las rodillas.

"Los americanos avanzaban por las olas con gran esfuerzo, cargados con armas y mochilas, despacio y sin ningún tipo de protección. Teníamos plena consciencia de que esos hombres habían sido enviados a la muerte como ovejas al matadero", dijo más adelante Severloh.

Desde el pequeño búnker, a 25 metros de altura en la cima del acantilado, la vista era perfecta. A Severloh le costaba esperar para apretar el gatillo. La MG42, con una cadencia de fuego de 1.200 balas por minuto, era conocida como la *Hitlersäge* (la sierra circular de Hitler).

"¡Pobres desgraciados!", murmuró el superior de Severloh, el *Oberleutnant* Bernhard Frerking, cuando el enemigo estaba llegando a la marca de 400 metros.

Y enseguida, a lo largo de todos los búnkeres y nidos de ametralladoras de Omaha Beach, se oyó la orden: "*¡Los!* (¡Abran fuego!)".

Había llegado el momento de masacrar al enemigo.

Baño de sangre en Omaha

De repente, ametralladoras, morteros y cañones desataron un infierno sobre la playa e hicieron trizas a las indefensas tropas americanas. Por el aire volaban brazos y piernas amputados por las brutales descargas de las armas alemanas; las lanchas de desembarco quedaban hechas añicos y se deshacían en trozos de metal y madera que atravesaban el aire como flechas. Severloh barría con la ametralladora de un lado a otro: "Podía ver claramente cómo saltaba el agua con la balas de mi ametralladora –escribió–. Eran como pequeñas fuentes y los americanos entraban en pánico cuando las veían acercarse".

Los soldados aliados se arrastraban desesperadamente hacia las defensas que los alemanes habían instalado en la playa –las estructuras conocidas como puertas belgas y erizos checos– en busca de protección. A la vez, seguían llegando nuevas lanchas, cada una con grupos de treinta hombres.

"Cuando veía acercarse las lanchas, me concentraba en las rampas y, en cuanto iban a saltar, abría fuego. A veces usaba el fusil y así podía apuntar a soldados concretos y darle tiempo a »

GETTY IMAGES

El Día D, la aviación aliada lanzó 3.175 toneladas de bombas.

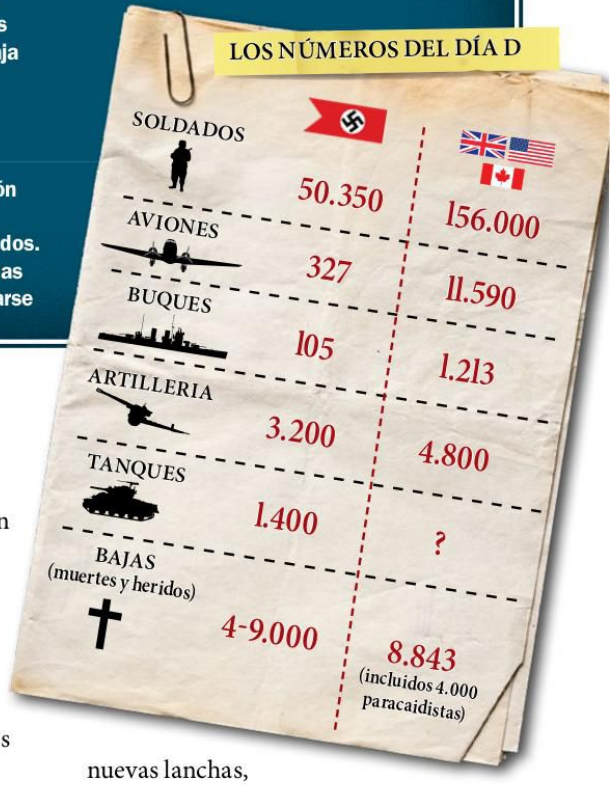
Alemania fue por detrás desde el primer disparo

Los alemanes estaban en desventaja en todos los aspectos. En especial, la superioridad aérea aliada convertía la defensa de la costa en una misión imposible.

A primera hora de la mañana del 6 de junio de 1944, una enorme fuerza invasora formada por 156.000 soldados zarpó rumbo a las costas de Normandía. Los aliados triplicaban en número a los alemanes, pero estos contaban con la ventaja de la posición, lo que obligaba a los invasores a asaltar un costa defendida por miles de cañones y piezas de artillería. Sin embargo, cuando apareció una flota de 6.939 buques entre los que había acorazados con cañones tan potentes como los de la Wehrmacht, esa ventaja resultó poco más que un premio de consolación.

Las limitadas existencias de proyectiles y balas de ametralladora llevaron a los alemanes a una situación desesperada en la que, a la larga, resultaría imposible detener a los aliados. Estos contaban con 450.000 toneladas de munición y no tenían que preocuparse por problemas de desabastecimiento.

Con todo, la principal desventaja a la que se enfrentaban los defensores era la absoluta supremacía aérea enemiga. Los aliados pudieron realizar bombardeos de área tanto en la costa como en el interior sin encontrar mayor resistencia, ya que, para entonces, la Luftwaffe prácticamente no tenía aviones disponibles en el Frente Occidental.



la ametralladora para que se enfriase", contó Severloh.

Acabada la guerra, el hombre que acabaría siendo conocido como "la bestia de Omaha" admitió:

"No sé a cuántos maté. Fue horrible. Solo de pensar en ello me entran ganas de vomitar. Acabé con una lancha de desembarco casi entera. El agua estaba toda roja alrededor".

No muy lejos del búnker de Severloh, se encontraba Franz Gockel con el dedo pegado al gatillo de su ametralladora polaca. El joven de 18 años se había recuperado de la conmoción del bombardeo inicial y había asumido el papel de verdugo. En las raras ocasiones en que dejaba de disparar para que se enfriase el arma, Gockel miraba y hacía balance de la masacre.

"Tantos cadáveres en la playa y seguían llegando nuevos soldados. No lo podíamos entender".

El flujo interminable de tropas obedecía al hecho de que los aliados contaban con enormes recursos. Además de los soldados, al inicio del desembarco circularon por la playa tanques anfibios y buldóceres blindados que levantaban cascadas de agua y arena y servían para que los hombres se pusieran a cubierto.

Cuando el reloj dio las 10:30, miles de soldados se resguardaban ya sobre el rompeolas de la playa. Severloh y Gockel observaron cómo las tropas enemigas, apoyadas por destructores y tanques Sherman, atravesaban un campo minado y se acercaban a la base de los acantilados. A la vez, ambos comprobaron que las reservas de munición escaseaban. Ahora empezaban a sentir miedo de verdad.

Paralizado por el horror

Winter y su ayudante checo oyeron entonces el ruido de un Sherman que se acercaba y vieron que un grupo de compatriotas salía huyendo de detrás de unas dunas. Mientras los seguían con la vista, la explosión de un proyectil los convirtió en una masa de carne y fragmentos de hueso que voló por el aire.

"Me dio pavor la posibilidad de morir así", recordó Winter. Segundos más tarde, en medio de una nube de arena surgió un tanque que subía por la duna.

"Fue para mí una sorpresa enorme porque no pensaba que pudieran salir de la playa, pero disparé inmediatamente. Era un tanque de la clase Sherman, con un perfil muy alto, y presentaba un blanco fácil, más aún con la estrella blanca pintada en el frente", dijo.

Winter observó atónito cómo el proyectil rebotaba en el blindaje y explotaba por detrás. El Sherman respondió con una ráfaga de ametralladora que destrozó la mira de su arma y luego disparó un proyectil que destruyó la torreta del búnker y acabó en el pecho del cargador checo. El impacto mató al ayudante pero restó fuerza al proyectil, que de otra forma habría rebotado y acabado también con Winter.

"Y así este pobre chico que apenas necesitaba afeitarse la barbilla me salvó la vida. Murió al instante, a mi lado, y ese

Las defensas de Hitler estaban pensadas para marea alta

Las playas normandas presentan una diferencia de 300 metros de ancho entre la marea alta y la baja. Los alemanes habían preparado sus defensas en Omaha Beach convencidos de que el enemigo atacaría con marea alta para tener que recorrer solo 200 metros de playa bajo fuego alemán. Pero los aliados llegaron con marea baja, lo que les permitió neutralizar muchas de las trampas alemanas.

THE MAGAZINE/THE NATIONAL WWII MUSEUM, WIKIA & BARCH 101-299-1825-06A

Los aliados desembarcaron en cinco playas distintas el Día D, pero los combates más duros tuvieron lugar en OMAHA BEACH.

La aviación y los paracaidistas aliados impidieron que los TANQUES alemanes, situados tierra adentro, llegaran a las playas.

Muchos de los alemanes que combatieron en Omaha eran veteranos del Frente Oriental.

fue para mí el fin del búnker".

El cabo observó que las dunas se llenaban de tanques y soldados y supo que había llegado el momento de marcharse. Uno de los americanos llevaba un lanzallamas con el que apuntaba hacia una posición antitanque situada a unos 100 metros del búnker de Winter. De pronto, el lanzallamas escupió una lengua de fuego que, con enorme fuerza, envolvió el cañón y a los hombres que lo disparaban.

Esta escena la presenció Winter después de deslizarse por la trampilla lateral de la torreta y escapar por detrás de la estructura de hormigón. Luego vio con horror que las dunas que tan bien conocía estaban llenas de cráteres y trozos de cuerpos humanos y que por todas partes había remolinos de humo y polvo.

"La arena era un completo infierno –recordó–. Un completo infierno".

Winter se escondió detrás de la torreta mientras a su lado pasaban soldados americanos. Al final, uno advirtió su presencia y le pegó con la culata del rifle en la cara: »

La invasión ideal

Las defensas alemanas de Omaha Beach habían sido preparadas para una invasión con marea alta, tal como aparece aquí:

1 Puertas belgas para detener barcos
Elemento defensivo consistente en unas grandes estructuras metálicas de 3 metros de ancho por 2 de alto y 1.280 kilos de peso. Los alemanes las robaron durante la invasión de Bélgica y las utilizaron para detener embarcaciones.

2 Minas para hacer volar a los aliados
Se colocaron postes de madera con minas en la punta –los llamados "espárragos de Rommel"– y rampas construidas con troncos y también minadas para hundir las embarcaciones que se acercaran a la costa.

3 Erizos checos contra tanques y lanchas
Los erizos checos eran estructuras de un metro y medio de alto formadas por barras de hierro angulares que se usaban contra lanchas de desembarco y tanques. Eran de las pocas defensas que servían con marea baja.

4 Problemas para desembarcar
Un dique formado por un muro de piedra y una larga línea con rollos de alambre de espino marcaba el punto más alto de la marea. Para pasar, los invasores tenían que abrir brechas usando los explosivos conocidos como torpedos Bangalore.

Obstáculos en el agua

5 Peligros en la arena
En los últimos 200 metros de playa, había minas enterradas, vallas de alambre de espino y un acantilado de 50 metros que los invasores debían escalar bajo el fuego de las ametralladoras alemanas.

6 Búnkeres en todas las carreteras
A lo largo de Omaha Beach, había catorce grandes búnkeres con cañones, morteros y ametralladoras. Estaban situados estratégicamente para cubrir todas las carreteras que partían de la playa.

Obstáculos en tierra

CLAUS LUNAU/HISTORIE & BARCH, 101I-719-0243-33

Si los aliados hubieran desembarcado con marea alta, las embarcaciones habrían subido por las rampas y chocado contra las minas.

"Tenía montada la bayoneta y creo que me la iba a clavar –explicó Winter–, pero de pronto una explosión lo distrajo".

El enemigo seguía pasando cerca y Winter notó que muchos llevaban aún el uniforme mojado y que estaban intentando asegurar un camino que les permitiera pasar tierra adentro. De repente, otro soldado americano lo agarró, le pegó una patada y le indicó que bajara hacia la playa.

Cuando llegó al pie del acantilado, lo esposaron y lo pusieron junto a otros prisioneros alemanes. Estuvo observando toda la extensión de arena, desde la orilla, en la que la marea depositaba cuerpos de americanos muertos, hasta el pie del acantilado, donde había cadáveres de compañeros alemanes carbonizados que habían caído desde sus puestos defensivos. Winter nunca podría olvidar ese terrible espectáculo: "Era una imagen que habría llenado de tristeza hasta al hombre más valiente. Los prisioneros alemanes estábamos allí todos mudos, contemplando...".

Huida de la playa

Para las 13:00, los aliados habían desembarcado ya a 19.000 hombres y los buldóceres recorrían la playa eliminando obstáculos para que pudieran avanzar los tanques. La invasión había empezado por el este de Omaha, donde estaba situado Winter; a un kilómetro de allí, Gockel resistía en su pequeño búnker.

La ametralladora había quedado inutilizada por el impacto de un proyectil, por lo que el joven disparaba ahora con su Karabiner 98k. Ya a punto de desfallecer, se metió en el búnker de la tropa a buscar algo de comida y, al salir, un disparo le atravesó la mano izquierda y le dejó "tres dedos colgando de unos tendones destrozados".

"El pasaporte de vuelta a casa", le dijo el soldado que le prestó los primeros auxilios, refiriéndose con envidia a la llamada *Heimatschuss* (herida lo suficientemente importante como para salir del campo de batalla, pero que no pone en peligro la vida).

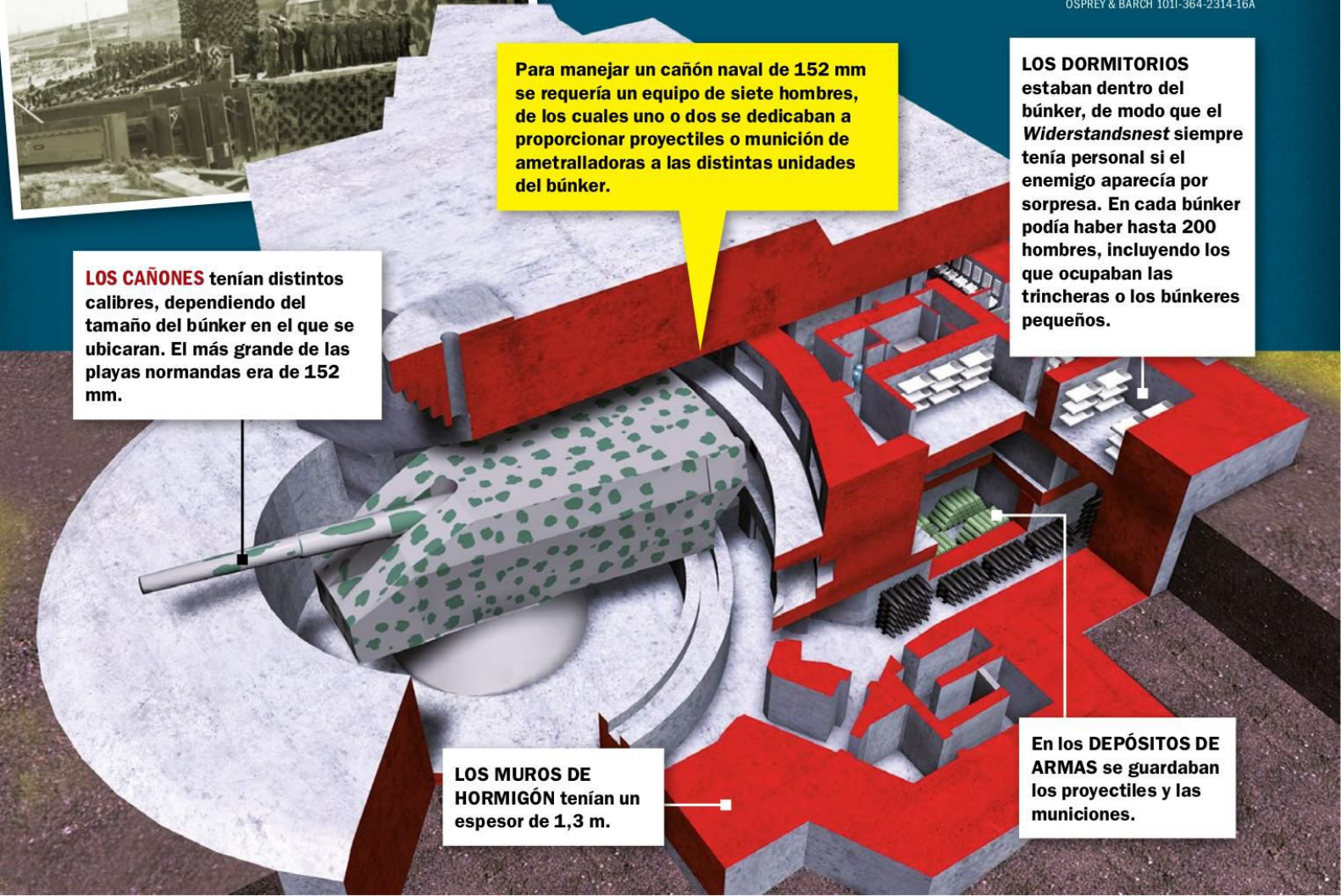
Una vez vendado, Winter recibió autorización para abandonar el frente.

La batería de Longues-sur-Mer, situada cerca de Omaha Beach, tenía cuatro cañones navales de 152 mm que bombardearon a los buques que se aproximaban durante la invasión.

Grandes búnkeres de hormigón unían el Muro Atlántico

A lo largo de la costa occidental europea, los alemanes construyeron *Widerstandsnesten* (nidos de resistencia): grandes búnkeres con potentes cañones rodeados de búnkeres más pequeños y trincheras.

OSPREY & BARCH 101I-364-2314-16A



Luego caminó por carreteras secundarias, intentando evitar a los americanos, hasta que encontró un camión que transportaba a otros heridos. Según se dirigían a la enfermería de Balleroy, a 15 kilómetros de la costa, miró por un agujero en la lona y vio el efecto de los bombardeos aliados: "Ganado muerto en los pastizales; las unidades de suministro también habían tenido su ración de víctimas".

Por el camino tuvieron que detenerse varias veces porque había vehículos quemados que bloqueaban el paso; en las cunetas agonizaban compañeros heridos. Tanta destrucción conmocionó a Gockel, cuyo único consuelo era pensar en que pronto regresaría a Alemania.

Mucho más lejos quedaba esa perspectiva para Heinrich Severloh, que a las 14:30 se había quedado sin municiones y tuvo que alimentar la MG42 con trazadoras. Eran igual de efectivas que las balas, pero tenían el problema de que revelaban su posición.

En solo diez minutos, la violencia de los proyectiles enemigos le había sacado cuatro veces del sitio. Los pulmones se le llenaban de humo y no podía respirar; le retumbaban los oídos. Desorientados e incapaces de ver lo que estaba ocurriendo fuera, Severloh y sus compañeros pensaron que quizás esa era la última oportunidad de escapar.

Salieron y echaron a correr encorvados, buscando refugio en los cráteres dejados por las bombas, hasta que Severloh se detuvo a esperar a los que venían detrás. Al cabo de varios minutos, llegó uno solo. Todos los demás habían caído, incluyendo al teniente Bernhard Frerking, amigo íntimo de Severloh.

Siguió una huida de cinco kilómetros, durante la cual tuvieron que cambiar de rumbo varias veces para evitar a los americanos, hasta que al fin llegaron al cuartel del batallón, en la localidad de Colleville. Allí se tumbaron, agotados, y a Severloh le curaron varias heridas que tenía en la cara. Entre todas las desalentadoras noticias, el cabo pudo oír una conversación entre dos oficiales que le dio una brizna de esperanza:

"Estamos esperando los tanques –dijo uno de ellos–. Vamos a echar a los americanos a patadas".

El día más largo

Nadie en el cuartel tenía verdadera conciencia de hasta qué punto la situación era desesperada, ya que las unidades Panzer que se suponía que iban a repeler la ofensiva se encontraban en serios aprietos. En muchos sitios, los paracaidistas aliados se habían hecho con el control de puentes y carreteras, y la aviación y la flota aliada habían destruido los tanques que conseguían aproximarse a la costa.

GETTY IMAGES

Los aliados construyeron puertos móviles –los puertos Mulberry– para desembarcar tropas y suministros tras el Día D.

> **"Estamos esperando los tanques. Vamos a echar a los americanos a patadas"**
>
> OFICIAL ALEMÁN, 1944

Rommel bautizó el 6 de junio de 1944 como "el día más largo", y su pesimismo estaba más que justificado. Los aliados consiguieron establecer cabezas de playa en las cinco playas del desembarco y, en algunos casos, llegaron a controlar ocho kilómetros hacia el interior. Por la tarde, se recibió un informe de situación en el que se estimaba que el enemigo estaba desembarcando un tanque por minuto. En el fondo, Rommel y sus generales sabían que los aliados habían conseguido una posición firme en la costa francesa. El Muro Atlántico no había sido suficiente para detenerles.

Ese 6 de junio, también cayó Colleville. Severloh y varios de sus compatriotas consiguieron escapar antes de que entraran los tanques Sherman. Partieron aprovechando la oscuridad y enfilaron hacia el sur con la esperanza de unirse a otras fuerzas de la Wehrmacht, pero a los pocos kilómetros se vieron acorralados por el fuego de las ametralladoras aliadas y tuvieron que buscar refugio.

"Teníamos que admitir que la guerra había evolucionado al margen de nosotros y que ahora éramos un grupo pequeño y perdido, escondido en un agujero húmedo en algún lugar del fin del mundo", escribió Severloh más tarde.

A medida que avanzaba la noche, el cabo fue cayendo en la desesperación: "Toda esa lucha, el sacrificio personal, la enorme exigencia física y mental, el miedo, el dolor, la terrible matanza... ¿No habían servido para nada? Pensé en Frerking y los ojos se me llenaron de lágrimas".

Severloh y sus compañeros se levantaron con la luz del amanecer y, desarmados y con las manos en alto, fueron caminando por la densa maleza hasta un prado cercano, donde les esperaban las tropas aliadas. Exactamente 24 horas antes había comenzado la invasión. La guerra, para Severloh, había terminado. ■

En las empinadas laderas del monte Cassino, los paracaidistas alemanes ofrecieron una resistencia que los aliados nunca olvidarían.

GETTY IMAGES

Los paracaidistas alemanes no se rinden

Tras dos intentos fracasados de tomar Montecassino (Italia), en marzo de 1944 los aliados decidieron poner todos los medios necesarios para acabar con los paracaidistas alemanes que defendían esa posición. En el ataque participaron 800 bombarderos y casi 1.000 cañones, que redujeron a polvo todo lo que tenían delante. Pero la élite de los soldados nazis se resistía a capitular.

Por Niels-Peter Granzow Busch

Los alemanes pudieron oír los aviones mucho antes de verlos. El zumbido de innumerables bombarderos aliados llenaba los desfiladeros y reverberaba en el paisaje montañoso de los alrededores de la abadía de Montecassino, 120 kilómetros al sudeste de Roma. Eran las 08:30 de la mañana del 15 de marzo de 1944. Desde su posición en la ciudad de Cassino, varios centenares de metros más abajo, el teniente Schuster y los hombres de la 1ª División de Paracaidistas alemanes vieron claramente la llegada de los primeros bombarderos y, ocultos en sus hoyos de protección, contuvieron el aliento mientras esperaban que cayeran las bombas. En grupos de tres, la mayor fuerza de bombarderos jamás vista en el Mediterráneo soltó su mortífera carga sobre la ciudad y sus aguerridos defensores.

Luego llegó el turno de la artillería. Durante horas llovieron proyectiles que convirtieron en polvo tanto las casas como a las personas.

"Respirar se convirtió en algo urgente, desesperado. Teníamos que evitar a toda costa quedar enterrados y morir de asfixia", escribió luego Schuster.

Una vez que se hubo asentado el polvo, la infantería y los tanques aliados entraron en las ruinas de la ciudad. Ya habían intentado conquistar Montecassino dos veces y pensaban que a la tercera lo conseguirían. Daban por sentado que nadie podía haber sobrevivido a semejante infierno, así que treparon despreocupados por las montañas de escombros y hierros retorcidos.

De pronto, se oyó el feroz tableteo de una ametralladora y, segundos más tarde, un proyectil antitanque perforó el blindaje del tanque principal. A lo largo de las horas siguientes, quedó claro para todo el mundo que los alemanes estaban lejos de conceder la derrota.

La tercera batalla de Montecassino sería la más dura. Contra todo pronóstico y ampliamente superados en número, los paracaidistas de la Wehrmacht consiguieron mantener la posición y por ello fueron reconocidos como "los mejores soldados del mundo" incluso por los aliados.

Italia cambia de bando

La tercera batalla de Montecassino fue la culminación de una campaña de casi siete meses por Italia que, según el primer ministro británico, Winston Churchill, iba a durar solo unas pocas semanas. El 2 de octubre de 1943, Churchill le había enviado un telegrama al mariscal Alexander, »

comandante de las fuerzas aliadas de Italia, en el que le decía que se verían a fin de mes en Roma. Había subestimado gravemente la capacidad de las fuerzas alemanas. Solo después de nueve meses de combates, el más violento de los cuales tuvo lugar en Montecassino, consiguieron los aliados entrar en la Ciudad Eterna.

La lucha por Italia la desencadenaron los propios italianos. En julio de 1943, Mussolini fue derrocado y detenido, tras lo cual el nuevo gobierno inició conversaciones secretas con los aliados. Cuando el 8 de septiembre se anunció la capitulación italiana, Alemania respondió desafiante. La Wehrmacht ocupó enseguida Roma y se enviaron tropas al sur del país.

En agosto, los aliados habían tomado Sicilia y, al día siguiente de la capitulación, desembarcaron en Salerno, 50 kilómetros al sur de Nápoles. Aquí fueron atacados por tropas alemanas que tuvieron que retirarse enseguida dada la clara superioridad aliada en aviones y barcos; tras cuatro años de guerra, poco quedaba de las flotas naval y aérea del Tercer Reich.

Aun así, el mariscal de campo Kesselring, comandante en jefe de las fuerzas alemanas de Italia, tenía un plan. Dado que la defensa del sur de Italia era demasiado difícil, se propuso retrasar el avance aliado lo suficiente como para establecer una línea defensiva más al norte.

El mariscal de campo Kesselring, conocido como "Albert el sonriente", dirigió a las fuerzas alemanas de Italia.

IMAGESELECT

A unos 120 kilómetros al sudeste de Roma, hay dos cadenas montañosas – los montes Auruncos, al oeste, y los grandiosos Apeninos al este– que cortan Italia en dos de costa a costa. Fue aquí donde las tropas de ingeniería alemanas empezaron a construir la llamada Línea Gustav, que debía frenar al enemigo. El único sitio por el que los aliados podrían cruzar la línea con sus tanques era el valle del Liri, pero para ello debían atravesar las montañas en la ciudad de Cassino.

La elevación más importante era el monte Cassino, de 516 metros, desde donde los alemanes podían vigilar los movimientos aliados y disparar contra sus tanques con piezas de artillería. Hitler, en consecuencia, ordenó que Montecassino se mantuviera a cualquier precio.

Los aliados se estrellan contra un muro

El plan del mariscal Kesselring funcionó incluso mejor de lo esperado. La fiera resistencia alemana y unas condiciones meteorológicas especialmente desfavorables hicieron que los aliados no alcanzaran la Línea Gustav hasta mediados de noviembre de 1943. El mismo Churchill tuvo que reconocer que sus predicciones habían quedado despedazadas:

"No hay ninguna perspectiva de tomar Roma en 1943", dijo. Los meses siguientes le reservaban nuevas frustraciones.

A mediados de enero de 1944, los aliados intentaron romper las defensas de Montecassino por primera vez. Tropas americanas y de la Argelia francesa encabezaron el ataque contra los alemanes, que habían reforzado la ciudad de Cassino y las colinas situadas justo detrás.

Poco después, 50.000 soldados aliados desembarcaron en Anzio, 50 kilómetros al norte de Cassino, para obligar a Kesselring a enviar allí tropas y debilitar así su posición. Pero la fuerza invasora se retrasó tanto en salir de la cabeza de puente de Anzio que Kesselring pudo mandar tropas desde otras partes de Italia y mantuvo la posición de Montecassino intacta.

Para llegar a Cassino, los americanos tenían que cruzar primero el río Rápido, cuyos alrededores los alemanes habían sembrado de minas y convertido en una trampa mortal. El resultado fue un baño de sangre. Los combates se alargaron durante tres semanas y, al final, los atacantes tuvieron que desistir. La primera batalla de Cassino se saldaba con 2.500 bajas aliadas. Las pérdidas alemanas también eran importantes y las tropas se encontraban en estado de *shock*.

> **"El estancamiento de la campaña en el frente italiano se ha convertido en un escándalo"**
>
> WINSTON CHURCHILL

"No queda ni un solo hombre de los que originalmente componían mi escuadrón y, por lo visto, ocurre lo mismo en toda la compañía", escribió un soldado alemán a su padre.

A diferencia de los alemanes, los aliados tenían acceso ilimitado a nuevas tropas, y los soldados estadounidenses fueron sustituidos por unidades de la India y Nueva Zelanda. Estas fuerzas habían combatido contra los alemanes en el norte de África y se encontraban entre las mejores de las que disponían los aliados. Ahora debían aplastar las defensas de Montecassino.

Destrucción de la abadía

La segunda batalla de Montecassino comenzó el 15 de febrero, pocos días después del fin de la primera. Para asombro de los alemanes, los aliados empezaron por lanzar 14.000 toneladas de bombas sobre la abadía medieval situada en la cima del monte. Fue un ataque inútil. Debido a su valor histórico, Kesselring había prohibido a sus fuerzas que usaran la abadía y el efecto principal fue que murieron 250 civiles italianos que se habían refugiado dentro.

Aunque en la misma abadía no había tropas alemanas, las bombas cayeron sobre varias posiciones en la montaña y causaron un gran número de bajas. Sin embargo, los aliados no supieron aprovechar esa ventaja por falta de coordinación con la infantería, que no atacó hasta el día siguiente, y para entonces los alemanes ya estaban preparados. Los combates duraron tres días, tras los cuales los aliados tuvieron que suspender la ofensiva. Esto supuso un nuevo disgusto para Churchill. "El estancamiento de la campaña en el frente italiano se ha convertido en un escándalo", declaró.

Del lado alemán, se palpaba la satisfacción, si bien Kesselring sabía que era solo cuestión de tiempo que el enemigo atacara de nuevo y, probablemente, con más fuerza. Por eso encomendó a los paracaidistas la defensa del monte y la ciudad de Cassino. Ahora que la abadía yacía en ruinas, los escombros servirían de protección.

Los paracaidistas eran la élite del ejército alemán y habían demostrado su valía en episodios como la toma del fuerte belga de Eben–Emael, en 1940, o la ocupación de Creta, en 1941. En Italia llevaban luchando sin descanso desde el desembarco aliado de Salerno, cuatro meses antes, del que habían salido agotados y diezmados. Sabían, sin embargo, que su participación era crucial y, con un armamento reducido en el que solo había unos pocos cañones, se prepararon para defender la posición.

Bombardeo de área sobre Cassino

A cargo del nuevo plan de ataque aliado estaba el general Bernard Freyberg, que tres años antes se había enfrentado a los paracaidistas alemanes en Creta y había perdido. Es posible que fuera esa amarga experiencia lo que le llevó a decidir que la siguiente ofensiva contra Montecassino empezaría con uno de los bombardeos más violentos de la guerra. Solo cuando cada metro cuadrado de las defensas alemanas hubiera sido pulverizado por las bombas, se desplegarían sus experimentadas tropas de la India y Nueva Zelanda.

El 15 de marzo de 1944 por la mañana, los soldados alemanes de Montecassino vieron aparecer 775 aviones y tomaron conciencia de lo que se les venía encima. Poco después, »»

Los alemanes derrotaron y desarmaron con rapidez al ejército italiano.
RITZAUSCANPIX

Patada en la puerta trasera alemana

Cuando los aliados invitaron a los alemanes a invadir Italia, Hitler tuvo que actuar con rapidez para prevenir un ataque a Alemania por el sur.

La realidad es que ninguno de los dos bandos había previsto que se produjera un enfrentamiento por Italia. En 1943, los aliados habían decidido hacía ya tiempo que invadirían los territorios ocupados por Alemania a través del Canal de la Mancha. Una vez quedó claro que el Eje perdería la guerra, sin embargo, los italianos derrocaron al dictador Mussolini y ofrecieron secretamente a los aliados la posibilidad de desembarcar en el sur del país.

Cuando Hitler tuvo noticia del plan, ordenó que las unidades alemanas de Italia pasaran rápidamente a la acción. En una operación relámpago, el 11 de septiembre los alemanes ocuparon Roma y desarmaron al ejército italiano. Dos días antes, los aliados habían desembarcado en Salerno, al sur de la península.

El Alto Mando alemán temía que los aliados llegaran a Roma porque desde allí sus aviones podrían bombardear el sur industrial de Alemania, que hasta entonces había estado seguro. La estrategia alemana fue retrasar todo lo posible al enemigo para que diera tiempo a construir una línea defensiva en las montañas situadas al sur de Roma, la Línea Gustav.

Línea defensiva para detener a los aliados

LÍNEA GUSTAV

Las tropas de ingeniería alemanas construyeron búnkeres y posiciones defensivas al sur de Roma en tiempo récord.

5º EJÉRCITO AMERICANO

Las tropas estadounidenses desembarcaron en Salerno y subieron por la costa oeste pese a la dura resistencia alemana.

8º EJÉRCITO BRITÁNICO

Parte de las fuerzas británicas cruzaron el estrecho de Sicilia mientras el resto desembarcaban en Tarento y subían por la costa este de Italia.

SHUTTERSTOCK/HISTORIE

Montecassino se convirtió en la colina de la muerte

En la tercera batalla de Montecassino, los aliados esperaban aniquilar a la defensa alemana con devastadores ataques aéreos, pero los paracaidistas sobrevivieron y aprovecharon las ruinas de la abadía para crear una trampa mortal.

THE ZOOMERMAN COLLECTION

GETTY IMAGES

Cassino tenía originalmente 22.000 habitantes. Los bombardeos aliados arrasaron la ciudad por completo.

Monasterio

Colina del Verdugo

4 ATAQUE SORPRESA

En un ataque relámpago, las tropas de gurkhas consiguen tomar la Colina del Verdugo, pero quedan allí rodeadas durante nueve días antes de poder escapar.

5 BRUTAL BATALLA

Tras cinco días de duros combates, las tropas neozelandesas toman la estación de tren. Los alemanes intentan recuperarla varias veces, pero los neozelandeses consiguen resistir.

Autopista 6 a Roma

Estación de ferrocarril

Autopista 6 a Roma

cayeron por millares las primeras bombas.

"Los motores de los bombarderos y el estruendo de las explosiones se mezclaban con el eco de las colinas y producían un estruendo infernal e indescriptible", dijo el teniente Schuster, que estaba en la ciudad de Cassino junto a otros 300 paracaidistas.

El bombardeo se produjo en oleadas separadas por intervalos de diez minutos. Según el soldado Georg Schmitz, que se había refugiado con sus compañeros en un sótano cercano a la estación de tren, a cada detonación era como si un enorme gigante estuviera agitando la ciudad en el aire: "Fue terrible. Nos cayó encima un montón de escombros y empezamos a arañar frenéticamente el polvo y las piedras. Luego vino otra oleada justo por encima".

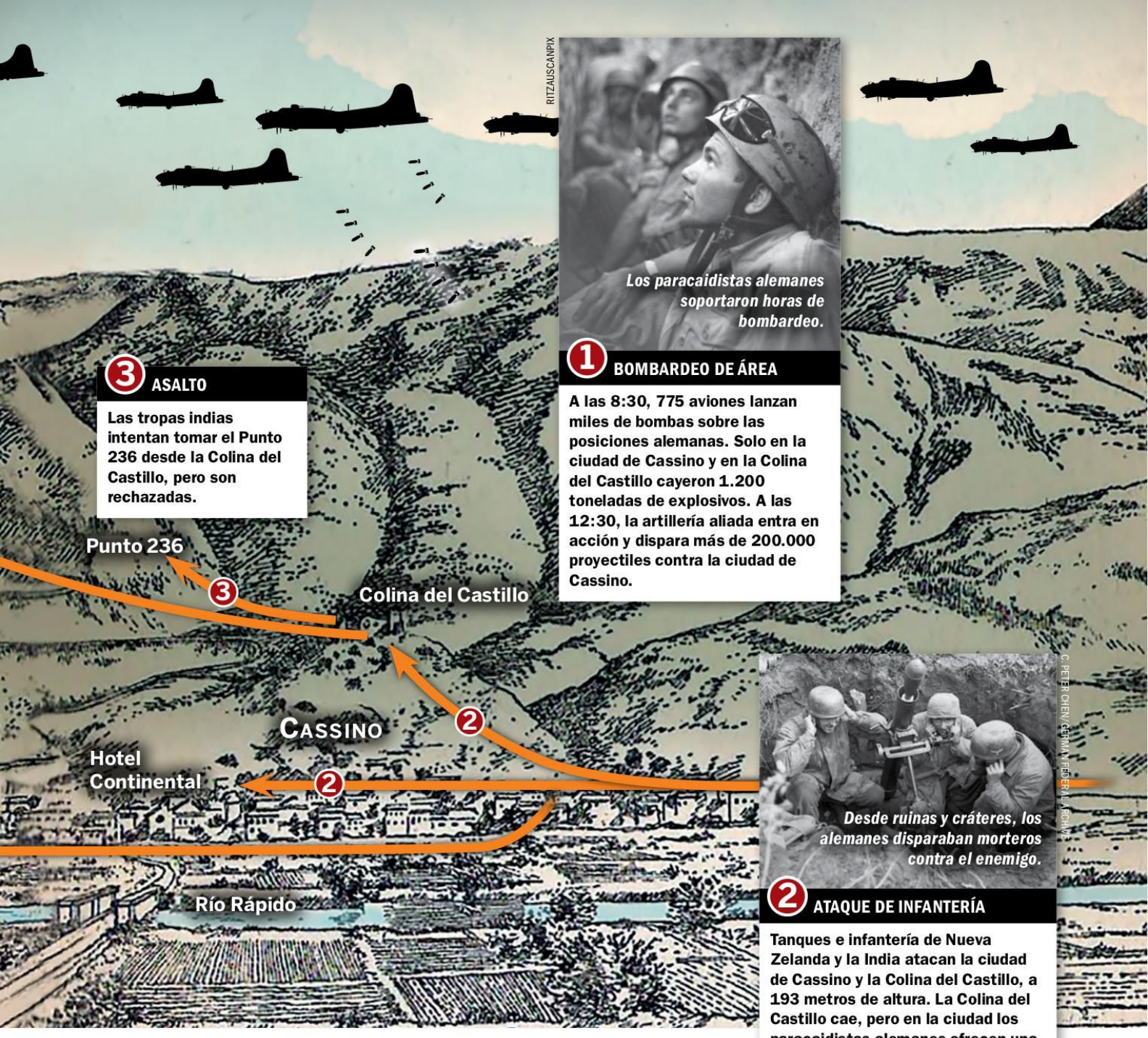
Para otro soldado, el bombardeo fue como el fin del mundo:

"Hubo compañeros enterrados vivos que consiguieron salir y quedaron enterrados por segunda vez. Algunos supervivientes, medio enloquecidos por las explosiones, empezaban a caminar aturdidos sin buscar dónde protegerse hasta que había una nueva explosión y desaparecían".

El bombardeo de los paracaidistas se extendió a lo largo de cuatro horas terroríficas sin que hubiera ninguna posibilidad de escapar.

"Nos agarrábamos unos a otros e, instintivamente, manteníamos la boca abierta para poder respirar. Esperábamos acurrucados en silencio a que acabase", escribió el teniente Schuster en su diario.

A las 12:30, los últimos aviones soltaron sus bombas sobre Cassino. Pero apenas se habían marchado cuando abrió fuego la artillería. Casi un millar de cañones empezaron a golpear sin misericordia las trágicas ruinas de la ciudad. La artillería se iba aproximando poco a poco, a razón de 100 metros cada seis minutos, y a lo largo de las tres horas siguientes lanzó más de 200.000 proyectiles.



RITZAUSCANPIX

Los paracaidistas alemanes soportaron horas de bombardeo.

1 BOMBARDEO DE ÁREA

A las 8:30, 775 aviones lanzan miles de bombas sobre las posiciones alemanas. Solo en la ciudad de Cassino y en la Colina del Castillo cayeron 1.200 toneladas de explosivos. A las 12:30, la artillería aliada entra en acción y dispara más de 200.000 proyectiles contra la ciudad de Cassino.

3 ASALTO

Las tropas indias intentan tomar el Punto 236 desde la Colina del Castillo, pero son rechazadas.

C. PETER CHEN/GERMAN FEDERAL ARCHIVE

Desde ruinas y cráteres, los alemanes disparaban morteros contra el enemigo.

2 ATAQUE DE INFANTERÍA

Tanques e infantería de Nueva Zelanda y la India atacan la ciudad de Cassino y la Colina del Castillo, a 193 metros de altura. La Colina del Castillo cae, pero en la ciudad los paracaidistas alemanes ofrecen una dura resistencia y los atacantes deben luchar casa por casa.

Las tropas alemanas que observaban situadas en las colinas apenas podían seguir la evolución del ataque.

"No vemos nada más que polvo y humo. Las tropas que se encuentran allí deben estar al borde de la locura", escribió un soldado en su diario.

Los alemanes contratacan

El bombardeo aliado recordaba las tácticas de la Primera Guerra Mundial, que en su día no habían resultado particularmente efectivas. Y lo mismo sucedía ahora. Por más que se habían empleado cinco toneladas de bombas por cada soldado alemán, solo habían muerto 160 de los 300 paracaidistas que había en Cassino. Y los supervivientes no perdieron el tiempo porque sabían que, en cuanto cesaran las descargas, entraría el enemigo.

Casi todas las armas pesadas de los paracaidistas habían quedado enterradas bajo los escombros, pero aún tenían las armas cortas. Salieron de los hoyos de protección y los sótanos para hacerse fuertes en los sitios estratégicos que ahora ofrecían las ruinas. No tuvieron que esperar mucho. El general Freyberg, seguro de que no podía quedar ningún defensor vivo, envió a la infantería neozelandesa apoyada por tanques. Enseguida resultó evidente, sin embargo, que era prácticamente imposible que los vehículos pesados llegaran a la ciudad.

"No había forma de que los tanques atravesaran las montañas de escombros, que tenían hasta siete metros de altura", recordó el conductor de tanques Brick Lorimer.

Mientras los neozelandeses se esforzaban en despejar la calle, el teniente Schuster y un puñado de soldados atacaron al primero de los tanques con ametralladoras. Los neozelandeses huyeron aterrorizados a ponerse a cubierto y entonces uno de los »

hombres de Schuster lanzó una granada antitanque contra el vehículo. La tripulación salió del tanque en llamas, pero fue derrotada por los paracaidistas.

Por cualquier sitio por el que entraran, los aliados se encontraban con ataques parecidos. Los neozelandeses tuvieron más suerte con la ofensiva contra el Castillo de la Colina, situado justo encima de la ciudad de Cassino, donde se impusieron rápidamente a los defensores, que habían sufrido severas pérdidas durante los bombardeos. Al atardecer, los aliados habían tomado solo la mitad de Cassino y los alemanes seguían teniendo el control del centro y la estación de ferrocarril.

Durante el combate, un soldado de Nueva Zelanda oyó gritos que salían de debajo de los escombros. Al parecer, eran de un soldado alemán que había quedado atrapado en un sótano durante el bombardeo. Los neozelandeses trataron de desenterrarlo, pero de pronto el enemigo empezó a dispararles y renunciaron a la tarea. "Así que tuvimos que abandonarlo a la locura y la muerte, acurrucado dentro de una bóveda oscura", contó uno de ellos.

Feroces combates en la montaña

La noche del 16 de marzo, llegaron nuevas tropas alemanas a la zona. Mientras, los soldados indios habían tomado el relevo de los neozelandeses en la Colina del Castillo y desde allí, aprovechando la oscuridad, intentaron tomar la abadía, pero fueron rechazados. Más suerte tuvo una división de gurkhas que consiguió ocupar la Colina del Verdugo, situada a 300 metros de la cima del monte. En cuanto los vieron, los alemanes empezaron a dispararles desde la abadía con fuego de ametralladora. A pesar de las numerosas bajas, los duros nepaleses resistieron en su nueva posición, pero no pudieron seguir avanzando hacia la cima.

Al día siguiente, tropas neozelandesas consiguieron tomar la estación de ferrocarril de Cassino, de gran importancia estratégica. Los combates en los alrededores de la estación duraron día y medio y, al final, los alemanes tuvieron que desistir tras sufrir importantes pérdidas. Sí pudieron mantener, en cambio, los dos hoteles de la ciudad –el Hotel Continental y el Hotel des Roses–, gracias a una defensa desesperada.

Al cabo de varios días de intenso fuego, los gurkhas de la Colina del Verdugo estaban agotados y carecían ya de provisiones. Todos los intentos de hacerles llegar agua y comida habían fracasado (para satisfacción de los paracaidistas, la mayor parte de los suministros caían en su territorio), por lo que, en vista de la situación, el general Freyberg elaboró un plan para rescatarles.

La operación acaba en desastre

El 19 de marzo, el paracaidista alemán Werner Eggert se encontraba junto a varios compañeros tras las ruinas de la abadía cuando oyó ruidos. Miraron hacia la ladera de la colina y vieron que un gran número de tanques ligeros aliados subían por el monte, sin duda con el objetivo de rescatar a los gurkhas. Eggert y los otros se pusieron a cubierto mientras observaban el avance de los tanques y planeaban el contrataque.

"El primero llegó casi hasta donde estábamos. De pronto lo vimos allí solo y le disparamos con un *Panzerschreck* (lanzagranadas antitanque) mientras trataba de dar la vuelta. Entonces se detuvo, la tripulación salió fuera y los hicimos prisioneros", contó Eggert.

Luego la artillería alemana empezó a disparar también contra los tanques, de los cuales seis fueron alcanzados. Más paracaidistas salieron corriendo de las ruinas de la abadía para participar en la batalla. Entre ellos se encontraba el teniente Raimund Eckel, que se subió de un salto a uno de los blindados y colocó una mina en la torreta. Así quedaron inutilizados casi todos los tanques y las tripulaciones no tuvieron más opción que rendirse.

> "Por desgracia, nos enfrentamos a los mejores soldados del mundo. ¡Qué hombres!"
>
> MARISCAL ALEXANDER, EN SU EXPLICACIÓN DE POR QUÉ MONTECASSINO AÚN NO HABÍA CAÍDO.

Tres días más tarde, el 22 de marzo, el general Freyberg volvió a lanzar a sus neozelandeses contra las posiciones alemanas, pero, una vez más, los paracaidistas resistieron. Ese mismo día, Freyberg renunció al tercer intento de tomar Montecassino.

Los paracaidistas se hicieron famosos

Los gurkhas permanecían aún en la Colina del Verdugo. Estaban heridos, exhaustos y rodeados y, viendo que debían resolver por sí mismos la situación,

Tesoros rescatados

El mundo debe agradecer a un austríaco amante de las artes el haber rescatado tesoros culturales de enorme valor. Durante una reunión mantenida en octubre de 1943, el oficial de Estado Mayor del ejército alemán Julius Schlegel tuvo noticia de que Montecassino sería escenario de una de las batallas más duras de la Línea Gustav.

Schlegel era experto en arte e historia y sabía que la abadía situada en la cima del monte contenía obras de arte de incalculable valor, por lo que, temiendo que pudieran acabar destruidas, se propuso en secreto salvarlas.

Sin el conocimiento de sus superiores, pero con la aprobación de los monjes, Schlegel ordenó el traslado de 70.000 libros, cuadros y manuscritos al Vaticano. Cuando la radio de propaganda aliada acusó a los alemanes de robar los tesoros de la abadía, Schlegel temió represalias de sus superiores. Sin embargo, tras un interrogatorio, le dejaron continuar con la operación.

Las tropas alemanas pusieron a salvo los tesoros de la abadía de Montecassino por iniciativa de Julius Schlegel.

RITZAUSCANPIX

Tres soldados posan sobre las miles de carcasas de los proyectiles lanzados sobre Montecassino.

iniciaron una marcha a plena luz del día, montaña abajo, amparados por una bandera de la Cruz Roja. Los alemanes, que habían llegado a profesarles un gran respeto debido a su valor, les dejaron escapar.

También sobrevivió el teniente Schuster, que el primer día había dirigido el contrataque de los paracaidistas contra los neozelandeses. Tras quedar rodeados, Schuster y sus hombres consiguieron escapar y atravesar las líneas enemigas. De camino el teniente recibió un disparo en el pecho y ordenó que la unidad continuara sin él. Luego cayó en manos de los aliados y fue trasladado a un hospital.

Cuando el mariscal Harold Alexander tuvo que explicar cómo unos cientos de paracaidistas alemanes, con poco más que armas cortas, habían sido capaces de mantener a raya a miles de soldados aliados apoyados por aviones y tanques, respondió sin dudar:

"Por desgracia, nos enfrentamos a los mejores soldados del mundo. ¡Qué hombres!".

Hasta los periódicos aliados, que casi nunca elogiaban a las tropas enemigas, tuvieron que admitir que los paracaidistas alemanes eran únicos:

"Cassino ha quedado reducida a un montón de escombros. Pero los escombros proporcionan el material de combate ideal para tropas audaces y decididas; y así son las tropas que los alemanes han enviado a Cassino con el objetivo específico de mantener la ciudad el mayor tiempo posible", escribió *The Times* el 23 de marzo de 1944.

Pero los aliados no estaban dispuestos a volver a cometer el mismo error. A lo largo de las semanas siguientes, reunieron a una enorme fuerza que debía acabar con la resistencia alemana de una vez por todas y, el 11 de mayo, lanzaron una ofensiva abrumadora sobre la Línea Gustav.

Nadie en el lado alemán había previsto un ataque de semejante magnitud y, ya el primer día, la Línea Gustav se rompió por distintos sitios. En Montecassino, las tropas incluían a soldados americanos, polacos y marroquíes, pero los paracaidistas combatieron con su acostumbrada fiereza y les obligaron a pelear por cada metro de terreno.

Los polacos, que habían recibido el encargo de tomar la abadía, tuvieron que retirarse tras sufrir numerosas bajas. Cuando cinco días más tarde los marroquíes traspasaron la Línea Gustav cerca de la costa oeste, las tropas aliadas pudieron avanzar sin obstáculos por el valle del Liri. Toda la fuerza alemana empezó entonces a flaquear y, tras un nuevo ataque polaco, los defensores se dieron por vencidos. Montecassino había caído al fin. Menos de un mes más tarde, el 4 de junio de 1944, los aliados entraron en Roma. ■

Daily Mirror

ROME FALLS

ALLIED TROOPS IN CITY'S CENTRE

Rain of bombs on 200 miles of France

THE WEDDING WENT ON

Air blitz on Hun forces retreating from capital

Germans wreck city works

The last lap: how Fifth Army's spearhead came to the capital's gates

AFTER 4 YEARS

RHEUMATISM

Paracaidistas alemanes capturados tras la caída de Montecassino. Pocas semanas después, los aliados ocuparon Roma.

MARY EVANS PICTURE LIBRARY/RITZAUSCANPIX

El plan consistía en que 3.300 soldados alemanes, disfrazados con uniformes americanos, tomaran los puentes sobre el río Mosa.
RITZAU SCANPIX & SHUTTERSTOCK/COLLAGE HISTORIE

El último as en la manga de Hitler

Soldados disfrazados

Mientras planeaba su última jugada contra los aliados, la ofensiva de las Ardenas de diciembre de 1944, Hitler convocó en secreto a uno de sus mejores comandantes. Un año antes, Otto Skorzeny había rescatado de su cautiverio a Mussolini. Ahora tendría que dirigir a una unidad de alemanes disfrazados de estadounidenses tras las líneas enemigas.

Por Kasper Tonsberg Schlie & Niels-Peter Granzow Busch

Los miembros de la policía militar del ejército estadounidense no albergaban sospecha alguna sobre los tres compatriotas montados en un *jeep* a los que hicieron parar cerca de la localidad belga de Aywaille. El día anterior, 16 de diciembre de 1944, los alemanes habían lanzado por sorpresa una gran ofensiva en las Ardenas. Miles de soldados americanos estaban de retirada y, en su ruta hacia el oeste, debían pasar por diversos controles.

Uno de los PM les pidió la contraseña del día y el conductor, un individuo que aseguraba llamarse Charles Lawrence, respondió en inglés que nadie se la había comunicado. El policía no estaba dispuesto a dejarles marchar tan alegremente y les hizo bajar del vehículo, que, a continuación fue sometido a un minucioso registro. Entre otras cosas, allí aparecieron una ametralladora alemana, explosivos y montones de dólares falsos.

A pesar de su apariencia ordinaria, los tres hombres tenían poco que ver con el ejército americano: bajo el uniforme verde oliva, vestían el gris de los alemanes, y tres documentos de identidad de la Wehrmacht revelaron que se llamaban Günther Billing, Wilhelm Schmidt y Manfred Pernass. Después de un interrogatorio de una hora, los tres admitieron ser miembros de un comando alemán enviado por el mismísimo Otto Skorzeny, gran maestre oficioso de las operaciones especiales nazis. Y no eran, ni mucho menos, los únicos. Varias unidades alemanas se habían infiltrado, valiéndose también de identidades falsas, tras las líneas aliadas. Algunas debían tomar los puentes sobre el río Mosa; otras iban camino de París. Llegados a este punto, los interrogadores inquirieron sobre el objetivo de enviarles a la capital francesa, y la respuesta que dio el prisionero Wilhelm Schmidt les puso los pelos de punta: asesinar al comandante supremo aliado, el general Eisenhower. »»

La última ofensiva de Hitler

La idea para la más audaz de las operaciones especiales nazis, la llamada Operación Greif, la concibió el mismo Hitler en el otoño de 1944. El 22 de octubre, el Führer invitó al oficial de las SS Otto Skorzeny, de 36 años, a su cuartel general de la Guarida del Lobo (*Wolfsschanze*).

Hitler sentía un gran respeto por el austríaco, responsable de varias operaciones especiales muy sonadas, y le confesó que Alemania estaba sometida a una gran presión en todos los frentes y que solo había una forma de darle la vuelta a la guerra. Luego le reveló el plan en que llevaba trabajando en secreto desde el desembarco de Normandía, cuatro meses antes: una gran ofensiva de invierno por las Ardenas que dividiría a las fuerzas americanas y británicas y serviría para recuperar el puerto de Amberes, por el que los aliados recibían suministros imprescindibles.

El objetivo era frenar el avance de los americanos y ganar así tiempo para poder utilizar contra el enemigo el inmenso poder de las nuevas armas milagro. La gran esperanza de Hitler era conseguir un acuerdo de paz en el oeste que le permitiera mandar a todas sus fuerzas a combatir contra el Ejército Rojo en el Frente Oriental.

El éxito de la ofensiva de las Ardenas dependía de que las tropas alemanas llegaran a Amberes en una semana; y, para eso, Hitler necesitaba a Skorzeny. Camino de Amberes, los alemanes tenían que cruzar el Mosa, pero, si los americanos destruían los puentes, podrían recuperarse y montar una defensa efectiva, cosa que no se podía permitir.

"Una de las acciones más importantes de esta ofensiva le será confiada a usted y a las unidades bajo su mando, que tendrán que adelantarse y tomar uno o más de los puentes que cruzan el Mosa", explicó Hitler, según las memorias de Skorzeny.

IMAGESELECT

El soldado alemán Günther Billing (derecha) y dos de sus compañeros fueron detenidos con uniformes falsos.

Para ello el austríaco debía crear una unidad especial: la Brigada Panzer 150, compuesta por 3.300 hombres. Había, además, una peculiaridad: "Tendrán que usar uniformes americanos y británicos", dijo Hitler.

El problema era el inglés

De acuerdo con el plan del Führer, del que solo unos pocos tenían noticia, la brigada dispondría de armas y vehículos aliados para engañar al enemigo y llegar así a los puentes que se encontraban a más de cien kilómetros por detrás de la línea del frente. Una vez allí, las unidades de infiltrados se dedicarían a crear el caos con acciones tales como cortar líneas telefónicas, quitar advertencias de terrenos minados y destruir o modificar las indicaciones de la carretera para despistar al enemigo.

Skorzeny sabía que la misión tenía pocas probabilidades de éxito, pero la palabra del Führer era ley e inmediatamente se puso manos a la obra. Tras la reunión con Hitler, viajó a la que sería la sede de la nueva brigada, situada en Grafenwöhr, en el sur de Alemania. Para cuando llegó, el Alto Mando ya había emitido una orden dirigida a todas las unidades: todo aquel que hablara inglés con fluidez debía presentarse para realizar "tareas especiales en el Frente Occidental".

Skorzeny no había sido informado previamente de esa orden y temió que pudiera haber sido interceptada por los aliados.

"Me puse verdaderamente furioso", escribió en su libro.

Sus escrúpulos resultaron justificados: un mes más tarde, los aliados se enteraron de la existencia de la orden, si bien, para fortuna de los alemanes, nada se hizo al respecto.

La respuesta a la petición del Alto Mando fue excelente. En una semana, se habían presentado 600 voluntarios. Sin

La ofensiva de las Ardenas fue idea de Hitler. En la foto, planea la operación con Göring.

GETTY IMAGES

embargo, Skorzeny se llevó otro disgusto cuando tras evaluarlos se comprobó que solo diez tenían un inglés fluido, 40 hablaban razonablemente bien y 150 podían simplemente defenderse en caso necesario. La mayoría no conseguirían pasar ni de lejos por americanos.

"Doscientos solo chapurreaban y otros 200 apenas podían responder sí o no –escribió Skorzeny–. Era por tanto imposible crear una brigada de habla inglesa".

Uniformes equivocados

Skorzeny solicitó que, en su lugar, se crease una compañía–comando con los 120 hombres que tuvieran el mejor inglés y que los demás se abstuvieran por completo de hablar con el enemigo. Entre los experimentados miembros de su propia unidad de las SS, los paracaidistas y los integrantes de las unidades de tanques, pudo reunir a unos 2.500 soldados. También pidió que prácticamente toda la brigada dispusiera de vehículos americanos arrebatados al enemigo: 20 tanques Sherman, 247 *jeeps*, 32 vehículos de transporte blindados y 193 camiones. Cuando el equipo llegó, Skorzeny no tuvo más remedio que cogerse un nuevo cabreo: solo era una tercera parte de lo solicitado y la mayoría de los vehículos no eran americanos, sino soviéticos. Especial indignación le causó el asunto de los tanques:

"Recibí únicamente dos –escribió–, y solo uno estaba en condiciones".

La brigada tuvo que recurrir al camuflaje de 12 tanques Panther alemanes, a los que se acortó el cañón y se soldaron planchas metálicas en la torreta para darles una forma más "americana". Luego se pintaron de verde oliva y se les añadió la característica estrella blanca. En opinión de Skorzeny, sin embargo, el resultado estaba lejos de ser satisfactorio:

"Es posible que engañen a soldados jóvenes, desde la distancia y... con mala visibilidad", dijo.

Otro problema era el riesgo de que disparasen contra ellos los propios alemanes, por lo que Skorzeny pidió que se les colocara un pequeño triángulo amarillo en la parte trasera. También se instruyó a las tripulaciones para que, en caso de contacto visual con el propio bando, pusieran los cañones en posición de las "nueve en punto". Igualmente, en situaciones parecidas, los soldados debían quitarse el casco, cosa que »»

LAWRENCE PATERSON & GETTY IMAGES

En 1940, el puente sobre el canal Juliana, en los Países Bajos, fue ocupado por brandenburgueses disfrazados con uniformes del ejército holandés.

La unidad especial que engañaba una y otra vez al enemigo

Antes de la ofensiva de las Ardenas, Alemania ya había utilizado con gran éxito comandos disfrazados en casi todos los frentes.

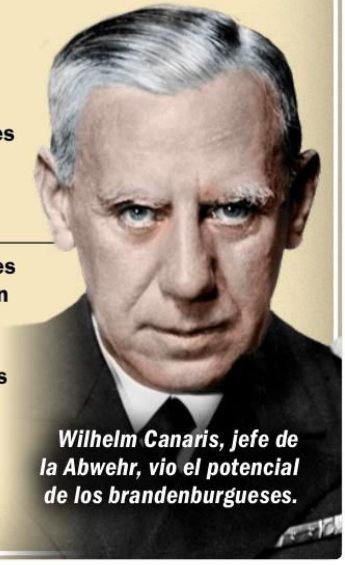
La unidad de Skorzeny no fue la primera en infiltrarse con disfraces tras las líneas enemigas. Ya en 1939, la Abwehr, el servicio de inteligencia dirigido por el almirante Canaris, creó en la ciudad de Brandenburgo una unidad supersecreta cuyos agentes fueron conocidos como "los brandenburgueses". Estos hombres recibían entrenamiento en técnicas de combate avanzadas y aprendían a infiltrarse disfrazados en unidades enemigas. La mayoría de ellos eran alemanes étnicos (*volksdeutsche*), procedentes de otros países, y hablaban varias lenguas.

En febrero de 1944, Hitler disolvió el servicio de la Abwehr por sospechas de traición y puso fin así a la unidad de los brandenburgueses. Muchos de ellos acabaron en una unidad especial: el 502º Batallón de Cazadores de las SS, dirigido por Skorzeny. Antes, sin embargo, habían dejado su impronta en una larga serie de ofensivas.

El 10 de septiembre de 1939, la invasión de Polonia se encontraba en pleno apogeo. Una unidad polaca defendía con determinación un estratégico puente ferroviario en Demblin cuando de pronto apareció para reemplazarles otro grupo de la misma nacionalidad. En cuanto los primeros entregaron el puente, los recién llegados se quitaron los uniformes: eran alemanes de habla polaca pertenecientes a la unidad que sería luego conocida como "los brandenburgueses".

Durante la invasión de los Países Bajos de 1940, brandenburgueses disfrazados de pescadores holandeses entraron en el país en barcazas. Otros tomaron una serie de importantes puentes y cruces vestidos con uniformes holandeses. De los 61 objetivos de Holanda y Bélgica, los brandenburgueses tomaron 42, lo que allanó el camino a las divisiones blindadas.

En agosto de 1942, los brandenburgueses estuvieron entre los primeros alemanes en llegar al este durante la guerra contra la Unión Soviética. Sesenta y dos soldados que hablaban ruso condujeron una caravana de camiones hasta la ciudad caucásica de Maykop, rica en pozos petrolíferos. Disfrazados de miembros del NKVD, consiguieron que les enseñaran las defensas de la ciudad y luego ordenaron a los soviéticos que se marcharan del sitio.



Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, vio el potencial de los brandenburgueses.

normalmente nadie haría teniendo enfrente al enemigo.

La cosa no mejoraba mucho en cuanto a los uniformes, ya que los que llegaron no eran del ejército estadounidense, sino del británico. Luego se recibió un cargamento de abrigos americanos que llevaban cosido un parche triangular, lo que indicaba que pertenecían a prisioneros de guerra. Skorzeny resumió la situación de la siguiente manera: "Prueba elocuente de cómo se manejó este asunto es que lo único de su talla que recibió el comandante de la brigada –yo mismo– fue un jersey del ejército americano".

La falta de equipamiento erosionó la moral de la nueva brigada, que ni siquiera sabía cuál era el objetivo de la misión. Solo Skorzeny conocía los planes de Hitler, y tanto secretismo acrecentó los rumores. El capitán Stielau, que estaría al frente de la unidad de comandos, pidió una reunión en la oficina de Skorzeny para confirmar sus sospechas. "Ya sé en qué consiste realmente nuestra misión: tenemos que capturar a Eisenhower", dijo Stielau.

En lugar de desmentir el rumor, Skorzeny corrió a cerrar la puerta, que había quedado abierta: "Querido amigo, hable en voz baja. Ha dado en el clavo, pero ni una palabra a nadie. Es muy importante".

"Puede contar con mi más absoluto silencio –respondió Stielau–, pero permítame decirle que conozco París y sus alrededores como la palma de mi mano y, llegado el caso, puedo ser muy útil".

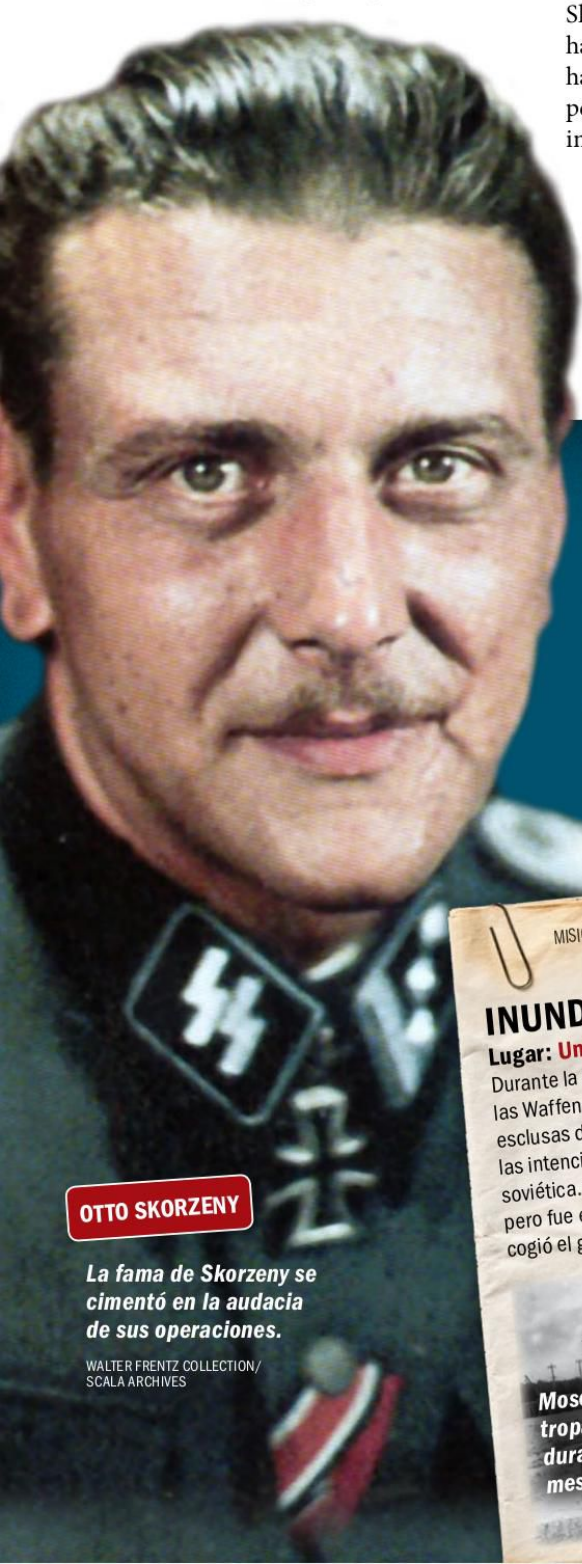
El objetivo de la actitud de Skorzeny era que, si llegaba alguna noticia a los aliados, no guardara relación con la inminente ofensiva. El rumor sobre el secuestro de Eisenhower, sin embargo, tuvo inesperadas consecuencias.

Unidad de élite en cabeza

El capitán Stielau no tenía ni la más remota idea del contenido de la misión, pero había sido elegido para dirigir la unidad principal: una compañía comando de 120 hombres que llegarían en grupos pequeños y autónomos a los puentes del Mosa. Allí averiguarían dónde habían colocado los aliados las cargas explosivas y los nidos de ametralladoras y, de regreso a las líneas alemanas, crearían todo el caos que les fuera posible.

Lo que se llamó la Unidad Stielau se componía de alemanes que hablaban inglés fluidamente, incluyendo términos de *slang*, y podían responder a preguntas sencillas sobre béisbol, política estadounidense o las capitales de los estados.

"No podíamos pretender que



OTTO SKORZENY

La fama de Skorzeny se cimentó en la audacia de sus operaciones.

WALTER FRENTZ COLLECTION/ SCALA ARCHIVES

El hombre más peligroso de Europa

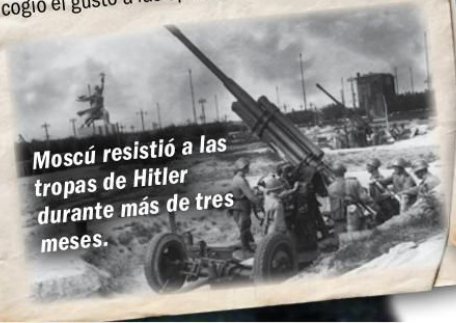
El nombre de Otto Skorzeny producía escalofríos en los soldados aliados. En 1944, un informe del servicio de inteligencia estadounidense lo describió como "el hombre más peligroso de Europa", y con razón: Skorzeny fue el agente más famoso del Tercer Reich, conocido por sus espectaculares operaciones por todo el continente.

MISIONES

INUNDAR MOSCÚ

Lugar: Unión Soviética **Año:** 1941

Durante la batalla de Moscú, Skorzeny luchó con las Waffen-SS. Una de sus órdenes fue tomar las esclusas del canal Moscú-Volga para cumplir con las intenciones de Hitler de inundar la capital soviética. No llegó a ocurrir porque Moscú resistió, pero fue en esa campaña cuando Skorzeny les cogió el gusto a las operaciones especiales.



Moscú resistió a las tropas de Hitler durante más de tres meses.

MISIONES

SABOTEAR SUMINISTROS

Lugar: Irán **Año:** 1943

El 502º Batallón de Cazadores de las SS fue enviado a Irán, por donde pasaban grandes cantidades de municiones aliadas con destino a la Unión Soviética. Los hombres de Skorzeny colaboraron con tribus locales para realizar operaciones de sabotaje, pero, cuando se quedaron sin oro con que pagarles, la operación se detuvo.

Las municiones aliadas entraban en la Unión Soviética a través de Irán.

aprendieran a hacer bien su trabajo en las pocas semanas con que contábamos", escribió Skorzeny.

Aun así, se hizo todo el esfuerzo posible. La Unidad Stielau fue el único grupo de la Brigada Panzer 150 que recibiría instrucción en todas las áreas de las operaciones especiales: explosivos, tecnología de radiocomunicaciones y estudio de las armas y uniformes enemigos. Los 120 hombres fueron incluso enviados a campos de prisioneros de Küstrin y Limburgo para que hablaran con soldados estadounidenses y aprendieran el vocabulario más actual. También recibieron los mejores uniformes, los *jeeps* más nuevos y armas americanas, como carabinas M1 y pistolas Colt, además de miles de dólares para sobornar a quien hiciera falta.

Puesto que tenían que ser indistinguibles de los americanos, Skorzeny inventó un ingenioso método para reconocerles. Los hombres de la unidad de Stielau no se abrocharían el segundo botón de la guerrera y llevarían al cuello una discreta bufanda roja o azul.

La unidad se organizó en tres grupos: uno de demoliciones (encargado de destruir los depósitos de combustible del enemigo), otro de reconocimiento (evaluación de la situación de los puentes del Mosa y sabotaje de las líneas de comunicación enemigas) y otro de comandos (encargado de crear caos y confusión en las filas americanas). Cada uno de estos grupos se dividía, a su vez, en subgrupos de entre tres y seis hombres.

Tras las líneas enemigas

Poco antes del inicio de la ofensiva de las Ardenas, Skorzeny fue convocado a una reunión con Hitler, que le dio una última orden:

"Sé que es su estilo ir siempre en cabeza con sus hombres, pero, en esta ocasión, le prohíbo expresamente que cruce nuestras líneas. En ningún momento debe dejar su puesto de mando. Dirigirá la Operación Greif por radio. No quiero que corra el riesgo de ser capturado".

La ofensiva hubo de ser pospuesta varias veces por causas meteorológicas, ya que se requería un cielo con nubes bajas para evitar que la aviación aliada obligara a las tropas a retroceder. El sábado 16 de diciembre, el tiempo fue, al fin, perfecto. A las 05:30, 1.600 cañones alemanes iniciaron un bombardeo masivo y, una vez que el humo se hubo dispersado, tres divisiones blindadas atacaron por el terreno montañoso de las Ardenas. La rápida Unidad Stielau se apresuró a adelantarse a las tropas por pequeños caminos forestales y penetró en profundidad en territorio enemigo.

Salieron 44 soldados divididos en nueve unidades pequeñas, cada una con su propio objetivo. Entre los más importantes, estaban los puentes sobre el río Mosa de las ciudades belgas de Amay, Huy y Andenne, situadas a unos 100 kilómetros. Los hombres esperaron hasta haber pasado las líneas enemigas para »

Hitler concedió a Skorzeny la Cruz de Caballero con Hojas de Roble por sus servicios.

MISIONES

LIBERAR A MUSSOLINI

Lugar: Italia Año: 1943

Tras la invasión de Sicilia, Mussolini perdió el apoyo del rey de Italia y fue destituido y recluido en un hotel del macizo del Gran Sasso. Hitler ordenó una operación para rescatarlo y, una vez que se supo dónde se encontraba, Skorzeny aterrizó allí con unos 100 hombres –fundamentalmente paracaidistas– montados en planeadores, lo liberó con sorprendente facilidad y partió con él en un pequeño avión de hélice.

La liberación de Mussolini hizo famoso a Skorzeny entre todos los contendientes.

MISIONES

ACABAR CON EL LÍDER HÚNGARO

Lugar: Hungria Año: 1944

Hungría combatió durante años al lado de Alemania, pero en 1944 el regente del país, Miklós Horthy, inició conversaciones de paz con la Unión Soviética. Hitler envió a Skorzeny a Budapest, donde este raptó al hijo de Horthy. Luego asaltó el Castillo de Buda y obligó a Horthy a nombrar un jefe de Estado proalemán.

Hacia el final de la guerra, el líder húngaro Miklós Horthy intentó en vano distanciarse de Hitler.

RITZAU SCANPIX & GETTY IMAGES & BRUCE MARVIN

ponerse los uniformes americanos sobre los alemanes.

"Para nuestro conductor fue una verdadera hazaña, una especie de acrobacia, ya que no podíamos detenernos y tuvo que desvestirse mientras conducía", contó tras la guerra el sargento Heinz Rohde, miembro de uno de los grupos de reconocimiento que se dirigían a los puentes del Mosa.

Poco después de ponerse el disfraz, el grupo se topó con las primeras tropas enemigas. Un sargento americano intentó hacerles dar la vuelta con gestos y gritos, probablemente convencido de que huían del frente, pero Rohde y su grupo siguieron sin detenerse. Luego, un poco más adelante, se cruzaron con un policía militar.

"Había un americano alto como un árbol, con una motocicleta detrás. Nos hizo apartarnos de la carretera, pero pensamos que era para protegernos porque estaban cayendo bombas".

Rohde y sus compañeros se lo agradecieron y siguieron viaje. Por lo visto, los disfraces y el lenguaje convencían a los americanos, pero el éxito también se debía a la suerte:

"Al principio pensamos que cualquier americano descubriría que éramos alemanes desde una distancia de mil metros –dijo un soldado, interrogado

> **"Se nos han infiltrado alemanes que hablan inglés"**
>
> OFICIAL DE INTELIGENCIA AL GENERAL OMAR BRADLEY

después de la guerra–, pero los bombardeos, la falta de luz y la confusión generalizada nos ayudaron en esas primeras horas de tensión".

Frenados por un atasco

Mientras los comandos de Skorzeny avanzaban en su carrera contra el tiempo para llegar al río Mosa, la Brigada Panzer 150 se vio metida en problemas. Se suponía que esos 2.000 hombres debían permanecer detrás del resto de las divisiones hasta que estas alcanzaran las colinas, momento en que se lanzarían a la mayor velocidad posible a través de territorio enemigo, tomarían los puentes del Mosa y los mantendrían hasta la llegada de las tropas alemanas. Pero este plan requería que las principales fuerzas de la Wehrmacht consiguieran romper la línea del frente.

En algunos lugares los alemanes pudieron pasar con rapidez, pero sobre el mediodía quedó claro que el frente estaba resistiendo. La estrechez de las carreteras embarradas, la mala visibilidad y la propia fuerza del enemigo crearon entre los alemanes un atasco que, en algunos sitios, llegaba a tener 30 kilómetros de largo.

"Las carreteras estaban obstruidas por vehículos de todas clases y tuve que recorrer 10 kilómetros a pie", escribió Skorzeny.

Al final del día, las tropas que iban por delante de la Brigada Panzer 150 solo habían avanzado cinco kilómetros; a la mañana siguiente, Skorzeny comprobó que la situación no había cambiado: "Conseguí llegar al frente. Las carreteras estaban completamente colapsadas. Ya nadie hablaba de llegar a los puentes del Mosa".

Según el plan, el segundo día de la ofensiva la Brigada Panzer 150 ya debía haber tomado los puentes. Cualquier retraso suponía perder el elemento sorpresa. En consecuencia, al final del segundo día, Skorzeny tomó una difícil decisión: "Tras informar al jefe de operación de la Wehrmacht, Alfred Jodl, y obtener su consentimiento, puse mi brigada a disposición del 1er Cuerpo Panzer".

Los 2.000 hombres de la unidad lucharían ahora como simples soldados, solo que con armas americanas y vehículos camuflados. En cualquier caso, Skorzeny no suspendió las misiones de la Unidad Stielau, que serían de gran utilidad para la ofensiva. Así, los comandos siguieron avanzando sin descanso por territorio enemigo.

Engañados por el capitán

En las primeras 24 horas, dos de las unidades de reconocimiento camufladas de Skorzeny llegaron al Mosa. El

Mientras las tropas de Skorzeny estaban en un atasco, otras unidades tuvieron un gran éxito inicial.
GETTY IMAGES

grupo al mando del capitán Fritz Bussinger entró en la ciudad de Huy, donde, ya a pie, observaron que no había explosivos en el puente y transmitieron esta información por radio a sus mandos.

Justo cuando Bussinger estaba a punto de salir de la ciudad, fue abordado por un oficial americano que iba al frente de una columna de blindados. Se suponía que los tanques debían dirigirse a Marche, pero Bussinger le dijo al oficial que los alemanes habían tomado las carreteras que conducían a esa localidad y les mandó por un sitio completamente distinto.

"Nuestro servicio de radio confirmó que, desde el cuartel general del 1er Ejército estadounidense, estuvieron intentando encontrar a esta unidad durante dos días", escribió Skorzeny en sus memorias.

De vuelta hacia las líneas alemanas, los soldados de la unidad de Bussinger cortaron cables telefónicos y quitaron carteles de las carreteras. Según el relato de Skorzeny, otro vehículo alemán cruzó el Mosa en Amay: "Los hombres colocaron señales rojas que indicaban que el camino hacia el frente estaba minado".

Por este motivo, varias columnas del ejército americano tuvieron que dar un largo rodeo en su recorrido hacia el frente. El 17 de diciembre, un grupo de alemanes disfrazados se situaron en un cruce y mandaron a todo el 16º Regimiento de infantería americano en la dirección equivocada. El sargento Keoghan llegó al sitio poco después de que se hubieran marchado y habló con uno de los policías militares que les habían visto:

"Dijo que, cuando llegaron, dos de ellos todavía estaban mandando a los hombres por un camino equivocado y que, en cuanto les vieron acercarse, se subieron al *jeep* y se marcharon a toda velocidad. Todo fue tan rápido que uno de ellos ni siquiera pudo montarse y partió subido al parachoques delantero y agarrado a la barra cortaalambres".

Pero no todos los grupos tuvieron tanta fortuna en su intento de engañar a los americanos. El segundo día de la ofensiva cayó el de Günther Billing y sus dos compañeros y, poco después, las cosas se torcieron también para otra unidad.

OSPREY PUBLISHING & IMAGESELECT

Un *jeep* con cuatro alemanes llegó a un depósito de combustible y uno de ellos dijo: "Combustible, por favor". El soldado que despachaba sospechó inmediatamente porque ningún americano diría "combustible", sino "gasolina", y también porque era bastante extraño que lo pidieran por favor.

Al verse descubiertos, los alemanes huyeron a toda velocidad y chocaron contra un camión. Así fueron arrestados e interrogados e, igual que en el caso de Billing, confesaron lo que creían que era cierto: que había miles de compatriotas disfrazados operando en ese lado del frente y que algunos tenían la misión de asesinar a Eisenhower, una información que fue remitida con la debida urgencia al cuartel general de París.

El pánico se extiende por toda Francia

Un simple relato de siete alemanes con uniformes estadounidenses desató una especie de histeria. Ese mismo día, el general Eisenhower tuvo noticia de que una serie de asesinos se dirigían al cuartel general de Versalles. "El informe era asombroso –escribió Eisenhower »»

La misión fue un éxito y un fracaso a la vez

El objetivo de tomar al menos tres de los principales puentes del Mosa fracasó, pero los comandos dieron prueba de su valía.

Sobre el papel, el plan de Hitler era simple: primero una unidad de pequeños comandos con gran movilidad debía inspeccionar los puentes del Mosa y crear el caos entre los americanos cortando cables telefónicos y quitando indicaciones de las carreteras. Luego tres grupos de blindados de la Brigada Panzer 150 debían ocupar los puentes antes de que los americanos los volaran en su retirada. Debido a la resistencia de los aliados, sin embargo, solo se completó la primera parte del plan. La Brigada Panzer 150 nunca llegó al Mosa y fue enviada a atacar la ciudad de Malmedy, pero no pudo superar sus defensas.

Los americanos capturaron a varios alemanes con uniformes falsos.

RITZAU SCANPIX

GETTY IMAGES & SHUTTERSTOCK/ COLLAGE HISTORIE

5 LOS DESAFORTUNADOS

Skorzeny envía a 44 hombres a Bélgica, pero no todos regresan. Al menos uno muere y otros siete caen prisioneros, tres de los cuales son fusilados luego en Henri–Chapelle.

2 EL ATAQUE

La mañana del 16 de diciembre, cerca de 400.000 soldados alemanes lanzan una enorme ofensiva. La Brigada Panzer 150 avanza tras ellos, pero la resistencia americana provoca un enorme atasco.

3 LOS PUENTES

Nueve pequeños comandos dan un rodeo para dejar a un lado los combates. Tres llegan a los puentes del Mosa en las localidades de Huy y Amay, entre otras. Al menos dos comandos caen en manos de los aliados.

1 EL DESPLIEGUE

La Brigada Panzer 150 se reúne el 14 de diciembre en Bad Münstereifel y se prepara para repetir el éxito de 1940, cuando los alemanes sorprendieron a los aliados con una guerra relámpago por las Ardenas.

4 LA BRIGADA

Mientras los comandos están inspeccionando los puentes, Skorzeny suspende la misión. La Brigada Panzer 150 se convierte en una unidad regular del ejército e intenta sin éxito tomar la ciudad belga de Malmedy.

Una vez suspendida la operación, la Brigada Panzer 150 fue enviada a tomar Malmedy.

IMAGESELECT

ALEMANIA
HOLANDA
BÉLGICA
LAS ARDENAS
Río Mosa
Río Mosa
HENRI-CHAPELLE
LIEJA
Amay
Huy
Andenne
MALMEDY
BAD MÜNSTEREIFEL
Línea del frente a 16 de diciembre de 1944

en sus memorias–. Durante varios meses, yo había estado dando vueltas por Francia sin más protección que la de un ordenanza y un ayudante que iban normalmente conmigo en el coche. La historia me la contó el 20 de diciembre un coronel americano muy alarmado, que me dijo que tenía pruebas fehacientes de la existencia de ese complot".

Según Kay Summersby, secretaria de Eisenhower, todo el mundo pensó que entre los asesinos se encontraba el mismo Skorzeny. El cuartel fue inmediatamente rodeado de tanques y se cuadruplicó el número de soldados. Nadie podía entrar ni salir sin la contraseña del día.

"El sistema de contraseñas se convirtió en un asunto de vida o muerte", escribió más tarde Summersby.

Sin embargo, Eisenhower no daba demasiado crédito a esas informaciones. "Corté la teoría del asesinato, pero acepté alojarme más cerca del cuartel general".

Mientras, el coche oficial de Eisenhower hacía regularmente el trayecto entre París y Versalles con el coronel Baldwin Smith sentado en el asiento trasero y haciendo de doble del general (se parecían como dos gotas de agua).

Por toda Francia se repartieron fotos de Skorzeny con las palabras "saboteador" y "asesino" y no pasó mucho antes de que se recibieran multitud de testimonios de personas que aseguraban haberlo visto. Al parecer, el austríaco estaba en todas partes: en una tienda de ultramarinos en Saint–Étienne, 500 km al sur de París, y en un bar lleno de humo de los Campos Elíseos.

Los rumores de que había miles de alemanes con uniformes americanos dieron lugar a una paranoia colectiva que afectó a todo el frente. En los controles, las colas se hicieron cada vez más largas y a todo el mundo se le preguntaba por temas típicamente americanos. El general Bruce Clark no pudo contestar una pregunta sobre béisbol y fue rápidamente arrestado.

El general Omar Bradley escribió: "Medio millón de soldados americanos jugaban al gato y el ratón cada vez que se cruzaban en una carretera. Ni el rango ni la documentación le evitaban al viajero un interrogatorio en cada cruce".

El mismo Bradley fue detenido por responder mal a una pregunta. Un oficial del servicio de inteligencia le dijo luego que era mejor que se desplazara en avión: "Se nos han infiltrado alemanes que hablan inglés", aseguró.

> "Ni el rango ni la documentación le evitaban al viajero un interrogatorio en cada cruce"
>
> GENERAL OMAR BRADLEY

Tal paranoia tuvo fatales consecuencias para cuatro soldados americanos que, el 20 de diciembre, murieron en Bellevue, Bélgica, por los disparos de una patrulla que pensó que eran alemanes disfrazados. Algo parecido sucedió en Wardin cuando la 6ª División Blindada abrió fuego contra soldados de la 35ª División de Infantería a los que tomó por impostores. Dos murieron.

Elogios de Hitler

Los comandos de Skorzeny consiguieron más de lo que nadie, a excepción de Hitler, había esperado: pudieron inspeccionar dos importantes puentes sobre el Mosa y enviaron información sobre carreteras de acceso y movimientos enemigos. Pero nada de eso sirvió de mucho: en el mejor de los casos, algunas unidades blindadas pudieron internarse unos 100 kilómetros en territorio enemigo antes de que, el 26 de diciembre, las detuvieran. Luego la aviación aliada las hizo retroceder. La fallida operación de las Ardenas acabó costándoles a los alemanes más de 100.000 soldados.

El 31 de diciembre, Skorzeny volvió a entrevistarse con Hitler y le dijo que sentía que la operación no hubiera ido mejor, pero el Führer se apresuró a tranquilizarle: "No tengo quejas sobre usted, Skorzeny. Tuvo que improvisar todo con pocos medios y su brigada Panzer no pudo coordinarse con el 6º Ejército. Y, en lo que concierne a su unidad de comandos, tengo la impresión de que el efecto psicológico fue mucho mayor de lo que usted piensa". ■

GETTY IMAGES

Algunos pagaron con la pena máxima

Según Skorzeny, de los 44 soldados que se infiltraron tras las líneas americanas durante la ofensiva de las Ardenas, solo ocho cayeron en manos de los aliados. Sin embargo, uno de ellos, Heinz Rohde, aseguró que, cuando se reunieron tras la misión, faltaban aproximadamente dos tercios de los hombres.

Por su parte, los americanos dijeron que habían capturado a una gran cantidad de alemanes con uniformes falsos. Esto se explica porque muchos integrantes de las tropas regulares llevaban partes de uniformes enemigos robados para combatir el terrible frío. Los americanos mataron a un gran número de alemanes como venganza por el asesinato de 84 prisioneros de guerra estadounidenses en Malmedy.

Los expertos estiman que al menos 15 soldados de las unidades de Skorzeny fueron ejecutados. Cuando en 1950 Skorzeny publicó su libro *Operación Greif*, Rohde hizo pública su indignación: "¡Con qué ligereza nos envió usted a una muerte casi segura!".

Los americanos ejecutaron a los soldados Billing, Schmidt y Pernass, arrestados con uniformes falsos el 17 de diciembre cerca de Aywaille.

RENDICIÓN

Tras la captura de Vítebsk el 27 de junio, los soviéticos interrogaron a los oficiales alemanes.

UKRAINIAN SSR

CELEBRACIÓN

El 3 de julio, la Unión Soviética liberó Minsk, capital de Bielorrusia.

INCREDIBLEIMAGES4U.BLOGSPOT.DK

Operación Bagratión

La venganza de Stalin

En el verano de 1944, Stalin puso en marcha una maniobra de distracción para convencer a los alemanes de que se preparaba una invasión de Ucrania y conseguir que trasladaran allí sus mejores unidades Panzer. Esto le dejó las manos libres para lanzar a un ejército de 1.600.000 hombres contra Bielorrusia. Para cuando la Wehrmacht se dio cuenta del engaño, ya era tarde.

Josef Stalin esperó tres largos años para devolverle a Hitler el golpe de la invasión de la Unión Soviética.

BRIDGEMAN IMAGES

POBLACIÓN LOCAL
Los habitantes de Minsk recibieron a los soviéticos como libertadores.
INCREDIBLEIMAGES4U.BLOGSPOT.DK

AVANCE
La ofensiva siguió adelante. El 13 de julio cayó la capital de Lituania, Vilna.
GETTY IMAGES

COLABORACIÓN
En el verano de 1944, soldados polacos ayudaron al Ejército Rojo.
POLISH NATIONAL ARCHIVE

Maniobra de distracción

Hitler creyó que la ofensiva soviética tendría lugar en Ucrania, pero Stalin dirigió sus tropas contra Bielorrusia.

Por Else Christensen & Andreas Abildgaard

La tierra tembló en mitad de la noche con el estruendo de los proyectiles. "Un trueno en la cabeza". Así describió la experiencia el soldado alemán Armin Scheiderbauer, de 20 años, integrado en el Regimiento de Granaderos 472 de la Wehrmacht. La noche anterior había calmado los nervios con aguardiente y ahora se despertaba, agotado y confundido, con el fragor del ataque enemigo. Scheiderbauer se acurrucó en la trinchera que ocupaba junto a otros compañeros en las afueras de la ciudad de Vítebsk, Bielorrusia. Eran las 03:05 del 22 de junio de 1944.

El momento se había escogido deliberadamente, hasta el último minuto. Justo tres años antes, Alemania había invadido la Unión Soviética (Operación Barbarroja). Ahora llegaba la hora de la venganza. El bombardeo marcó el inicio de una ofensiva soviética de grandes dimensiones, meticulosamente planeada.

El objetivo era aplastar a las fuerzas alemanas de Bielorrusia para abrir el camino hacia Berlín y lanzar al Ejército Rojo hacia la victoria final.

En el verano de 1944, la Unión Soviética se encontró lo suficientemente fuerte como para emprender esa campaña. Los alemanes habían disfrutado al principio de una racha continuada de éxitos, pero la suerte en la guerra les dio la espalda en el verano de 1942–43, con la humillante derrota de Stalingrado, y desde entonces no levantaban cabeza. El Grupo de Ejércitos Norte había tenido que abandonar el sitio de Leningrado, liberada finalmente el 27 de enero de 1944, mientras en Crimea el Grupo de Ejércitos Sur se veía también obligado a retroceder. Solo el Grupo de Ejércitos Centro del mariscal de campo Ernst Busch, con sus 600.000 hombres, seguía resistiendo las feroces contraofensivas soviéticas.

Tres años antes, Stalin había tenido que evacuar a gran parte de su gobierno de Moscú debido al avance alemán, y esta circunstancia le inspiró para darle el nombre de Piotr Bagratión, el general que en 1812 defendió Moscú hasta el último aliento frente a las tropas »

Gracias a un rápido avance, el Ejército Rojo pudo rodear y destruir a una gran parte de la Wehrmacht.

SPUTNIK

Alemania pagó caros los errores de Hitler

Cuando el 22 de junio de 1941 los alemanes cruzaron la frontera soviética, la victoria parecía garantizada. Nadie hasta entonces había podido resistir el avance de las tropas de Hitler. Pero esa racha terminó a finales del verano de 1942 en la ciudad de Stalingrado, a orillas del Volga, donde el Ejército Rojo rodeó al 6º Ejército alemán del mariscal de campo Friedrich Paulus.

Atrapados, sin municiones ni alimentos y congelados por el frío del terrible invierno ruso, en febrero de 1943 los alemanes no tuvieron más opción que rendirse. Stalingrado costó a Alemania alrededor de 180.000 muertos y supuso un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces, las fuerzas alemanas estuvieron prácticamente siempre en retirada.

Hubo un intento de revertir esta situación en verano, cuando las tropas alemanas rodearon al Ejército Rojo cerca de la ciudad de Kursk, unos 450 kilómetros al sur de Moscú, pero las muy bien fortificadas líneas de defensa soviéticas y la dura resistencia de los tanques T–34 detuvieron el ataque. Al año siguiente, Stalin lanzó la Operación Bagratión para acabar con la capacidad bélica alemana de una vez por todas.

La conquista de Stalingrado se convirtió en una prioridad para Hitler. Esta obsesión costó la vida a unos 180.000 soldados alemanes.
RITZAU SCANPIX

napoleónicas, a su ofensiva de 1944: Operación Bagratión.

Fintas para engañar a los alemanes

La Operación Bagratión era parte de una ofensiva a gran escala acordada un año antes por los tres principales líderes aliados, Stalin, Roosevelt y Churchill, en la Conferencia de Teherán. Estados Unidos y el Reino Unido desembarcarían tropas en Normandía en la Operación Overlord –más conocida como el Día D– para obligar a los alemanes a retirarse hacia el oeste, mientras Stalin les haría retroceder por el este. Dónde tendría lugar la campaña soviética era un secreto que ni los aliados más próximos a Stalin conocían (y, mucho menos, Roosevelt y Churchill).

De acuerdo con las informaciones transmitidas a Stalin por sus espías, los alemanes sabían que se estaba preparando algo; de lo que no tenían ni idea era de que el objetivo fuera el Grupo de Ejércitos Centro, estacionado en Bielorrusia.

Por el contrario, el Alto Mando alemán estaba convencido de que los soviéticos atacarían Ucrania, donde el Ejército Rojo había realizado importantes avances el año anterior.

> "El objetivo era aplastar a las tropas alemanas de Bielorrusia"

La Stavka –el Estado Mayor soviético– decidió entonces que Alemania mantuviese esa idea equivocada y, con ese fin, en mayo de 1944 puso en marcha una serie de originales maniobras de distracción. La creencia de que el objetivo era Ucrania se reforzó mediante una combinación de mensajes radiofónicos sobre falsos movimientos de tropas y el despliegue de armamento también simulado. La ciudad de Chisináu, en la actual Moldavia, fue elegida como objetivo falso. Aquí se hizo creer que el Ejército Rojo desplegaba una división de infantería, dos de artillería y un cuerpo de tanques. En realidad, gran parte de los tanques eran de pega y las divisiones estaban compuestas por apenas 100 hombres. Para que el engaño fuera aún más completo, la Fuerza Aérea soviética hizo que un gran número de aviones sobrevolaran la zona con la aparente intención de mantener alejada a la Luftwaffe. De vez en cuando, sin embargo, los aparatos soviéticos permitían entrar a los alemanes para que se convencieran de que allí se estaba concentrando una enorme fuerza.

Mientras, la Unión Soviética mandaba en secreto a Bielorrusia tropas procedentes de otros frentes, como el sur de Ucrania, Crimea y el Báltico. Los soldados llegaban de noche y en camiones –se enviaron unos 50.000– que circulaban con las luces apagadas por carreteras secundarias en las que se habían colocado

postes blancos para que los conductores no se perdieran. Los que no conseguían llegar antes del amanecer tenían órdenes de meterse en el bosque, camuflar con ramas los vehículos y permanecer allí hasta el anochecer.

Advertencias ignoradas

Este colosal engaño dio sus frutos. Aprovechando la oscuridad, el Ejército Rojo fue capaz de reunir en Bielorrusia el mayor arsenal de la guerra: 5.800 tanques, 7.800 cazas y 33.000 piezas de artillería. Solo en las tres primeras semanas de junio, llegaron 75.000 vagones de tren con soldados, armas, municiones y suministros. A esto contribuyó el hecho de que, después de tres años de guerra, la Luftwaffe tenía pocos aviones de reconocimiento en el Frente Oriental. Además, la mayor parte de ellos habían sido enviados a Ucrania.

Otro problema fue que, pese a las informaciones facilitadas por prisioneros soviéticos y las observaciones realizadas sobre el terreno, los alemanes se negaron a aceptar la evidencia de lo que estaba ocurriendo. Busch desoyó las advertencias de oficiales del servicio de inteligencia y se atuvo a las informaciones del Alto Mando del Ejército (OKH), que insistía en que el ataque tendría lugar en Ucrania.

Una semana antes de la operación, un comandante de batallón le habló de esta amenaza a Robert Martinek, general del 39º Cuerpo Panzer, que estaba inspeccionando el frente. Aunque convencido por sus argumentos, Martinek afirmó que la superioridad nunca le escucharía. "Aquellos a los que Dios quiera destruir, primero dejará ciegos", dijo con resignación.

Nuevas tácticas

Ese 22 de junio, incluso con el infierno cayendo en mitad de la noche sobre la cabeza de Armin Scheiderbauer, el Alto Mando alemán siguió insistiendo en que se trataba de una maniobra de dis- »»

Un engaño muy bien preparado

Los soviéticos empleaban la maniobra de distracción como un recurso bélico fundamental. Los alemanes nunca sabían dónde tendría lugar el siguiente ataque.

El engaño y el elemento sorpresa siempre han jugado un importante papel en la guerra, pero los estrategas de la Unión Soviética utilizaron estos recursos hasta el punto de construir con ellos un concepto autónomo: la *maskirovka*. Dentro de esta táctica se incluían todos los ardides utilizados para confundir al enemigo, desde el uso de cortinas de humo en el campo de batalla hasta la construcción de tanques falsos.

El desarrollo de la *maskirovka* por los soviéticos data de los años veinte y alcanzó su punto culminante durante la Operación Bagratión, en cuyo éxito jugó un papel fundamental. Por ejemplo, el Ejército Rojo escondió a sus tropas en los alrededores de Minsk mientras exhibía ante los alemanes unidades militares falsas en Ucrania. Los soviéticos también transmitieron mensajes radiofónicos sobre movimientos de tropas inexistentes que fueron interceptados por los alemanes.

En la práctica, la *maskirovka* incluía tres elementos, siempre con el objetivo de hacer ver a los alemanes una realidad falsa.

GETTY IMAGES

Los soldados soviéticos eran expertos en el arte del camuflaje.

Los tanques se cubrían con paja y heno.

REIBERT INFO

1 ENGAÑAR SOBRE LAS VERDADERAS INTENCIONES

OBJETIVO ESTRATÉGICO: a nivel general, la estrategia de la *maskirovka* consistía en ocultar al enemigo el objetivo de la operación. A través de comunicaciones radiofónicas y otros engaños, el Estado Mayor soviético hizo creer a Hitler que el Ejército Rojo atacaría Ucrania.

2 APROVECHAR LA OSCURIDAD

OBJETIVO OPERACIONAL: en la práctica, los movimientos de tropas debían ser secretos. El Ejército Rojo trasladó siete ejércitos, 11 cuerpos de la aviación y miles de tanques y unidades de artillería sin que los alemanes se enterasen. La mayoría de los soldados llegaban en trenes nocturnos que se detenían a 50 o 100 kilómetros del frente para no ser descubiertos. Desde allí, los hombres se desplazaban al campo de batalla en pequeños grupos justo antes de la ofensiva.

3 CAMUFLAR LAS POSICIONES DE DISPARO

OBJETIVO TÁCTICO: al llegar, las unidades soviéticas tenían que asegurarse de que seguían siendo invisibles para el enemigo. Para ello los soldados camuflaban sus posiciones y evitaban al máximo moverse en las horas de luz. Todas las actividades –por ejemplo, el aseo– tenían lugar de noche y en secreto.

A diferencia de los soviéticos, los alemanes transportaban a sus soldados a plena luz del día.

OPERATION BAGRATION/SZ PHOTO/BRIDGEMAN IMAGES/RITZAU SCANPIX

tracción. Esa misma mañana, el mariscal Busch se había sentido lo suficientemente seguro como para abandonar su puesto y viajar hasta Berghof, Baviera, para una reunión con el Führer.

El ataque sobre la posición de Scheiderbauer, sin embargo, era solo el comienzo. En unas pocas horas, el Ejército Rojo hizo cerca de 1.000 salidas y la Fuerza Aérea bombardeó todo tipo de objetivos, desde cruces ferroviarios hasta posiciones muy por detrás del frente.

El siguiente ataque masivo fue a las 05:00 del 23 de junio. El bombardeo duró dos horas y llenó el aire de tierra y polvo; tras las líneas alemanas, los proyectiles crearon una cortina de fuego que dejó a los soldados atrapados en sus posiciones. Luego llegó la infantería, otra desagradable sorpresa. Así lo explicaba el informe diario del 9º Ejército alemán: "El enemigo adoptó tácticas completamente nuevas. Ya no atacaba como antes a lo largo de un frente amplio y con mucho apoyo de la artillería. En su lugar, utilizaba grupos de infantería muy concentrados y apoyados por un fuego concentrado y muy bien controlado de armas pesadas. Detrás de estos grupos de asalto, se escondían fuerzas de tanques que solo aparecían en el momento oportuno para seguir avanzando y romper el frente".

> **"Aquellos a los que Dios quiera destruir, primero dejará ciegos"**
>
> GENERAL ROBERT MARTINEK, 1944

El éxito del ataque fue evidente enseguida. Por la tarde, los oficiales alemanes tuvieron que admitir que el 3er Ejército Panzer no aguantaría mucho más y que la estratégica ciudad de Vítebsk estaba seriamente amenazada. Desde Berlín, el OKH respondió que no era posible enviar refuerzos: Hitler seguía convencido de que la principal ofensiva tendría lugar en el sur.

Ofensiva relámpago

Stalin había elegido para la operación a sus oficiales más competentes, entre ellos a Konstantín Rokossovski, que había contribuido a diseñarla, y al mariscal Zhúkov. El plan funcionó al milímetro desde el primer minuto. Alrededor de Vítebsk, las unidades móviles del Ejército Rojo avanzaron con rapidez después de que los T–34, equipados con rodillos de minas, hubieran limpiado de amenazas los campos. Las unidades defensivas alemanas se vieron obligadas a huir tras solo dos días de combates y, el 27 de junio, las fuerzas soviéticas ocuparon una ciudad que Hitler había ordenado

defender hasta la última gota de sangre. El Ejército Rojo avanzaba a lo largo de todo el frente.

Hacia el sur, Rokossovski lanzó un ataque a gran escala contra Babruisk (24 de junio), situada unos 150 kilómetros al sudeste de Minsk, pero la ofensiva fue allí más problemática debido a las características del terreno, una zona de marismas que dificultaban el avance de soldados y vehículos.

Nada detuvo a los tanques rusos

No era tan fácil, sin embargo, frenar al Ejército Rojo, cuyos soldados se habían preparado a conciencia y habían aprendido a fabricar balsas con las que moverse por la ciénaga. En los días anteriores a la ofensiva, las tropas de zapadores también habían abierto caminos y construido diques con troncos para que hombres y vehículos pudieran llegar al frente.

Ahora, para gran sorpresa de los »»

Al inicio de la ofensiva, el Ejército Rojo poseía 33.000 piezas de artillería.

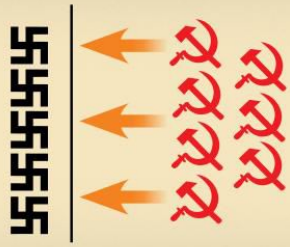
GETTY IMAGES

El objetivo era aplastar sin contemplaciones a los alemanes

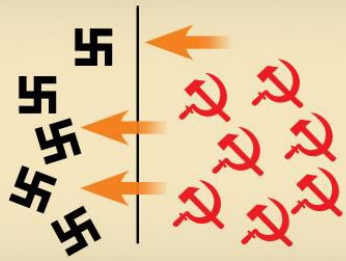
Las fuerzas soviéticas se esforzaron todo lo posible para infligir al enemigo una derrota aplastante. Era una lección que habían aprendido gracias a los errores cometidos en guerras pasadas y que, en la Segunda Guerra Mundial, llevó al Estado Mayor soviético (la Stavka) a aplicar una nueva estrategia: antes se contentaban con expulsar al enemigo; ahora había que destrozarlo hasta el punto de que no pudiera reagruparse y contratacar. La teoría de la "batalla profunda" fue esbozada a finales de los años veinte por el general Vladímir Triandafílov y desarrollada en la década siguiente, en especial por el mariscal Tujachevski. Fue un elemento fundamental en el éxito de la Operación Bagratión.

La "batalla profunda" del Ejército Rojo

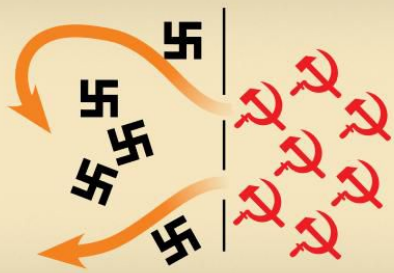
1 El ejército avanza hacia las líneas enemigas en unidades individuales pero concentradas. El ataque se realiza simultáneamente contra distintos puntos del frente para que el enemigo no pueda concentrar sus defensas.



2 Si alguna de las unidades atacantes se ve en dificultades, se envían reservas para que el ataque pueda continuar hasta que se rompa la línea enemiga y empiecen a aparecer brechas en el frente.



3 Una vez que hay huecos en el frente, las fuerzas atacantes penetran y rodean a las tropas enemigas con toda la rapidez posible.



4 Para evitar que el enemigo pueda retroceder y reagruparse, el ejército atacante debe penetrar en profundidad en territorio enemigo y, con ayuda de la Fuerza Aérea, destruir sus líneas de comunicación y suministro.

La Wehrmacht perdió su capacidad ofensiva

La Operación Bagratión acabó con la mayor derrota alemana del Frente Oriental. Perecieron entre 25 y 30 divisiones, lo que supuso la pérdida de al menos 300.000 hombres. Aproximadamente la mitad de estas bajas corresponden a heridos y desaparecidos, muchos de los cuales luego fueron capturados y ejecutados por el Ejército Rojo en los extensos bosques de Bielorrusia. Otros fueron asesinados camino de los campos de concentración o murieron de hambre durante los años de cautiverio.

De los 47 comandantes de cuerpos y divisiones que cayeron durante la Operación Bagratión, 31 fueron hechos prisioneros o dados por desaparecidos. Nueve generales murieron en combate. Y, si la Wehrmacht andaba ya escasa de soldados, los oficiales, debido a sus conocimientos y experiencia, eran casi irremplazables. Esta pérdida de oficiales, soldados y equipos debilitó a los alemanes hasta el punto de que ya no pudieron llevar a cabo operaciones ofensivas importantes.

Pérdidas alemanas

Tanques: aprox. 2.000

Armas: aprox. 1.300

Aviones: 839 al inicio. Número total desconocido.

alemanes, del terreno cenagoso salían tanques rusos protegidos por cazas y bombarderos. El 27 de junio, el Ejército Rojo había ocupado todas las carreteras que conducían a Babruisk; seis divisiones del 9º Ejército alemán habían quedado rodeadas.

Entonces empezó el ataque aéreo: 526 aviones, 400 de ellos bombarderos, se abatieron sobre los alemanes y lanzaron 12.000 bombas en solo una hora. La ciudad se incendió enseguida, también por obra de los alemanes, que intentaban evitar a la desesperada que el material bélico y los suministros cayeran en manos soviéticas.

Gran parte de los soldados alemanes comprendieron pronto que era una batalla perdida y escaparon. Los vehículos huían haciendo zigzag para evitar las bombas y a menudo terminaban enterrados en el fango. Presas del pánico, muchos hombres buscaron refugio en el río Berézina, donde fueron masacrados por las tropas que se aproximaban a la ciudad por la ribera oeste. "Los nazis salían corriendo de los bosques, huían por los claros y muchos intentaban cruzar a nado el Berézina, pero ni así pudieron salvarse", escribió Rokossovski. Luego el mariscal Zhúkov recordó: "Escapaban aterrorizados en todas direcciones; los que no se rindieron acabaron muertos".

Los alemanes que se quedaron en Vítebsk combatieron hasta el final, por lo que el Ejército Rojo no pudo controlar completamente la ciudad hasta el 30 de junio. Inmediatamente después llegó el corresponsal de guerra soviético Vasili Grossman, que confirmó que los alemanes habían sido aniquilados en una terrible matanza: "Cadáveres, cientos y miles de cadáveres, llenan las calles, yacen en zanjas, bajo los pinos, en la cebada verde. En algunos sitios, los vehículos tienen que pasar sobre los cadáveres, de tantos como hay en el suelo", escribió para el periódico oficial del Ejército Rojo, *Krasnaya Zvezda* (Estrella Roja).

Las pérdidas rompieron a la Wehrmacht

Hitler, Goebbels y otros altos jerarcas nazis llevaban años difundiendo la idea de que los soldados soviéticos eran eslavos subhumanos (*Untermenschen*) y, como tales, fáciles de subyugar. Ahora alguien tenía que pagar por esa bochornosa derrota. El 27 de junio, Hitler convocó a Busch a una reunión en Berghof para destituirle y, en su lugar, nombró comandante del Grupo de Ejércitos Centro al experimentado mariscal Walter Model.

Pero ni siquiera Model, famoso por su capacidad para enderezar las situaciones bélicas más desesperadas, pudo evitar que el Ejército Rojo entrara en Minsk. La tarde del 3 de julio, los soldados soviéticos liberaron la capital bielorrusa, donde la población les dio la bienvenida con flores y bailó en las calles.

El ambiente festivo no pudo disimular el triste espectáculo que ofrecía la ciudad: "La capital de Bielorrusia era apenas reconocible. Yo había estado al frente de un

Los alemanes abandonaron toneladas de equipo durante la retirada por Bielorrusia.
GETTY IMAGES

Los "tres grandes" planearon la pinza en Teherán

En el verano de 1944, la Operación Bagratión no era el único problema al que se enfrentaban los alemanes. La ofensiva de verano soviética era solo una parte del plan diseñado por los aliados para acabar, mediante un gigantesco movimiento de pinza, con toda resistencia alemana y poner de rodillas a Hitler.

Seis meses antes de la ofensiva, Stalin se reunió con el presidente americano, Franklin D. Roosevelt, y el primer ministro británico, Winston Churchill, en la Conferencia de Teherán, que tuvo lugar en la capital iraní entre el 28 de noviembre y el 1 de diciembre de 1943. Allí los tres líderes acordaron presionar a Alemania en dos frentes distintos.

Churchill y Roosevelt se comprometieron a lanzar la Operación Overlord, el desembarco a gran escala en Francia (más conocido hoy como el Día D), mientras que Stalin atacaría por el este. Una vez que hubieran roto las líneas alemanas, los aliados podrían avanzar hacia la capital alemana, Berlín, por dos flancos.

La Operación Overlord comenzó el 6 de junio de 1944 y fue seguida, unas semanas más tarde, por la Operación Bagratión. El desembarco aliado en el Frente Occidental obligó a Hitler a mantener 58 divisiones en Francia, Bélgica y los Países Bajos. Sin la gran ofensiva aliada, los alemanes habrían podido transferir a la mayoría de esas tropas al Frente Oriental, donde Stalin lanzó la Operación Bagratión.

El 30 de noviembre, durante la Conferencia de Teherán, los tres jefes de Estado celebraron el 69º cumpleaños de Churchill.

GETTY IMAGES

regimiento allí durante siete años y conocía cada calle –recordaría luego Zhúkov–. Ahora todo estaba en ruinas. Donde antes había edificios, solo quedaban montones de escombros. El aspecto de los habitantes de Minsk era penoso: exhaustos y demacrados, muchos de ellos llorando".

Pese a la devastación, la victoria estaba al alcance de la mano. Seis días más tarde, el 9 de julio, el Ejército Rojo acabó con los últimos restos de resistencia organizada alemana en los bosques de los alrededores de Minsk. Zhúkov voló a Moscú para reunirse con Stalin, que se encontraba en su dacha de los alrededores de la capital. Tres años antes, el líder soviético había caído en una depresión tras la invasión alemana, pero ahora recibía al comandante de su ejército con una gran sonrisa.

"Stalin estaba de buen humor y bromeó", dijo luego Zhúkov.

Los dos hombres celebraron el éxito de la ofensiva con un buen desayuno. Nueve días más tarde, Stalin organizó un desfile de la victoria en Moscú, donde 50.000 prisioneros alemanes fueron obligados a desfilar por las calles entre burlas y humillaciones. El triunfo, sin embargo, se había cobrado un alto precio. No se conoce el número total de víctimas de la Operación Bagratión, pero se estima que, entre muertos y desaparecidos, el Ejército Rojo perdió unos 180.000 soldados, a los que se sumaron más de medio millón de heridos.

Peor aún le fue a la Wehrmacht, que sufrió al menos 300.000 bajas, el equivalente a entre 25 y 30 divisiones. Y ese resultado fue para Alemania mucho más devastador: Stalin contaba con grandes reservas de nuevos soldados, pero, tras cinco años de guerra, la Wehrmacht tenía una alarmante carencia de hombres en condiciones de combatir, por lo que el daño ocasionado por la Operación Bagratión fue irreparable.

> "Los alemanes huían aterrorizados en todas direcciones"
>
> MARISCAL GEORGY ZHÚKOV, 1944

Armin Scheiderbauer, el soldado alemán que se había despertado con resaca el primer día de la ofensiva, consiguió escapar de la masacre de Minsk y huyó hacia el oeste. Al año siguiente, fue herido en combate y pasó dos años en un campo de prisioneros soviético. Al final consiguió regresar a su casa de Viena, pero miles de sus compañeros acabaron enterrados en los bosques y marismas de Bielorrusia. ■

Konstantín Rokossovski, uno de los cerebros de la Operación Bagratión, fue ascendido a mariscal durante la ofensiva.

GETTY IMAGES

Estados Unidos lanzó sobre Tokio 1.665 toneladas de bombas incendiarias -496.000 unidades- durante el ataque.

ROY CROSS

Advertencia: Material sensible

Las siguientes ocho páginas contienen desgarradores testimonios de afectados por el bombardeo.

Arde Tokio

La noche del 9 de marzo de 1945, 334 bombarderos americanos se acercaron a Tokio. Poco después, una lluvia de napalm convertía la capital japonesa en un infierno de llamas. Los ríos hervían, el acero se derritió y las personas quedaron carbonizadas en segundos en la operación más mortífera lanzada hasta la fecha.

Por Thomas Hebsgaard

La forma que tenía Joe Krogman de enfrentarse a la amenaza era pensar que ya estaba muerto. Así mantenía a raya la ansiedad. La misión de ese día, sin embargo, había afectado de modo especial a este joven granjero de Iowa, de carácter normalmente alegre.

"¡Cabrón!", gruñó.

El intercomunicador transmitió la voz ligeramente nasal de Krogman por todo el bombardero B–29 Lady Annabelle.

"¡Cabrón! –repitió, mientras se preparaban para despegar de la pequeña isla de Tinián, en el Pacífico–. ¡Cabrón!".

"¿De quién habla?", preguntó uno de sus compañeros.

"LeMay", respondió el capitán.

Las nuevas tácticas extendieron el miedo

El general Curtis LeMay era el cerebro de la misión de ese día, la Operación Meetinghouse. La tarde del 9 de marzo de 1945, 334 bombarderos plateados B–29 despegaron de las islas de Tinián, Guam y Saipán, todas en manos de Estados Unidos, con destino a Tokio. La táctica era muy distinta de la habitual. En lugar de usar bombas normales, los B–29 realizarían un bombardeo de alfombra con napalm. Y, en lugar de bombardear desde la altura acostumbrada de nueve kilómetros, tendrían que volar bajo sobre la gran ciudad, llena de baterías antiaéreas.

A la tripulación, esto le parecía una misión suicida.

"¡Cabrón!", volvió a repetir Krogman.

El rumor había surgido a primera hora de la mañana y se confirmó en la reunión informativa de la tarde: sobrevolarían Tokio a unos 900 metros de altura, lo que los dejaba expuestos tanto a los cañones antiaéreos como a los cazas japoneses, que por lo general tenían dificultades para ascender hasta la altitud operativa habitual de los B–29. Además, deberían atacar en solitario en lugar de en formación, cosa que los hacía aún más vulnerables. La operación tendría lugar de noche, en vez de a plena luz del día, para lo cual no estaban entrenados, y los artilleros, las »

ametralladoras y las municiones se quedarían en tierra, de modo que cupiera una mayor carga de bombas.
El capitán del Lady Annabelle, Percy Usher Tucker, decidió ignorar este último punto, y por eso el artillero John R. Dodd temblaba ahora de miedo tras una de las ametralladoras mientras el enorme avión recorría la pista con las cuatro grandes hélices ya en funcionamiento.
"No puedo hacerlo", dijo Dodd en voz alta por el micrófono.
"¡No puedo hacerlo, no puedo hacerlo!", repitió, aferrándose a su rosario.
"¡Cabrón!", volvió a exclamar Krogman.
"¡Intercomunicador! ¡Disciplina!", ordenó el capitán Tucker.
El ruido del motor creció de pronto y el avión despegó y puso rumbo a Japón. Tras él siguieron, uno tras otro, el resto de los B–29. Cada uno llevaba más de 1.500 bombas incendiarias.

4,3 millones de personas vivían en Tokio en marzo de 1945.

Calma antes de la tormenta

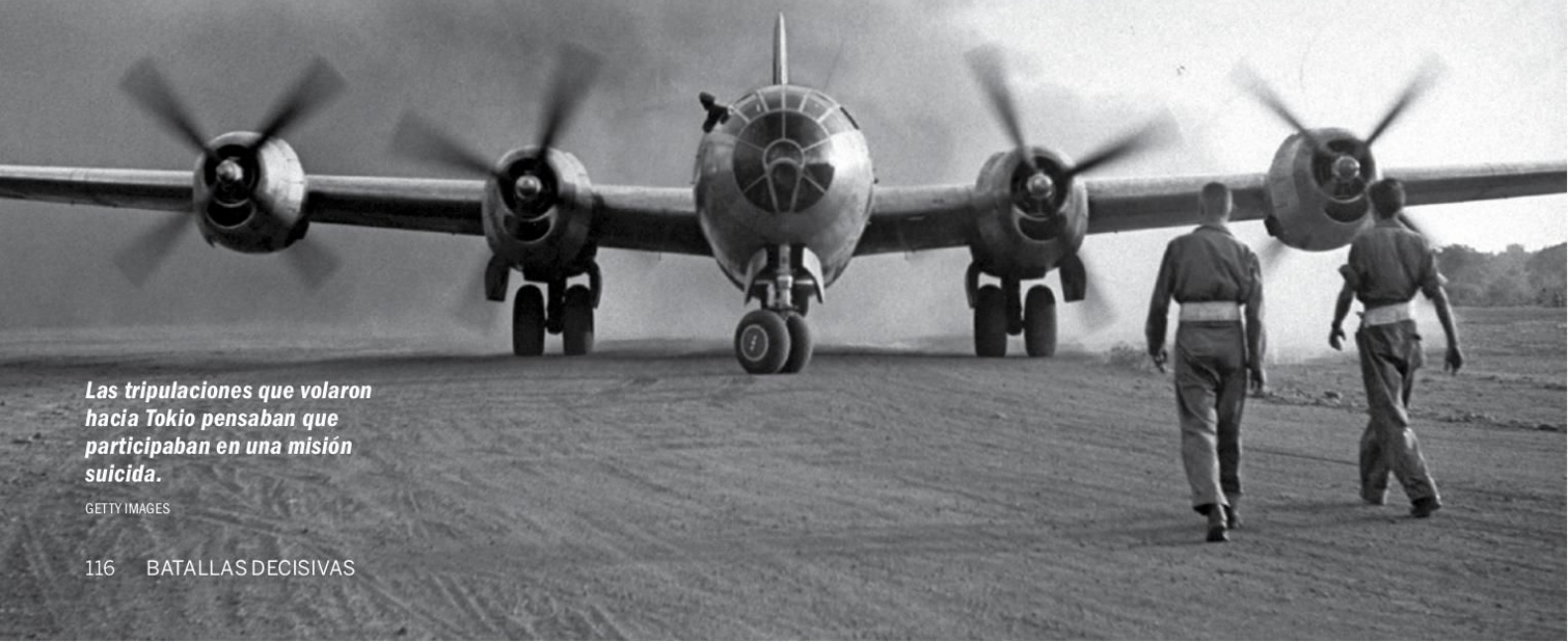
Funato Kazuyo jugaba con sus hermanos pequeños en la casa familiar, situada en un área residencial de Tokio. La hija del farmacéutico había regresado del pueblo en el que había permanecido evacuada y, por primera vez en mucho tiempo, se encontraba de vuelta junto a toda la familia. Sus hermanos mayores estaban también en casa, de permiso. Al atardecer, sopló un viento frío del norte que hizo temblar las puertas y alcanzó una notable intensidad, pero dentro el ambiente era cálido.
"Había mucho bullicio y nos sentíamos todos muy felices", recordaría Funato algunos años más tarde.
Todos se fueron a la cama pronto para cumplir con las exigencias oficiales de ahorro energético, pero sin temor a un bombardeo americano, ya que solo se producían durante el día. Sumando todos los bombardeos previos sobre Tokio, el número total de víctimas no llegaba a 1.300.

Japón se negaba a rendirse

En la isla de Guam, LeMay observaba el despegue de los bombarderos con un puro entre los dientes. Cuando vio el último B–29 ya en el aire, se encaminó hacia el cuartel general a esperar noticias. Era consciente de estar asumiendo un enorme riesgo que podía costarles la vida a sus mejores hombres, y a él, el puesto.
LeMay se había hecho cargo de los bombardeos de Japón en un momento en que la campaña no iba en absoluto según lo planeado. Aunque, a partir de la batalla de Midway de 1942, la guerra había sido favorable a Estados Unidos, el fanático grupo de generales que se encontraban al frente del cada vez más debilitado Imperio se negaba a capitular. Los americanos se veían así obligados a avanzar isla a isla y la perspectiva de una invasión prolongada y sangrienta del archipiélago japonés era una pesadilla para generales como LeMay. En semejante escenario, la pérdida prevista de vidas americanas era de medio millón o más. Con una altitud operativa y un alcance sin precedentes, los B–29 deberían haberse convertido en una superarma estratégica que destruyera la industria militar japonesa, quebrara el espíritu de lucha del régimen y acelerara el fin de la guerra. El problema era que rara vez daban en el blanco. La ciencia del momento no acababa de entender las corrientes en chorro que soplaban continuamente sobre Japón y desviaban de su curso a los aviones y sus bombas.
Era necesario tomar medidas drásticas y el plan de Curtis LeMay encajaba a la perfección: estaba a punto de lanzar una tormenta de fuego sobre Tokio.

Bombas incendiarias en acción

En 1940, los aliados observaron de primera mano el enorme poder destructivo de las bombas incendiarias cuando unos 450 aviones alemanes convirtieron Coventry en un mar de fuego con el lanzamiento de cerca de 30.000 artefactos de este tipo.
La venganza llegó en 1943: más de 700 bombarderos aliados incendiaron Hamburgo y 45.000 alemanes perecieron en las llamas. Decididos a romper el espíritu de lucha de la población civil, en febrero de 1945 los aliados volvieron a golpear, esta vez con un devastador bombardeo de tres días sobre Dresde. LeMay empezó a experimentar con bombas incendiarias por esas mismas fechas y, diez días después de Dresde, envió contra Tokio una fuerza de bombarderos B–29 cargados con 411 toneladas de las nuevas bombas incendiarias americanas M–69. El resultado –2,5 km² de la ciudad incinerados y 28.000 edificios destruidos– le convenció de que el camino era el napalm. Para el ataque del 9 de marzo, LeMay duplicó el número



Las tripulaciones que volaron hacia Tokio pensaban que participaban en una misión suicida.

GETTY IMAGES

de aviones y cuadruplicó la cantidad de bombas incendiarias.
Cuando el enjambre de bombarderos estuvo cerca de la costa, los hombres se prepararon. Se pusieron chaquetas *flak* con forro de acero para protegerse de las baterías antiaéreas y algunos de ellos también cascos, aunque interferían en los equipos de comunicación. Cerca de la costa, varias lanchas de la Marina japonesa detectaron el zumbido de los motores, pero las advertencias enviadas se perdieron debido a los problemas de recepción ocasionados por el viento.
A unos 2.500 kilómetros de allí, en la isla de Guam, LeMay esperaba sentado en el cuartel general, un barracón prefabricado tipo Nissen similar a los que alojaban a miles de soldados americanos por todo el Pacífico. Además de los papeles y archivos relacionados con la misión, su única compañía era el oficial St Clair McKelway, relaciones públicas del ejército, que se había convertido en su confidente.
A St Clair McKelway le habían ordenado permanecer allí hasta que los pilotos hubieran arrojado las bombas. Todavía faltaba media hora y los dos hombres se habían quedado sin tema de conversación.
"¿Te apetece una cocacola? –preguntó de pronto LeMay–. Puedo entrar en el barracón sin despertar a nadie y coger dos cocacolas. Y así pasamos el rato".
Poco después, los dos hombres estaban sentados en el *jeep* de LeMay, cada uno con su botella en la mano y la vista fija en la oscuridad de la jungla que rodeaba el campamento.

Un objetivo cuidadosamente escogido

El objetivo de la misión de ese día era una de las áreas más densamente pobladas de Tokio –y del mundo–, una aglomeración de pequeñas viviendas de madera y fábricas que se extendía a lo largo de sinuosos callejones cortados por varias carreteras principales. En el animado distrito de ocio de Asakusa, lleno de restaurantes, casas de geishas y burdeles, la densidad de población era de 350.000 habitantes por km^2.
En esta zona urbana, construida en tierras bajas, vivían en total unas 750.000 personas, la mayoría pobres o de clase media baja.
La justificación que LeMay y otros responsables del ejército americano esgrimían para un ataque con bombas incendiarias era que la industria militar japonesa compraba la mayoría de los componentes que utilizaba a subcontratistas instalados en áreas residenciales. En cualquier caso, las víctimas civiles no se consideraban un impedimento; más bien, todo lo contrario.
Tras el bombardeo japonés de Pearl Harbor de 1941, se había extendido la idea de que "el único *japo* bueno era el *japo* muerto". Ya tres semanas antes de Pearl Harbor, el general George C. Marshall, comandante en jefe del ejército, explicó a los periodistas, en una reunión secreta, cómo reaccionaría Estados Unidos ante un hipotético ataque japonés.
"Los bombarderos estadounidenses –dijo el general– prenderán fuego a las ciudades de papel de Japón. No dudaremos en bombardear a civiles".

Caos inmediato

Los primeros aviones volaron sobre Tokio a 480 kilómetros por hora y una altura de 1.500 metros. Las bombas incendiarias dibujaron una cruz de fuego que sirvió de objetivo para los que venían detrás. La sirena no sonó hasta las 00:15, siete minutos después de las primeras detonaciones. Para gran sorpresa de los americanos, no apareció ningún caza para defender »»

El general del puro obligó a Japón a rendirse a base de bombas

Los bombardeos americanos no habían conseguido amedrentar a Japón, pero esto cambió cuando Curtis LeMay redujo Tokio a cenizas.

A Curtis LeMay rara vez se le veía sin un cigarro. Incluso conseguía hablar con uno entre los dientes. Podía parecer un hombre tosco, pero quienes le conocían sabían que, tras esos modales vulgares, se escondía una fina inteligencia. LeMay había destacado en Europa y, en 1944, fue nombrado jefe de los B-29 de China y la India. En enero de 1945, se hizo también cargo de la campaña de bombardeos sobre Japón.
Aquí LeMay decidió cambiar una táctica que hasta entonces no había conseguido convencer a Japón de que toda resistencia era inútil, para lo cual ordenó vuelos a baja altura y el lanzamiento de bombas incendiarias sobre las ciudades. La nueva estrategia costó cientos de miles de vidas de civiles, pero al final funcionó. Tras las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, el emperador finalmente se rindió y Estados Unidos evitó una sangrienta invasión.

LeMay se sacaba el puro de la boca para las fotos. Normalmente, lo tenía entre los dientes.

CORBIS/ALL OVER

la ciudad. La advertencia había llegado demasiado tarde.

Funato se despertó con el caos. Se oían explosiones por todas partes. Su padre se puso un casco y fue corriendo a la escuela local, el punto de reunión para la defensa civil. Sus hermanos salieron a la calle y empezaron a tratar de apagar pequeños fuegos. Funato se acurrucó junto a su madre y su hermano pequeño en un refugio temporal que la familia había excavado bajo la farmacia del padre.

La madre de Funato mantenía al niño apretado fuerte contra su cuerpo. De pronto llegó corriendo uno de los hermanos y gritó que debían ir a toda prisa a la escuela para que no les devorasen las llamas. En la calle, era como si hubiera llegado el fin del mundo. La noche brillaba con el resplandor de los incendios.

"Había un viento norte muy fuerte y el estruendo de los aviones era ensordecedor. Hacía temblar el cielo y la tierra. Por todas partes, caían bombas incendiarias", recordó Funato más tarde.

El viento creó las condiciones perfectas para que el incendio se extendiera. La lluvia de napalm había transformado la zona en lo más parecido al infierno que la humanidad hubiera visto nunca. Todo estaba en llamas. Los B–29 llegaban de distintas direcciones y, aunque los japoneses barrían el cielo con reflectores, muy rara vez conseguían seguirlos el tiempo suficiente como para que los cañones antiaéreos apuntaran.

Katsumoto Saotome, de 14 años, miró hacia el cielo y vio cómo las llamas dejaban reflejos dorados en el brillante fuselaje de los N-29. La violencia del fuego aumentaba con cada pasada. Cuando las bombas incendiarias M–69 impactaban en el suelo, se encendía una mecha que, segundos más tarde, provocaba una explosión y lanzaba por el aire una masa ardiente de pegajoso napalm.

Funato Kazuyo corrió con su madre y su hermana pequeña hasta la escuela, pero el refugio antibombas que había allí era poco más que una trinchera.

"La gente estaba aterrorizada. Corrían gritando '¡Vamos a morir todos! ¡Se acerca el fuego!' Entre la caída de las bombas incendiarias, las ensordecedoras reverberaciones de los aviones y el rugido del viento y el fuego, estábamos sobrepasados".

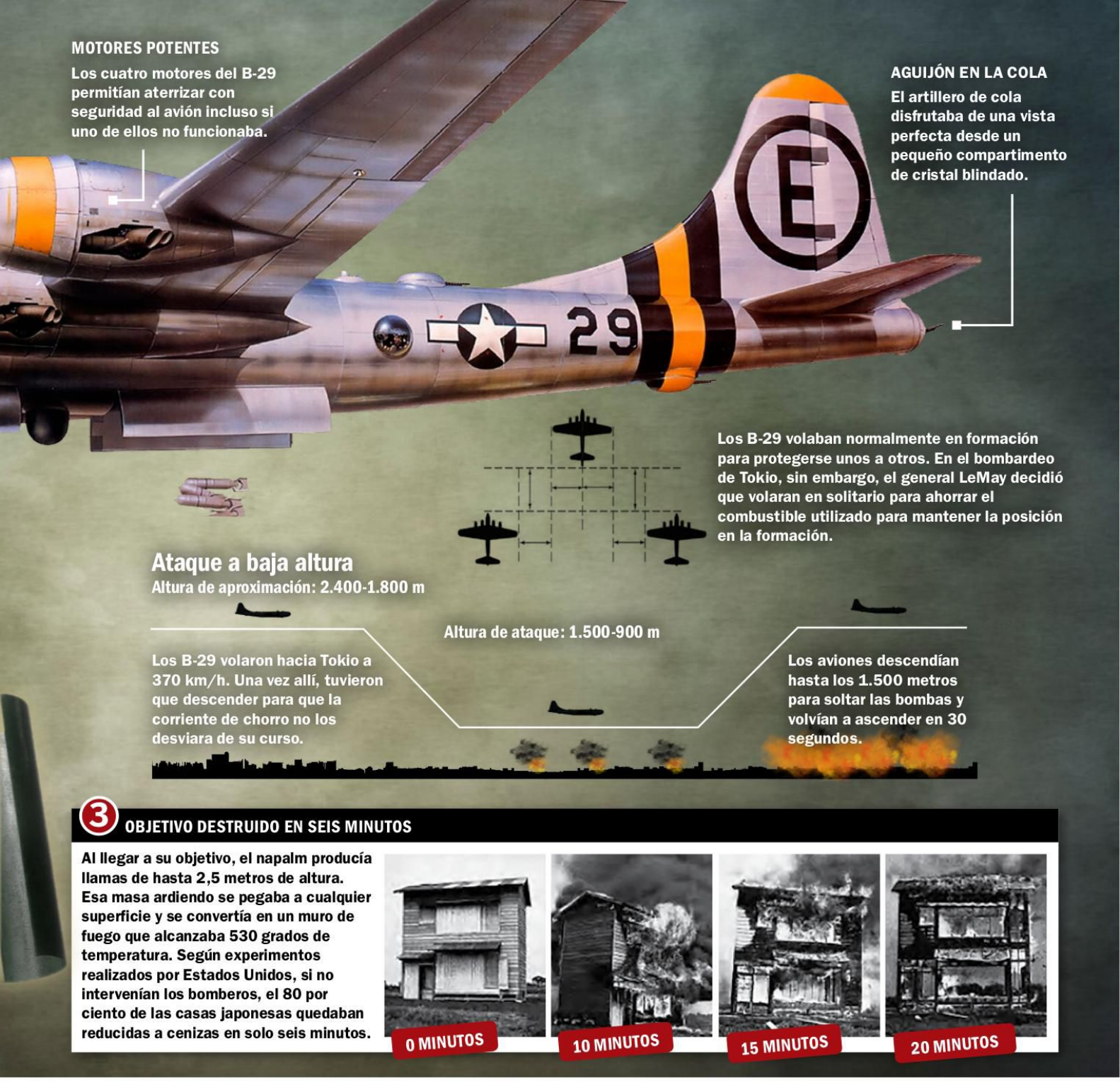
Todos los pequeños incendios se unieron en un único monstruo, una gigantesca tormenta de fuego con forma de remolino que por debajo succionaba aire rico en oxígeno con la fuerza de un huracán y por el centro escupía una enorme columna de gases brillantes. El fuego consumía todo lo que encontraba en su camino. Ningún servicio de bomberos del mundo podría haber controlado al monstruo que habían desatado los B–29, y mucho menos los 8.100 miembros el precario cuerpo de Tokio. Casi 100 camiones se quemaron o derritieron en las llamas junto a los valientes hombres que intentaban utilizarlos.

La catástrofe fue aún peor porque a los habitantes se les dijo que formaran unidades de defensa civil para combatir todos los fuegos. "Luchar, no huir" fue el mensaje de las autoridades. Por desgracia, los únicos que tuvieron alguna oportunidad de sobrevivir fueron los que comprendieron enseguida que escapar era la única opción posible.

Entre ellos estaba Kiyoko Kawasaki, de 36 años, que trató de protegerse del fuego con dos cubos llenos de agua.

El B-29 llevó la muerte a Tokio

El Boeing B-29 fue diseñado para superar a todos sus competidores. Podía volar más alto y más lejos que cualquier bombardero de la época y tenía una enorme capacidad de carga.



3 OBJETIVO DESTRUIDO EN SEIS MINUTOS

Al llegar a su objetivo, el napalm producía llamas de hasta 2,5 metros de altura. Esa masa ardiendo se pegaba a cualquier superficie y se convertía en un muro de fuego que alcanzaba 530 grados de temperatura. Según experimentos realizados por Estados Unidos, si no intervenían los bomberos, el 80 por ciento de las casas japonesas quedaban reducidas a cenizas en solo seis minutos.

"Las prostitutas que deambulaban cerca del río saltaron a una laguna que había cerca –dijo, muchos años más tarde–. Pero el agua estaba hirviendo y murieron todas".

En algún sitio, en medio del caos, había una niña pequeña con gafas y un vestido ligero que no sabía qué hacer. Por algún motivo, su madre la había mandado fuera de casa y, ahora, Yuki Hiragama, de ocho años, se había quedado paralizada mientras, a su alrededor, la gente corría en todas direcciones. Las bombas explotaban en medio de la multitud. De pronto la niña vio a una vecina que avanzaba aullando y tambaleándose, con el tradicional kimono envuelto en llamas. Otro vecino se tiró al suelo. La tierra estaba ardiendo y allí quedó tendido en posición fetal. La temperatura subió y subió. Cada vez se oían más gritos y Yuki sintió el olor de la carne quemada. Al final, empezó a correr ella también. Al cruzar por el puente el río Sumida, se dio cuenta de que el agua estaba hirviendo a borbotones.

Cuando el Lady Annabelle llegó a Tokio, la mayor parte de la ciudad ya estaba en llamas. Las órdenes eran dirigirse a la zona más cercana al incendio en la que aún no hubiera fuego. Krogman se concentró en apuntar y todos guardaron silencio.

"Bombas fuera", dijo al final. El avión dio un bote hacia arriba cuando se abrieron los compartimentos y los explosivos cayeron hacia la ciudad. Por detrás, el artillero Dodd, aterroriza- »»

Peligro de incendio en Tokio

En la capital japonesa, muchos edificios eran de papel y madera, objetivo perfecto para bombas incendiarias. LeMay ordenó bombardear áreas muy pobladas, con una densidad de 265.000 personas por kilómetro cuadrado.

GETTY IMAGES

CÓMO EMPEZABAN LAS TORMENTAS DE FUEGO

El incendio de la ciudad calentaba el aire, que subía en forma de remolino. A la vez, por debajo entraba aire frío que creaba vendavales huracanados. Las llamas, que llegaban a alcanzar temperaturas de 980 grados, succionaban todo tipo de materiales inflamables e incluso personas.

LOS BOMBEROS LUCHABAN EN VANO

Los 8.100 bomberos de Tokio estaban mal entrenados y equipados. No tenían extintores de espuma y solo tres camiones con escaleras, que no podían usarse debido a la maraña de cables que había entre los edificios.

CORTAFUEGOS INÚTILES

Las autoridades trataron de proteger la ciudad creando 50 km de cortafuegos entre áreas urbanas. Para ello se demolieron 200.000 viviendas, pero el trabajo no se hizo correctamente. Los restos de muchas casas quedaron en el sitio, lo que permitió que los incendios cruzaran los supuestos cortafuegos.

DISTRITO DE MADERA

Los americanos bombardearon un área de 25 km² en la parte baja de Tokio, donde el 98 por ciento de los edificios eran de madera.

ANTES

En 1944, Tokio era una ciudad muy animada. Más de cuatro millones de personas vivían en la capital del Gran Imperio del Japón.

ZONAS MUY POBLADAS

Las áreas escogidas se encontraban entre las zonas más densamente pobladas del mundo, una apretada aglomeración de fábricas, talleres y viviendas en las que había 265.000 habitantes por km².

DESPUÉS

La devastación fue colosal. El bombardeo redujo a cenizas barrios enteros.

GETTY IMAGES

DENSIDAD DE POBLACIÓN POR KM2

12.000 | 12.000-20.000 | 20.000-32.000 | 32.000-54.000 | 54.000-265.000

GETTY IMAGES

El emperador se mostró inconmovible ante la destrucción que observó en Tokio y solo aceptó rendirse tras los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

do, se aseguró de que hubieran lanzado todas las bombas, lo que significaba que el Lady Annabelle podía regresar ya a la base.

Esa noche, otras tripulaciones de B–29 tuvieron experiencias mucho más dramáticas sobre Tokio. Las turbulencias creadas por la tormenta de fuego hicieron que algunos de los enormes aviones se elevaran 1,5 kilómetros en el aire en un instante.

Uno de los B–29 se dio la vuelta después de soltar las bombas y solo la frenética intervención del piloto salvó de morir a la tripulación. En un viaje de solo tres horas, se perdieron catorce bombarderos, muchos más que en el peor escenario previsto. Otros nunca llegaron a Tokio por distintas razones técnicas. Pero 279 aviones lanzaron un total de 8.519 bombas de racimo, lo que suponía 1.665 toneladas de bombas incendiarias.

La devastación fue inimaginable. Las llamas consumieron 41 km² de la ciudad; 261.000 edificios se convirtieron en humo y 1.150.000 japoneses se quedaron sin hogar. El número oficial de muertos fue de 79.466, pero eso solo incluía a las víctimas identificadas. La cifra real superó probablemente los 100.000. El olor de la carne quemada pudo percibirse incluso en algunas de las cabinas de los B–29.

A las 03:50, Shigenori Kubota, jefe de una unidad militar de rescate se puso a buscar supervivientes y fue topándose con espectáculos cada vez más terribles mientras recorría el área. En un puente encontró un "bosque de los muertos", tan carbonizados que se desmoronaron con un simple toque. En el río, el panorama era aún más macabro.

"Hasta donde alcanzaba la vista, toda la superficie del agua estaba negra de cadáveres y troncos –escribió más tarde–. Los cuerpos estaban desnudos, las ropas se habían quemado, por lo que no había forma de diferenciar a los hombres de las mujeres e incluso de los niños".

Funato Kazuyo sobrevivió aquella noche acurrucándose en una cuneta junto a su hermana pequeña. Con las primeras luces del alba, ambas regresaron tambaleándose a su casa, que aún se mantenía en pie. Todo estaba en silencio. Los frascos de cristal de la farmacia de su padre se habían fundido. Dentro del tanque de agua de la vivienda había un cadáver. Era un hombre que había intentado buscar allí refugio y había muerto hervido.

Uno de los hermanos de Funato se había quedado ciego por el humo y empezó a llorar cuando se dio cuenta de que sus hermanas pequeñas estaban con vida. Poco después, llegaron el padre y otro de los hermanos mayores.

"Los que regresaban eran como fantasmas, nadie decía una palabra", recordó más tarde Funato. También estaba allí su madre, descalza y envuelta en una manta militar. En la espalda, donde antes llevaba al niño pequeño, tenía marcas de quemaduras. Nunca llegó a contar lo que había sucedido.

140.000 miembros de la defensa civil estaban preparados para intervenir. Se les dio la orden de "luchar, no huir" en caso de ataque, lo que llevó a un número de víctimas desproporcionadamente alto.

El emperador se rinde al fin

Seis días más tarde, el emperador Hirohito inspeccionó personalmente el sitio. Llevaba su uniforme de general y botas de montar y recorrió la zona con rostro inexpresivo. Para entonces, estaba en marcha una evacuación espontánea de Tokio. Más de un millón de personas abandonaban la capital con sus escasas posesiones en busca de un refugio seguro, lejos de las bombas americanas. Pero pasaría mucho tiempo antes de que Hirohito y sus fanáticos generales se avinieran a ahorrarle a la población más sufrimiento. En la primavera y el verano de 1945, mientras el napalm seguía cayendo sobre las principales ciudades del Imperio, una campaña oficial promovía "La Gloriosa Muerte de Cien Millones". Solo el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, a comienzos de agosto, llevó a Hirohito a plantar cara a sus generales, que querían seguir luchando hasta la muerte. La población japonesa lloró por todo el país cuando, el 15 de agosto de 1945, oyó la voz del emperador en su primera retransmisión radiofónica.

"Si continuamos luchando, esto no solo supondrá el hundimiento y la aniquilación de la nación japonesa, sino también la total extinción de la civilización humana", dijo Hirohito. Ese mismo día, el fanático ministro de la Guerra de Japón, Korechika Anami, se suicidó mediante el rito tradicional del harakiri. Curtis LeMay y el resto de generales americanos pudieron respirar con alivio. Al final, el despiadado bombardeo había funcionado y se había evitado la invasión de Japón. Se habían salvado muchas vidas americanas.

El hecho de que tantos civiles nipones hubieran tenido que morir para conseguir este fin habría sido indefendible en otras circunstancias. Tal como admitió el mismo Curtis LeMay: "Si hubiéramos perdido, nos habrían juzgado por crímenes de guerra". ■

BATALLAS DECISIVAS DE LA II GUERRA MUNDIAL

MUY HISTORIA
COLECCIÓN SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Directora **Carmen Sabalete** (csabalete@zinetmedia.es)

REDACCIÓN
Redactora jefe **Cristina Enríquez** (cenriquez@zinetmedia.es)
Jefe de redacción **Nacho Otero** (iotero@zinetmedia.es)
Coordinador de diseño **Óscar Álvarez** (oalvarez@zinetmedia.es)
Edición gráfica **Eva Domínguez** (edominguez@zinetmedia.es)
Secretaria **Mar Pastor** (mpastor@zinetmedia.es)
Colabora **Rodrigo Brunori** (traducción y edición)

DEPARTAMENTO CREATIVO
Jefes de Diseño **María Somonte, Mónica Ibaibarriaga, Jaky González**
Diseñadores **Daniel Montero, Esther García, Javier Vicente, Lorena Martínez**
Tratamiento de Imagen **Marga Esteban**

ONLINE
Editores online **María Victoria González** (mvgonzalez@zinetmedia.es), **Laura Marcos Mateos** (lmarcos@zinetmedia.es), **Sarah Romero** (ladymoon@gmail.com), **María del Mar Aguilar** (maguilar@zinetmedia.es). Video: **Jesús Nicolás** (jnicolas@zinetmedia.es), **Pablo Cantudo** (pcantudo@zinetmedia.es), **Adriana Toca** (atoca@zinetmedia.es).

zinet MEDIA GROUP

Consejera Delegada **Marta Ariño**
Director General Financiero **Carlos Franco**
Director Brand Development **Óscar Pérez Solero**
Director Comercial del grupo **Javier Puig**

PUBLICIDAD
Jefe de Publicidad **Cristian Toledo** (ctoledo@zinetmedia.es)
BARCELONA **Mery Pareras** (mpareras@zinetmedia.es)
PUBLICIDAD INTERNACIONAL
PUBLICIDAD ONLINE **Celia Delgado** (cdelgado@zinetmedia.es)
Editada por Zinet Media Global, S. L.
Depósito Legal: M-23676-2016
Impreso en España: Edición 6/2021
Distribuye: Logista Publicaciones
Printed in Spain

BONNIER
Publications International

Publishing Director: Niels Jespersen
Editor-in-chief: Hanne-Luise Danielsen
Production: Pernille Aagaard
Cover: Getty Images, Ullstein, Shutterstock

Todos los derechos reservados. Este bookazine se publica bajo licencia de **Bonnier Publications A/S**. Strandboulevarden 130 DK-2100 Copenhagen Denmark. Reproduction in any manner or form is strictly prohibited without the prior written consent of the publisher.

VIVE LA HISTORIA
CON PASIÓN

¡YA A LA VENTA!

“Echaremos a los americanos a patadas”

El desafiante grito del oficial resonó por todo el cuartel. A lo largo de la costa normanda, jóvenes soldados alemanes, escasos de municiones, esperaban en apretados búnkeres una invasión que sabían que era inevitable. El desembarco aliado llegó un día, al fin, sin aviso previo. Las ametralladoras nazis cobraron vida y tiñeron la playa de sangre. Pero, a pesar de las bravatas, la lucha acabó teniendo un único objetivo: sobrevivir al Día D. Lea sobre la invasión de Normandía y otras 13 batallas que decidieron la guerra.